

PUCK

ES INVENCIBLE

Linda de Winter



PUCK ES INVENCIBLE

Por

LISBETH WERNER

EDICIONES TORAY, S. A.

BARCELONA-MADRID-BUENOS AIRES

Título original danés: UKUELI GE PUK - PUK OG DET STORE

DRAMA

Traducción: Josefina Dalmau

Cubierta: González Vicente

Ilustraciones: R. Cortiella

DÉCIMA EDICIÓN

Depósito Legal: B. 40.268-1988

ISBN 84-310 2229-9



Qué divertido es ir en tren! — pensó Puck, mientras viajaba sola hacia Copenhague para encontrarse con su padre y su madrastra.

En el rincón del compartimiento, frente a ella, iba un joven

soldado, que trataba de conciliar el sueño. Sus ojos azules mostraban tanto cansancio que Puck le tuvo compasión.

El chico había colocado su codo en el estrecho brazo del asiento, cerró los ojos y no tardó mucho en quedarse dormido.

Pero su feliz sueño se vio interrumpido segundos después por las sacudidas del tren, que hicieron resbalar su codo del apoyo y el pobre muchacho despertó sobresaltado, mirando a su alrededor con ojos ovejunos.

Su mirada se cruzó con la de Puck, que se esforzaba por ocultar su risa, pero sus ojos divertidos la delataron, y el soldado se sonrojó, bajó la vista y trató de volver a repetir su fracasada maniobra. Puck tenía la impresión de que su compañero de viaje estaba tan cansado que bien pudiera haberse quedado dormido aun de pie, si los movimientos del tren no se lo hubieran impedido.

El compartimiento estaba totalmente ocupado. Los restantes viajeros no estaban aburridos, desde luego. Al lado del soldado iba sentada una mujer gorda que intentaba mantener un niño quieto en su falda. Intentar era la palabra justa, porque el pequeño se deslizaba una y otra vez hasta el suelo para ir y venir por el estrecho espacio que quedaba entre los dos asientos. Tenía alrededor de los dos años y desplegaba una energía desbordante en contraste con el cansancio del soldado. La señora gorda era de ese tipo de gente incapaz de mantener una decisión respecto a un niño. Una y otra vez intentaba llamarlo al orden, hablarle tranquilamente, incluso regañarle; pero el tono de su voz era tan débil e indulgente que el niño se daba cuenta de que no era necesario obedecer. Una y otra vez la madre miraba en derredor con una expresión que delataba su impotencia.

—Ven aquí, Jesper. Ven, hijo mío —dijo, intentando subirlo una vez más a su regazo—. Estás molestando a estos señores.

Una amable señora de cierta edad, que estaba sentada frente a ella, hacía lo posible por mejorar el ambiente, ya algo tenso. Cada vez que el pequeño emprendía una nueva expedición por entre las piernas de los otros pasajeros y lo miraban con caras de fastidio, la señora repetía:

—¡Qué monada de criatura! ¡Cómo nos quiere a todos!

A Puck le era difícil contener la risa. El enérgico chiquillo no parecía querer a nada ni a nadie en especial. Su mofletuda carita

tenía una expresión de decisión exasperada. No aguantaba estarse quieto en la falda de su madre. Quería bajar al suelo. Pero poco a poco se iba cansando mientras su testarudez aumentaba. Era evidente que iba a estallar de alguna forma.

Al lado de Puck se sentaba un señor con una cartera sobre las rodillas. Había sacado unas cuidadas hojas de papel que en aquel instante intentaba ordenar y estudiar. Parecían papeles de negocios que el hombre, con aspecto de comerciante, separaba y colocaba en grupos como para ponerlos en orden cronológico. Pero, cada vez que estaba a punto de terminar, el pequeño empezaba una nueva excursión tambaleante, tropezando con las rodillas del hombre y colocando sus diminutos puños sucios encima de los delicados papeles. Y el hombre tenía que comenzar desde el principio.

Estaba furioso; sin embargo, hasta aquel instante, había sabido contenerse. Sólo en una ocasión extendió su mano para evitar que el chiquillo, con los movimientos del tren, fuera a tropezar de nuevo con sus rodillas. Eso era todo lo que se había atrevido a hacer hasta aquel momento. Seguramente temía la repulsa general si se mostraba violento.

El último de los pasajeros parecía campensino. Llevaba un chaleco muy ceñido sobre su gordo abdomen y, a juzgar por su aire estoico, no le interesaba lo que estaba pasando a su alrededor.

El chiquillo estaba cada vez más impertinente y testarudo en sus intentos de escapar de los brazos de su madre, a pesar de los esfuerzos de ésta por retenerle. El interés de Puck se centró en la madre, el pequeño Jesper y el hombre de los papeles. Era evidente que aquellos tres iban a ser los protagonistas de un drama.

Los ojos de la madre mostraban desolación cada vez que miraba de reojo al hombre de negocios y la amable señora de edad repetía en tono de justificación:

—¡Es un pillín este muchachito!

El hombre devolvía la mirada a la madre; pero en sus ojos sólo había rabia, como si quisiera mostrarle lo harto que estaba del crío.

La madre tomó de nuevo al niño en sus brazos y con cierta energía lo colocó en su falda. Logró mostrar más autoridad, pero su hijito no se dejó impresionar.

—Ahora te quedas quietecito aquí.

Pero no. Jesper luchaba; se estiraba, se ponía rígido, y después

se retorció para quedar libre de las manos de su madre, Ella le tenía bien agarrado y, poco a poco, el chiquillo empezó a darse por vencido; pero, en el peor momento psicológico, le soltó con las siguientes palabras:

—No quiero que bajes al suelo. ¿Me oyes?

Cuando formulaba la pregunta, el crío ya estaba en el suelo. Jesper dio media vuelta y miró a su madre con la expresión que debió de tener Napoleón tras la batalla de Austerlitz.

El hombre de los papeles acababa de colocar bien sus folios, y con una pluma estilográfica anotaba algo. En aquel momento el bamboleante Jesper se le acercaba. De pronto, un violento bandazo sacudió el tren al entrar en una curva y Jesper estuvo a punto de caer... Pero logró agarrarse a «algo» con su gordezuela y rápida manita. Ese «algo» fue, naturalmente, la estilográfica del negociante; y el resultado una enorme mancha de tinta en medio de los ordenados papeles. y un araño. Tanto la mano de Jesper como la del hombre quedaron teñidas en amplias zonas de un brillante «azul-fijo».

—¡Ya estoy hartó! —gritó el exasperado viajero.

El hombre libertó su mano con un movimiento violento y Jesper cayó sentado en el suelo, lanzando agudos chillidos. La madre intentó en vano tomarlo en brazos para consolarle y regañarle al mismo tiempo.

Pero Jesper estaba ya tan rabioso como el hombre. Pateaba y chillaba a pleno pulmón mientras luchaba con su madre manchándole el vestido de tinta. Puck estaba sentada entre ambos contendientes, contemplando la escena con regocijo. No comprendía por qué se lo tomaban tan a pecho. No había pasado nada serio. Pero su vecino miraba fijamente los papeles manchados y su pluma rota. Estaba furioso.

—Es muy lamentable —exclamó—, que uno no pueda trabajar tranquilamente en un tren público, si ser molestado por un... por un...

El campesino carraspeó, pero no dijo nada. El hombre le contempló rabioso:

—Por lo visto, a usted no le importa — dijo con desdén.

El campesino no contestó.

El soldado, que llegado este punto había renunciado a dormir,

contempló a todos con aburrimiento, mientras la anciana intentaba tranquilizarles:

—Ya se sabe — dijo — Los niños son niños... Y los niños...

—Tiene usted razón —Interrumpió el irascible caballero —. Los niños son niños, y los perros son perros; las arañas son arañas y las viejas señoras, viejas señoras. Pero eso no tiene nada que ver con lo que aquí ha pasado. Y le ruego que no se meta en mis asuntos.

—¡Hombre! ¡Muy bonito! —Dijo tranquilamente el campesino. Era la primera vez que abría la boca, pero había cierta autoridad en el tono de su voz.

—Le repito que a usted no le importa —continuó agitado el hombre de los papeles estropeados —, Pero usted admitirá que he sido muy indulgente con esta especie de gamberrito.

—Hay que ser indulgente. Es solo un niño —dijo el campesino, pacífico.

A Puck le gustó aquel buen hombre.

La madre, que seguía luchando con Jesper, se sentía incapaz de defender a su hijo, pero su mirada desolada y disgustada hablaba por sí misma.

— Le pido perdón — se disculpó —. No lo hizo a propósito... Jesper, hijo mío, estáte quieto... Si le ha pasado algo..., me gustaría poder reparar el daño... Jesper, hijo, sé razonable...

— No ha ocurrido nada —dijo el campesino.

— Y usted, ¿cómo lo sabe? —saltó el hombre colérico—. Estos documentos son sumamente importantes. Y ahora no me sirven de nada. Voy a una reunión de máxima importancia en Copenhague, donde precisamente estos papeles son primordiales. No cuento con ninguna secretaria que pueda volver a escribirlos rápidamente. Es una situación muy lamentable.

— Muy bien, pero...

— No hay pero que valga —continuó el hombre.

Puck le miró fijamente. Pensó que su teoría de que aquel hombre era un comerciante no era correcta. Quizá fuese un abogado que debía comparecer ante los tribunales. Quizá los documentos eran importantes de verdad para ganar o perder un pleito. Quizá tenía razón al enfadarse, aunque no para ponerse tan furioso.

— Lo siento tanto... —intentó excusarse de nuevo la madre.

— ...Y un hombre furioso es un hombre furioso — dijo la anciana, quien de repente había comprendido la impertinencia del hombre de los papeles y había decidido devolverle la pelota.

El hombre la miró fijamente.

— ¿Qué quiere usted decir? Yo no estoy furioso.

— En ese caso, no me gustaría verle cuando se pone usted furioso — dijo el campesino —. Debe de ser un espectáculo terrible.

Los viajeros se estaban cansando del iracundo compañero de viaje. El hombre había jugado mal sus cartas. Naturalmente, estaba en su derecho de enfadarse, pero también era verdad que había exagerado la situación. En realidad, no era culpa del niño. Era lamentable que el pequeño fuera tan inquieto; pero, por otro lado, no era de esperar que un crío de su edad estuviera sentado en las rodillas de su madre durante un trayecto tan largo. Poco a poco el hombre empezó a ver todo aquello claro y pasó a la defensiva.

— ¿Tan importante era ese documento? —preguntó el campesino, tanto para calmar el ambiente como para satisfacer su curiosidad.

Estaba muy intrigado por saber quién era en realidad aquel hombre y qué asuntos le llevaban a Copenhague.

También Puck sentía curiosidad. Poco a poco iba rechazando la idea de que aquel hombre fuese abogado.

«No parece abogado — se dijo, y añadió —. Pero ¿qué aspecto tiene un abogado entonces?»

El hombre parecía más animado porque podía presumir con la importancia de su cargo ante aquella gente.

— Sí, eran... Quiero decir, son unos documentos muy importantes. — dijo—. Tengo una asamblea en Christinasborg hoy.

— ¿Acaso es usted político? —preguntó el campesino, pronunciando la palabra político con una «i» muy larga e irónica.

El hombre asintió con la cabeza:

— Sí, soy miembro del Parlamento. Tenemos una asamblea que requiere mi presencia durante estos días.

Y empezó a recoger sus manchados papeles, ordenándolos.

— ¿Se puede saber de qué van a hablar? —preguntó el gordo campesino.

El político puso cara de suficiencia.

— Estamos revisando algunas leyes — dijo.

De repente, Puck se dio cuenta por el tono de su voz de que, realmente era un político. Escogía sus palabras entre las que con más frecuencia se oían en la radio cuando había transmisión desde Christiansborg. Eso no quería decir que Puck estuviera interesada en la política; pero, de vez en cuando, había oído hablar por la radio a los políticos y siempre le había sorprendido que todos usaran las mismas palabras. También le extrañaba que no les fuera posible hablar de forma más natural.

Ahora el «honorable miembro del Parlamento» estaba sentado en su rincón, satisfecho porque todos podían admirarle como «representante del pueblo», como un hombre importante.

— Usted ya debe de haberse dado cuenta — dijo el «honorable miembro» al campesino, pero mirando de reojo a los demás —, que nuestro país está atravesando una coyuntura difícil y necesita leyes fuertes y efectivas, para afrontar no sólo los problemas cotidianos, sino la futura evolución previsible...

— Eso suena muy bien — dijo el campesino —; Pero ¿de qué van a hablar hoy?

La palabra «hablar» disgustó, por lo vulgar, al «honorable miembro» del Parlamento.

Carraspeó y dijo mirando sus papeles de reojo:

— Vamos a estudiar una ley que, a largo plazo, debe resolver una serie de situaciones de vital importancia para la sociedad en la cual estamos inmersos. Se trata de la problemática generacional...

— ¿De qué? —exclamó Puck que estaba convencida de haber oído mal las palabras del político.

El «honorable miembro» del Parlamento la miró con una arrogante sonrisa:

— De la problemática juvenil, amiguita —aclaró con desdén—. Seguramente no te das cuenta de su extraordinaria importancia; pero puedo informarte que la educación de la infancia y la juventud es uno de los problemas más acuciantes de nuestro país. Trataremos de formar ciudadanos útiles para la comunidad con la cual van a convivir. A poca gente le gustan de verdad los niños. La mayor parte los trata con frialdad e irritación. Sin embargo, mi partido político está de acuerdo en que los niños son la piedra fundamental sobre la cual será construido el futuro del país, y hay que tratarlos con cariño, amor y comprensión para así lograr el éxito.

Puck se mordía los labios. Era gracioso oírle teorizar con tanto ímpetu y calor sobre... los niños.

Jesper y su mamá aún no estaban muy de acuerdo. Pero los chillidos se habían convertido en un llanto menos ruidoso, mientras la madre seguía con su:

— Estate quieto, hijo... Sé bueno.

* * *

Poco después, Jesper se quedó dormido sobre la falda de su madre, con la boca abierta y los brazos extendidos. Ya no podía más. El cansancio había ganado la partida.

La paz y la tranquilidad reinaban en el compartimiento, el enojado político había vuelto a sacar sus papeles y los estaba estudiando con gran satisfacción. Se sentía importante y satisfecho consigo mismo.

El campesino estaba tan tranquilo y ausente como antes del incidente, pero a Puck le pareció entrever una leve sonrisa en su cara redonda. Quizá estaba pensando lo mismo que ella: en el iracundo político que hacía gala de grandes ideales teóricos de amor al prójimo, pero que no sabía ponerlos en práctica.

El soldado había reanudado sus intentos de conciliar el sueño y, por fin, lo consiguió apoyando la cabeza contra el respaldo del asiento. Se quedó profundamente dormido. Pero cuando, de nuevo el tren entró en una curva, su cabeza cayó hacia la izquierda para terminar apoyada sobre el carnosos hombro de la madre de Jesper, donde siguió durmiendo. La paciente mujer, con el pequeño en su regazo y el soldado en el hombro, estaba muy quieta y un tanto confusa. No se atrevía a mirar a los otros pasajeros ni a moverse. El soldado dormía tan plácidamente que era una lástima despertarle. La señora de cierta edad, que estaba sentada a su lado, dijo:

— Menos mal que algunos logran dormir.

Como antes, intentaba salvar la situación; pero Puck notaba que, cada vez que miraba al político, la expresión de su cara se hacía hosca. Puck llegó a pensar que, si aquella señora lograba averiguar a qué partido político pertenecía el «honorable miembro» del Parlamento, seguramente no tendría su voto en las próximas elecciones.

Puck había abierto su maletín y sacó una revista. Intentó concentrarse en la lectura, aunque en vano, y terminó mirando el

paisaje por la ventanilla. Estaba contenta. Contenta con su vida y contenta de vivir en el pensionado de Egeborg. El pensionado de Egeborg se había convertido en un auténtico hogar para ella cuando su padre se marchó a Chile para encargarse de la construcción de un nuevo puerto. Su padre y su madrastra, la ex profesora Ellen Winther, estaban en Dinamarca en aquellos días, pasando sus vacaciones en casa del veterinario Moeller; pero habían tenido que marchar a Copenhague, en parte porque el ingeniero Winther tenía una reunión con sus jefes, y en parte para ir de compras y divertirse un poco. Puck iba a reunirse con ellos durante el fin de semana. Estaba muy ilusionada pensando en los dos maravillosos días que le esperaban en Copenhague. Iban a vivir en un hotel y tenían planeado ir al teatro el sábado por la noche.

El soldado seguía durmiendo en su rincón, con la cabeza apoyada en el hombro de la madre de Jesper. Dormía tan bien que había empezado a roncar. Tenía la boca abierta y resoplaba ruidosamente. El político le contempló irritado, porque los ronquidos no le dejaban concentrarse en su trabajo. El único que no parecía alterarse era el campesino.

La anciana dijo con voz amable:

— Es muy comprensible que un soldado esté cansado. Seguramente trabajan duro.

Y la madre sobre cuyo hombro descansaba la cabeza del durmiente estaba roja como un tomate. Se aferraba a Jesper para que éste no se cayera de su falda y añadiera sus chillidos a los ronquidos del soldado. Puck notaba que la risa cosquilleaba en su garganta. Tenía ganas de apoyarse en el respaldo y soltar una carcajada. Todos, excepto el campesino y Jesper, observaban atentos el espectáculo. El político estaba confuso. No sabía qué hacer. No le quedaba otro remedio que esperar a que el soldado cambiara de posición y sus ronquidos cesaran.

Puck estaba mordiendo el borde de su revista. Los hombros le temblaban por la risa contenida. Sentía que se sonrojaba cada vez más. Sus fuerzas para contenerse se debilitaron y se levantó dirigiéndose hacia la puerta. Cuando se hubo alejado un poco por el pasillo reía a mandíbula batiente. La gente la miraba con una mezcla de asombro y preocupación. Pero Puck seguía riendo.

De repente oyó una voz a su espalda. Una voz alta y clara:

— ¿Quieres decirme de qué te ríes?

Puck dio media vuelta. Era una chica quien le había preguntado.

— En realidad, no es por nada — rió Puck de nuevo —. Sólo por un soldado que está roncando de una manera fantástica en mi compartimiento, sobre el hombro de una señora.

— ¿Vas a la ciudad? —preguntó la desconocida.

— Sí — asintió Puck.

— ¿Vas a visitar a alguien?

— Sí, a mi padre. Vamos a vivir en un hotel...

— Así, no vives en Copenhague.

— No — dijo Puck —. Vivo en un pensionado. En Egeborg.

— ¿Es divertido eso?

De nuevo Puck asintió con un gesto de cabeza.

— Mucho. Estamos maravillosamente bien. Pero ahora voy a pasar un fin de semana en la capital. ¿Vives tú allí?

Se asombró al ver la mirada recelosa de la chica, que contestó evasiva:

— No, sólo voy allí.

— ¿Dónde vives?

La otra hizo como si no hubiera oído la pregunta y dijo con voz forzada:

— No estoy muy segura de que me gustara vivir en un pensionado. Pero claro, no lo he probado nunca. ¿Verdad que os mandan muchísimos deberes y que os tratan con mucha severidad? Tenéis que estar allí a horas fijas y hay reglamentos estrictos, ¿verdad?

Puck movió la cabeza desaprobando:

— No creo que haya más reglamentos allí que en una casa particular — dijo —. No podemos quejarnos. Al contrario, estoy muy contenta de vivir en el pensionado.

— Pero, ¿por qué te han mandado allí?

Puck no tenía inconveniente en explicárselo. Le gustaba. Parecía muy simpática aquella chica de ojos negros. Puck no se dio cuenta hasta más tarde de que la desconocida había evitado hablar de sí misma.

— Mi padre es ingeniero y vive en América del Sur. Mi madre murió, y él se ha casado en segundas nupcias. Pero, antes, yo ya iba al pensionado y quise quedarme allí en vez de acompañarles a

Chile.

Su nueva amiga la miró asombrada.

— Eso sí que no lo comprendo — dijo —. Yo, en tu lugar me hubiera marchado a América. ¡Vaya una aventura! Vivir en un pensionado debe de ser muy aburrido.

— No lo creas —dijo Puck—. Tengo muchos amigos y me gusta estar allí. Cuando mi padre se casó deseaban llevarme con ellos; pero yo no quise. Quizá a ti te parezca muy emocionante ir a América y que el pensionado debe de ser muy aburrido; pero estás en un error. Al pensar que iba a abandonar el colegio me puse muy triste y, por suerte, mi padre lo comprendió perfectamente. Además, él tampoco piensa quedarse en Chile para siempre. Tarde o temprano regresará...

— Entonces tendrás que abandonar el pensionado, ¿no?

Puck nunca había pensado en eso y, cuando su compañera de viaje se lo preguntó, no supo qué contestar. ¿Qué pasaría cuando su padre regresara de Valparaíso? Quizá se instalaría de nuevo en el piso de Copenhague esperando que Puck fuera a vivir con él, que volviese a su viejo colegio de la capital y a su vieja habitación de la casa.

En pocas palabras, que todo sería como antes de su partida. Puck sabía muy bien que algún día tendría que volver a casa, pero pensar que ese día podía estar próximo no le gustó demasiado.

— ¿Dónde me dijiste que vivías? —preguntó a la desconocida para cambiar de tema.

— Me extraña mucho que le hayas tomado tanto cariño a tu pensionado — dijo eludiendo la pregunta de nuevo la chica de los ojos negros —. No lo hubiera creído nunca. Yo vivo con mis padres, y desearía...

Se calló. Puck intentó mirarle a los ojos, pero vagaban inquietos.

—¿Qué desearías? —preguntó Puck.

— ¡Ah! — contestó la muchacha y, otra vez, su voz sonaba forzada—. Sólo desearía no tener que volver a ningún colegio. ¿No te cansas de ir a clase?

Puck asintió con la cabeza, pero el tono de su voz no resultaba muy convincente cuando contestó:

—Claro, hay días en que prefiero hacer novillos, pero es inútil. Hay que estudiar, sino, ¿cómo vamos a pasar los exámenes?

Y contempló a la desconocida con una cálida sonrisa. Qué vestido más elegante llevaba y qué zapatos. Sólo con una ojeada se adivinaba que pertenecía a una familia rica.

— Me llamo Bente Winther — dijo al final —. Mis amigos me llaman Puck.

En los ojos negros de la muchacha chispeó una sonrisa:



Bente Winther, vaya casualidad... ¿Escribes Winther con doble uve?

Puck asintió con la cabeza y preguntó:

—¿Por qué?

— Porque yo me llamo Bente Wilhelmsen con doble uve. Las dos tenemos las iniciales be y doble uve.

— Nos estamos acercando a Roskilde —informó Puck.

— ¡Roskilde! — se asustó la otra.

— Sí — dijo Puck —. Pareces asustada.

Bente Wilhelmsen movió la cabeza:

— Tonterías — dijo despreocupada —. Cómo quieres que me asuste por una ciudad, y menos por un sitio de mala muerte como ése.

— ¿Has estado muchas veces en Roskilde?

— Claro. Yo...

Y calló. Puck la miró extrañada.

«¿Qué pasa con ella? —se preguntó.

— He estado aquí un par de veces — dijo por fin Bente Wilhelmsen—. Bueno, vuelvo en seguida. ¿Te quedas aquí en el

pasillo?

Y sin esperar respuesta se fue corriendo. Puck la vio alejarse y pensó:

«Qué muchacha más rara...»

* * *

El tren paró en Roskilde. Puck contemplaba el andén.

«Es extraño —pensó—, que mucha gente se ponga fuera de sí sólo por viajar en tren. Parecen perder el sentido del tiempo y el lugar. Aquella señora gorda, por ejemplo, que está con un hombre pequeño y flaco. Él lleva dos grandes maletas y ella un bulto bajo un brazo y una red llena de cosas diversas.»

— ¿Estás seguro de que éste es nuestro tren, Thorvald? —preguntaba la señora gorda.

—Claro que es éste —contestó iracundo el hombre—. Sino, no hubiera parado aquí. Éste es el andén número dos.

— ¿Estás seguro?...

— Segurísimo. Anda; subamos al tren.

— ¿Dónde pone que éste es el tren que hemos de tomar? ¿No crees que sería mejor volver para preguntar? ¿Qué hora es? ¿Tienes los billetes?

Puck estaba en la ventanilla contemplándoles con una amplia sonrisa.

— ¿Qué hora es? —preguntó de nuevo la señora gorda—. ¿Estás seguro de que hemos llegado a tiempo?

— ¿Cómo que si hemos llegado a tiempo? Estamos aquí, ¿no? Lo único que tienes que hacer es subir al tren en seguida.

— Pero, ¿tienes los billetes o no? Hemos de estar seguros...

El hombre estaba a punto de estallar.

— Dime una cosa —dijo furioso—. ¿Estás segura de saber a dónde vamos?

Ella le miró de arriba a bajo con cara enfadada.

— Que estés nervioso —dijo con aire de dignidad ofendida—, no significa que debas ponerte impertinente.

El hombre pequeño y su gorda acompañante marcharon a lo largo del tren y Puck les perdió de vista.

Un hombre con un carrito pasaba bajo la ventanilla:

— ¡Periódicos, revistas!... ¡Chocolate..., fruta..., helados!

Puck se asomó.

— Déme chocolatinas — pidió y al mismo tiempo se acordó de que había dejado su maletín con el dinero en el compartimiento—. Espérese un momento...

Rápidamente se fue a buscar el monedero y, poco después, había comprado dos deliciosas pastillas de chocolate. Si la chica de los ojos negros regresaba pronto, la invitaría.

Pero la muchacha no volvió hasta que el tren se puso en marcha y estuvo lejos de la estación de Roskilde. Apareció al final del pasillo saludando a Puck con la mano.

Aquí estoy...

¿Quieres un trozo de chocolate?

— Ya lo creo — asintió la otra —. Pensándolo bien, tengo hambre.

— ¿Vienes de lejos?

De nuevo la contestación fue evasiva:

— Sólo he estado en... Bueno, pronto llegaremos a Copenhague. Pero el chocolate se puede comer a todas horas. Gracias. Ahora que lo pienso, yo también debía haber comprado.

— No te preocupes; tenemos suficiente con éste. ¡Come! —dijo Puck y, mientras masticaba golosamente, añadió—. En realidad debía haber cogido el siguiente tren; pero las clases terminaron antes de tiempo y yo me aproveché de ello para tomar éste.

— En ese caso no habrá nadie para recibirte— dijo Bente.

— Quizá sí —contestó Puck—. Me prometieron en el colegio que llamarían al hotel para comunicárselo a papá. Pero si él se encuentra en alguna reunión no habrá recibido la llamada. Bueno; en todo caso lo mismo da, no llevo más que un maletín, y sé dónde está el hotel, poco más o menos. Tomaré el tranvía y puedo esperar en el hotel a que regresen. No me preocupo.

Miró de reojo hacia su compartimiento. El soldado había despertado. Estaba rígido en su asiento. Jesper seguía durmiendo y su madre parecía haberse tranquilizado. El político estaba escribiendo algo con cara solemne.

— ¿A dónde irás en Copenhague? —preguntó Puck.

La chica no contestó enseguida; pero al final dijo:

— Voy a visitar... Quiero decir... Tenemos allí unos amigos. Cuéntame algo sobre el pensionado. ¿Practicáis algún deporte?

— Sí —dijo Puck con entusiasmo—. ¡Muchos! Nadamos,

jugamos al tenis, montamos a caballo.

— Yo también monto o, mejor dicho, montaba...

— Pero —interrumpió Puck—, el caballo no es mío; me lo prestan en una granja cercana. Tampoco creas que hacemos equitación de alta escuela, pero cabalgamos mucho por el bosque. También hemos participado en concursos hípicas; pero no de importancia, claro.

— A mí me gusta la equitación de alta escuela —dijo Bente Wilhelmsen con suficiencia—. En realidad, me gusta mucho más montar que ir al colegio —añadió, y las dos se rieron.

A Puck le gustaba aquella chica. Parecía muy simpática. Y tenía buen humor.

«¿De dónde vendrá? — se preguntó Puck —. Qué raro que no quiera decir nada sobre sí misma.»

Puck sabía que a algunas personas no les gusta hablar de sí, y que debía respetar aquel deseo de mantener en secreto su vida privada.

Charlaron un rato amistosamente y, cuando el tren se acercaba a Copenhague, tomaron sus abrigos y los maletines para bajar en cuanto el tren llegara a la estación. Puck tenía ganas de preguntar a la chica sobre su casa o por lo menos pedirle su dirección; pero cada vez que intentaba llevar la conversación hacia ese punto, Bente cambiaba de tema y por fin Puck renunció, pensando que porque dos chicas charlen en un tren no van a convertirse en amigas para toda la vida. No había por qué insistir.

El tren entró en la estación central de Copenhague y los pasajeros empezaron a aglomerarse en el pasillo. Poco después, las dos muchachas se vieron rodeadas de gente con maletas y abrigos.

La puerta del vagón fue abierta y la gente empezó a empujar hacia ella. Puck saltó al andén seguida de Bente y las dos chicas subieron juntas las escaleras que llevaban a la gran sala de espera. Más tarde, cuando Puck pensaba en esto, hubo de admitir que Bente parecía muy nerviosa. Se arrimaba a la pared y, cuando llegaron al último tramo, donde la gente estaba esperando a los pasajeros, andaba con la cabeza gacha, casi escondiéndose detrás de Puck.

Entregaron sus billetes y se quedaron un momento mirando en derredor. Había mucha gente con maletas, con niños, con perros... Bente Wilhelmsen se volvió hacia Puck y dijo con una sonrisa:

— Bueno, gracias por la charla. Ahora me voy. Adiós.

— ¿Hacia dónde vas? — preguntó Puck —. Si vamos en la misma dirección, podemos continuar juntas.

Bente movió la cabeza:

— No. Yo voy en dirección contraria. Adiós. ¡Qué lo pases bien!

— Adiós, entonces.

Puck vio como se alejaba. Estaba sorprendida por la extraña conducta de aquella niña. Durante la conversación en el tren parecía tan alegre...

De repente, Puck tuvo la impresión de que Bente tenía miedo de algo. Movi6 la cabeza y renunci6 a imaginar lo que pudiera pasarle a su nueva amiga. Mir6 en torno suyo para buscar a su padre y a su madrastra; pero no parecía que hubiesen llegado.

Estaba a punto de marcharse cuando se le ocurri6 que podían haberse retrasado, quizá por haber recibido tarde el mensaje del pensionado de Egeborg, y decidi6 quedarse unos minutos en la sala de espera para darles una oportunidad de encontrarla. Estaba ansiosa por ver a su padre y a su madrastra y por ir con ellos al teatro.

«¿Qué función habrán escogido? — pens6 Puck.

Por la mañana había estado mirando la cartelera del periódico. El Teatro Real de Copenhague por ejemplo tenía programado un ballet, también había una opereta en uno de los grandes teatros; pero, en realidad, a Puck le daba igual ver una u otra representación. Lo más importante era que los tres estarían juntos durante el fin de semana. Sólo vivir en un hotel ya era una aventura.

Pase6 por la sala de espera, contemplando a la gente apresurada. Luego se acerc6 a un plano de Copenhague, y lo estudi6 con detenimiento.

En la parte de arriba encontr6 la calle de Oesterbro, donde hacía tiempo había vivido. Le parecía extraño haber vivido en un piso. Pens6 que sería un castigo terrible si alguna vez se veía obligada a abandonar los bosques y los campos, el lago y el jardín, todo lo que ella había aprendido a querer en el pensionado de Egeborg.



Puck decidió hablar de todo aquello con su padre. Quizá lograra convencerle para comprar una casa con jardín, en vez de volver a vivir en un piso, para que ella, cuando dejara el pensionado de Egeborg, no tuviera que volver a las calles asfaltadas de la gran ciudad.

De nuevo miró en torno suyo. No, aún no habían llegado. Seguramente estuvieron fuera, y no habían recibido el mensaje del colegio. Lo mejor que podía hacer era ir sola al hotel.

Recogió su maletín que había dejado en el suelo y lo encontró extraño. ¿Era realmente el suyo? ¿O era...?

Era del mismo color; pero no era el suyo, aunque llevaba las iniciales «B. W.»

¡Qué contrariedad! Ella y su compañera de viaje se habían equivocado de maletín. Ahora la otra iba con el suyo, mientras ella...

¿Qué podía hacer? No tenía ni idea de dónde vivía aquella muchacha. Pero alguna dirección debía de tener. Quizá estaba anotada en algún lugar dentro del maletín. Ella misma había escrito cuidadosamente su nombre y dirección del pensionado de Egeborg en el suyo.

Le fastidiaba un poco aquel cambio. Su dinero, su pijama, la bolsa de aseo y otras cosas estaban en el otro. Tampoco le gustaba meterse en los asuntos de los demás; pero era necesario enterarse de la dirección de Bente Wilhelmsen para devolver el maletín.

Puck lo abrió y vio que había algo de ropa, un par de pañuelos y una bolsa que seguramente contenía las cosas de aseo. También había un par de libros, uno de ellos parecía un diario. Pero no había

dirección alguna.

Disgustada, Puck lo cerró rápidamente y se lo colocó sobre sus rodillas. Estuvo un buen rato mirando ante sí, pensando en cómo actuar.

En aquel instante un hombre cruzaba el vestíbulo e iba hacia ella. No le conocía. Era un hombre flaco y más bien bajo. Vestía una americana marrón y en la cabeza llevaba una gorra a cuadros. Al principio, Puck pensó que el hombre iba a consultar el plano que estaba colocado a su lado; pero, para su asombro, llegó hasta el banco donde estaba sentada y se paró ante ella preguntándole:



—¿Eres Bente?

Extrañada de que aquel desconocido conociera su nombre, Puck se limitó a contestar:

— Sí.

— ¿Quieres hacer el favor de seguirme? —dijo el hombre.



El ingeniero Joergen Winther entró por la puerta giratoria del hotel. Iba con las cejas fruncidas. Nerviosamente, pasó la mano sobre su cabello. Una vez dentro, se paró. Con las dos manos en los bolsillos de su abrigo, miraba fijamente ante sí, sin ver nada en

especial. Sus pensamientos estaban lejos. Tenía mucho en qué pensar tras la reunión que acababa de celebrar.

Seguramente, las vacaciones le iban a crear grandes problemas.

Aquello le había pillado de sorpresa. Había ido a la sede de «Danaplan», la empresa para la que trabajaba, creyendo que simplemente iba a tomar parte en una reunión sobre problemas técnicos relacionados con su trabajo en Chile. Iba ilusionado pensándolo en la conversación que iba a tener con el ingeniero en jefe, el señor Bang, al cual Joergen Winther apreciaba muchísimo. Bang era un hombre de ideas fijas, un jefe extraordinario que no vacilaba ante ningún problema. Por eso cuando entró en su despacho, se dio cuenta de que algo pasaba.

Bang le había recibido con gran cordialidad y, poco después, sentados en cómodas butacas, le habían dicho, sin darle importancia a la cosa:

— ¿Le gustaría a usted irse a Nueva Delhi?

El ingeniero Winther se había sobresaltado.

— ¿Nueva Delhi? —preguntó.

Y Bang asintió con la cabeza:

— Sí. ¿No le gustaría ir a la India?

Hubo una pausa. Winther había colocado su pipa en el cenicero y miraba fijamente por la ventana. Bang le contempló serio:

— ¿Qué me contesta?

Joergen Winther movió lentamente la cabeza:

— No. Muchas gracias — dijo —. No siento ningún deseo de irme a la India. Si quiere saber la verdad, ingeniero Bang, lo único en que yo he estado pensando durante los últimos meses...

El jefe hizo un gesto con la mano para interrumpirle:

— No me lo diga usted, Winther — dijo —. Sé muy bien lo que me va a decir, pero más vale que lo deje. Cuando le pedimos que fuera usted a Valparaíso en sustitución de Christian Henriksen, fue por la enfermedad de éste. Pero usted sabe bien cómo ha ido todo. El trabajo que usted ha hecho en Chile ha sido tan extraordinario que la dirección ha estado... ¿Cómo lo diría yo...? Sería poco decir contenta, porque estamos extraordinariamente satisfechos. La dirección ha estado tranquila sabiendo que este importante trabajo estaba en sus manos. Usted mismo se dará cuenta lo que eso significa.

Bang miró interrogante, con una leve sonrisa llena de esperanza, al ingeniero Winther. Pero éste no devolvió la sonrisa.

— Bueno, ¿qué me dice? —preguntó su jefe un poco impaciente.

Joergen Winther volvió a tomar su pipa. Miró a Bang directamente a los ojos y dijo, serio:

— Está usted pensando en mi carrera, ¿verdad?

Bang asintió con la cabeza.

— Pero yo en realidad no tengo ningún interés en hacer carrera —dijo Joergen Winther—. Me gusta mi trabajo, y mucho, pero no estoy seguro de servir para jefe.

Bang levantó las cejas.

— Es una respuesta muy extraña, Winther — dijo —. No creo que haya un solo ingeniero en esta empresa que no esté esperando un puesto mejor. Algunos quieren ganar más dinero; otros quieren trabajos más interesantes, y otros quieren ser jefes, cueste lo que cueste. Y usted me dice ahora que no le interesa hacer carrera. ¿Qué quiere usted que yo piense?

Joergen Winther sonrió casi imperceptiblemente.

— Lo que crea usted, es asunto suyo, señor Bang.

— Bueno, bueno —contestó Bang—. Usted es un hombre sincero. Pero creo que comete una equivocación al tomarlo así. Se da el caso de que la empresa está sumamente contenta con su trabajo, y tiene grandes planes respecto a usted, así que puede ser una tontería por su parte rehusar esta oferta que forma parte de esos planes. ¿No cree usted que sería más razonable escuchar primero lo que significa el trabajo de Nueva Delhi? Después, puede usted pensarlo detenidamente y darme su respuesta.

El ingeniero jefe explicó detenidamente la importancia del nuevo proyecto, un trabajo de carreteras y puentes encargado por el gobierno indio, y concluyó su descripción:

— Como usted comprenderá — dijo —, es el trabajo más importante encargado a una empresa de ingenieros danesa desde que «Kamps» construyó el ferrocarril transiraniano. Asimismo comprenderá que el hombre encargado del trabajo tiene que ser alguien en quien confíe la empresa plenamente. Este asunto es muy importante para su carrera.

«Además, es muy necesario que los preparativos se inicien pronto y por eso he aprovechado la ocasión para preguntarle a

usted si le gustaría dirigir el proyecto. No necesito decirle que el nuevo cargo mejorará su situación en «Danaplan», recibirá un sueldo más elevado y será un gran paso hacia un puesto de jefe en esta empresa.

El ingeniero en jefe se calló y contempló sonriendo a Joergen Winther. Éste frunció las cejas. Estaba considerando lo que acababa de escuchar e intentó plantearse claramente lo que significaba para su propio futuro y para el de su mujer y de su hija. Entonces dijo:

— El caso es que, aunque me gusta viajar y estoy contento con los grandes proyectos que me son encargados, tengo que mirar cara al futuro. Ya sabe usted que me gustaría volver a vivir en Dinamarca. No puedo seguir viajando toda mi vida. Tengo una mujer y una hija. Tengo que pensar en Bente. Lleva ya un par de años en el pensionado. Por suerte, está encantada; porque el colegio es extraordinario y ella ha logrado adaptarse muy bien. Pero, naturalmente, yo la echo mucho de menos y quería... Había pensado que, cuando el trabajo de Valparaíso hubiese terminado, estaría algunos años en Dinamarca.

Su jefe se encogió de hombros:

— Sí, seguramente eso hubiera sido lo mejor, Winther, pero, tratándose de un proyecto tan importante... Si yo *estuviera en su* lugar lo pensaría detenidamente. Aunque Nueva Delhi significa un par de años más en el extranjero, también el el paso para que usted ocupe después un puesto de jefe aquí, en Dinamarca con un futuro brillante.

Se levantó.

— Hágame caso y piénselo, Winther — dijo amable —. Naturalmente que no esperamos la contestación hoy. Pero, si usted acepta, quiero que sepa que me hace un gran favor a mí y a la empresa.

* * *

Por eso Joergen Winther se encontraba en el vestíbulo del hotel con las manos metidas en el bolsillo y las cejas fruncidas, mientras pensaba en la conversación tenida con Bang. Le había hecho tanta ilusión pensar que pronto regresaría de Chile y viviría con su joven esposa y Bente en un hogar que crearían entre los tres...

Fue hacia la conserjería y pidió la llave. En aquel instante entraba Ellen por la puerta giratoria. Había ido de compras. Como

siempre, estaba radiante.

— ¡Hola! — saludó —. Espero que hayas almorzado, porque yo me encontré con una vieja compañera de colegio y hemos comido juntas. Ha sido muy divertido hablar de los viejos tiempos. No ha quedado ni una maestra de la cual no hayamos hablado.

Y se colgó del brazo de su marido.

— He estado pensando —dijo Winther—, si no podríamos ir a la exposición de pintura esta tarde. A Bente no le gustará, y así la habremos visto antes de que ella llegue. ¿Qué te parece?

— Una idea estupenda — contestó su mujer —. Y esta noche iremos al Teatro Real a ver el ballet, ¿no? A Puck le encanta el ballet.

Era tarde cuando regresaron al hotel. Fueron recibidos por un conserje que se deshacía en disculpas.

—Les pido perdón — dijo —, Hemos cometido una equivocación. Espero que no les cause ningún problema serio.

Winther le contempló asombrado.

— ¿Una equivocación? —preguntó.

El conserje asintió.

— Estamos desolados — dijo —. Han dejado un mensaje para el señor ingeniero. Fue recibido en la centralita y pasado a conserjería. Uno de los botones lo colocó por descuido en un casillero al lado del de usted. Por eso no se lo hemos dado hasta ahora, al verlo...

— ¿De qué se trata?

Winther tomó el papel plegado, lo abrió y consultó su reloj.

— ¿Qué pasa? —preguntó Ellen.

— Se trata de Bente. Han llamado desde el pensionado para decir que ella tomaría el tren más temprano. Pero en ese caso debería estar ya aquí.

— ¿Cuándo ha llegado ese tren?

— Hace media hora.

— Quizá Puck esté aún en la estación, creyendo que la vamos a recoger — dijo su mujer —, y como no hemos llegado se ha sentado a esperarnos. Podíamos habernos atrasado.

— Vámonos en seguida — dijo Winther y, volviéndose al conserje, añadió —: ¿Quiere usted conseguirnos un taxi, por favor?

Pero cuando llegaron a la estación no vieron a Puck.

— No te preocupes — dijo Ellen Winther —. Quizá ha esperado

aquí un rato y después se ha decidido a marcharse al hotel. Seguramente nos hemos cruzado en el camino.

— Eso espero — dijo Joergen Winther con aire preocupado.

Ellen le dio un golpecito amistoso.

— No lo tomes así — dijo sonriendo —. Puck sabe lo que hace. Se ha encontrado en peores situaciones que ésta. Confío en ella. Volvamos al hotel. Seguro que nos estará esperando en el vestíbulo.



Salieron de la estación y tomaron un taxi. Poco después, estaban cruzando la ciudad. Winther se apoyó en el respaldo y de nuevo se acordó de su conversación con el señor Bang. Tarde o temprano tendría que discutirlo con Ellen, pero quizá le daría un disgusto a Bente si lo discutían durante el fin de semana. Bang no le había dado plazo fijo; así que podía muy bien esperar hasta el domingo por la noche, cuando Bente regresara al colegio.

El taxi se paró delante del hotel. Bajaron. Mientras el señor Winther pagaba al taxista, su mujer entró en el hotel. Apenas había colocado su portamonedas en el bolsillo, cuando la vio salir de nuevo. En seguida se dio cuenta de que estaba asustada.

— No está aquí —dijo.

Una sensación de temor se apoderó de Joergen Winther. Lo que antes había sido un presentimiento inexplicable, se convirtió en certeza: Bente debía de haber sufrido un accidente.

* * *

Puck se quedó sentada en el banco, a pesar de que su buena educación le decía que debía levantarse y saludar al desconocido.

Pero estaba demasiado sorprendida. Se inclinó un poco y preguntó, mientras estudiaba al hombre delgado de americana marrón y gorra a cuadros:

— ¿Qué dice usted? No creo haber comprendido...

— Tú eres Bente, ¿no? — contestó éste.

— Sí, claro — dijo Puck asombrada.

— Bueno, en ese caso todo está bien. Te ruego que me acompañes.

Puck se levantó contrariada. ¿Por qué no le decía aquel hombre quién era él? Hubiera sido más natural presentarse. Había algo extraño en todo aquello.

— ¿Quién le ha mandado a buscarme? — preguntó por fin.

No supo decir si la expresión de la cara del hombre era de confusión o de asombro. Se inclinó un poco más, mirándola fijamente:

— Pero, tú eres Bente, ¿no? — repitió.

Ella asintió con la cabeza y él contestó:

— Tu padre...

— ¿Mi padre le ha enviado? — preguntó Puck sorprendida.

Quería haber añadido:

«Y usted, ¿quién es? ¿De dónde viene? ¿De qué conoce usted a mi padre?»

Pero no era fácil para una niña preguntar esas cosas a un adulto. Le habían enseñado a ser cortés, y muchas de las preguntas que hace un niño pueden parecer impertinencias.

— ¿Así que usted viene de parte de mi padre?

El hombre parecía impacientarse:

— Ya te lo dije antes — contestó—. Tu padre no puede venir en persona. Te está esperando. Te echa mucho de menos. Vámonos.

A Puck no le gustó su voz. Intentaba aparecer amable; pero la irritación daba a su voz un tono duro e indefinible; algo que Puck desconocía en el ambiente que frecuentaba. Era como una mezcla de astucia, miedo y frescura. Sus ojos eran fríos. No la miraba como una persona, sino como a una cosa. Un pensamiento cruzó por su mente:

«¿Me está confundiendo con otra persona? Hay otras niñas que se llaman Bente. Yo misma acabo de encontrarme con una.»

— No tenía intención de tomar ese tren — dijo al final.

El hombre asintió con la cabeza:

— Lo sabemos muy bien.

No parecía decir la verdad; pero es muy difícil saber esas cosas.

Y Puck dijo:

— ¿Recibió mi padre el mensaje de que yo llegaría en el tren anterior al previsto?

— Claro que sí — contestó el hombre —. Si no, ¿por qué crees que me encuentro aquí yo?

— Pero — dijo Puck —, ¿por qué no ha venido él mismo?

El hombre movió la cabeza impaciente:

— Ya te lo he dicho —dijo—. Tú padre no pudo venir. No tenía tiempo. Está en una reunión muy importante. Vámonos. No podemos quedarnos aquí todo el día. Tengo un coche esperando fuera.

— ¿Está mi padre en el hotel? —preguntó Puck mientras caminaban hacia la puerta.

El hombre se paró un momento; pero otra vez volvió a caminar. No contestó; sin embargo Puck tuvo la sensación de que se había sorprendido. Al final dijo el hombre:

— Sí. Él está en la ciudad.

— Eso ya lo sabía — sonrió Puck —. Vamos al hotel, ¿verdad?

— Claro que vamos al hotel — dijo el hombre —. Aquí está el coche. Anda, sube.

«Fue — se dijo Puck más tarde — el viejo y extraño coche el que me hizo sospechar. O, mejor dicho, fue el coche el que me convenció de que la sospecha que había sentido desde el primer momento era cierta. Había algo raro en todo aquello».

Puck se paró. El desconocido la tomó del brazo para obligarla a subir al destartelado automóvil.

— Prefiero caminar hasta el hotel — dijo Puck tranquila.

— Ni hablar — contestó el hombre, agarrándola del brazo para empujarla hacia el interior del coche —. He prometido a tu padre llevarte pronto. Ya estoy harto.

«Ya estoy harto»... ¿Qué significa esto? —se dijo la muchacha.

Ella y su padre no tenían ningún disgusto pendiente que diera derecho a aquel tipo a hablarle así. Puck dio media vuelta y dijo:

— Dígame, ¿de dónde conoce usted a mi padre?

— ¡No me da la gana discutir con una mocosa como tú! —le

contestó el hombre—. ¡Sube al coche.

Puck se dio cuenta de que era inútil tratar de sonsacar a aquel extraño. Cuando no podía contestar a una cosa simplemente se callaba. Eso era muy fácil. Ella no podía obligarle a hablar.

«Pero -pensó Puck-, él tampoco puede obligarme a subir a un auto, si yo no quiero. Esto parece un secuestro».

Rápidamente, dio media vuelta y empezó a cruzar la plaza por entre los taxis que esperaban a los viajeros. El hombre corrió tras ella. No intentó pararla con gritos; solo corría. Y corría de prisa. Puck se metió entre los taxis. Aun llevaba el maletín en la mano. Quería escaparse de aquel hombre. No le tenía miedo; en realidad no había nada en aquella situación que le causara miedo. Pero no le gustó su actitud. No se fiaba de él. Era completamente imposible que aquel desconocido hubiera sido enviado por su padre.

Puck miró hacia atrás y vio que el hombre se estaba acercando. No quería alejarse demasiado de la estación. Quizá tendría la posibilidad de entrar de! Nuevo en el vestíbulo. Allí estaría segura, lejos de aquel coche en el cual el tipo aquel quería meterla, y con tanta gente a su alrededor que haría la persecución imposible.

Algunos taxistas que veían la escena debían de creer que se trataba de un padre que corría tras su hija mal educada. Por lo menos, nadie intentó intervenir. Puck pensó que, si la cosa se ponía fea, siempre podría recurrir a ellos en busca de ayuda. Cruzó por detrás de un taxi y como a lo largo de la fila de automóviles parados. Llevaba un poco de ventaja y estaba decidida a aumentarla. Había trazado un plan que poco a poco, la llevaría otra vez hasta la entrada principal de la estación. De repente, tropezó con un taxista que gruñó

enfadado:

— ¡Mira por dónde andas!

Puck oyó como los demás choferes se reían.

—Están jugando al escondite —dijo uno de ellos.

Cuando Puck dio la vuelta al siguiente taxi vio que salía gente del vestíbulo. Debía de haber llegado otro tren.

Los taxis iban acercándose a la entrada. Los viajeros colocaban sus maletas en los portaequipajes, Puck pensó que aquel sería el mejor momento de escaparse de su perseguidor.



Metiéndose entre toda aquella gente, podría encontrar en el vestíbulo algún lugar donde esconderse. Por lo menos podría dirigirse a algún empleado y pedir ayuda. Se trataba de llegar hasta la puerta sin ser vista. No le era muy familiar la estación central de Copenhague; pero, mientras estuvo esperando a su padre y a Ellen, había tenido tiempo de conocerla un poco.

Puck corría zigzagueando, cambiando bruscamente de dirección y ocultándose para despistar a su perseguidor. De repente se dio cuenta de que realmente estaba en peligro. La persecución iba en serio. Aquel hombre era un criminal, no cabía duda. Debía buscar ayuda, pero, ¿dónde?

Por fortuna, había llegado a la entrada principal de la estación.

«Si fuera corriendo hasta uno de los empleados, ¿me creería? — pensó—. ¿Si le dijera que un hombre desconocido con una gorra a cuadros, me está persiguiendo, no creería antes la palabra de él que la mía?»

Estos pensamientos cruzaron por su cerebro, pero no supo contestar a ninguna de las preguntas que se hacía a sí misma. Lo único claro era que debía despistar a aquel extraño que le pisaba los talones.

Puck logró entrar en el vestíbulo, pero el tipo aquel seguía tras ella. La aglomeración de la salida la había retrasado un poco, pero aún llevaba ventaja.

Miró en torno suyo buscando a alguien a quien pedir ayuda. Pero, como suele ocurrir, cuando más necesidad tiene uno de un policía no lo encuentra. Poco antes había visto a dos pasear por el

vestíbulo. Quizá estaban en el otro extremo, pensó, y se fue corriendo hacia allí, esquivando con habilidad a un señor cargado con dos grandes maletas y a una señora con tres chiquillos.

Puck veía como el hombre la seguía de cerca, a pesar de que la estación estaba llena de gente. Corría casi tan rápido como ella. Era pequeño, delgado y ágil como un gato, y parecía decidido a llevársela por la fuerza.

Una vez más surgieron las dudas en la mente de Puck. Empezó a pensar que, si aquel tipo llevaba malas intenciones, no se hubiera atrevido a seguirla hasta allí. Y que si seguía tras ella entre tanta gente era porque no tenía nada que temer. Aunque seguía huyendo, Puck llegó a la asombrosa conclusión de que quizá el hombre estuviera en su derecho al perseguirla. Quizá su padre había alquilado aquel coche para que él fuera a buscarla. En tal caso el hombre no se atrevería a volver sin ella. Si ella huía, él la seguiría para explicarle que debía ser razonable y que su padre la estaba esperando. Pero, si ese era el caso, ¿por qué había sido tan poco amable, mandón y brusco con ella? Bueno, quizá fuera ésa su manera de ser y no podía juzgarle sólo por eso.

Puck estaba confusa; no obstante, fuese lo que fuese, había algo desagradable en todo aquel asunto. Y lo peor de todo era que Puck había empezado a dudar.

* * *

Joergen Winther oyó el taxi ponerse en marcha a sus espaldas. Se había quedado de piedra, mirando fijamente a su mujer.

— ¿Qué dices? —preguntó—. ¿No ha llegado aún?

Ellen Winther movió la cabeza.

— El conserje no la ha visto. Nadie ha preguntado por nosotros desde que salimos.

Joergen Winther se quedó un momento inmóvil. Un cúmulo de pensamientos cruzaron por su cabeza. ¿Qué podía haberle pasado a Bente? Entró rápidamente en el hotel y fue a la conserjería.

— ¿Dice mi mujer que nadie ha preguntado por nosotros?

El conserje movió la cabeza con expresión pesadora:

— No, señor Winther, y lo siento... Comprendo que usted espera una visita...

— Sí, mi hija. Viene a pasar con nosotros este fin de semana. He reservado habitación para ella.

— Bueno, pero la señorita no ha estado aquí y quizá le cuesta trabajo encontrar el hotel.

El señor Winther cerró los ojos. Intentó buscar una respuesta a la situación. Era su trabajo encontrar soluciones a todo, por eso tenía el empleo que tenía como ingeniero director de un proyecto difícil. Era conocido por sus rápidas soluciones, por eso le admiraban en su empresa; pero ahora...

No sabía por dónde empezar. Tenía un mensaje en el que su hija Bente anunciaba que llegaría en un tren antes del convenido. Eso era todo cuanto sabía. Debían haber mandado aquel mensaje desde el colegio. Fue recibido en la centralita y un botones lo había colocado equivocadamente en el casillero vecino al suyo.



Carraspeó. No debía dejarse vencer por la confusión. Había que actuar con lógica, como si se tratase de un problema técnico.

Se volvió hacia el conserje y le preguntó:

— ¿Puede usted decirme quién recibió el mensaje?

— Fue una de las telefonistas de la centralita. Un momento. Voy a ver.

Los dedos de Joergen Winther tamborileaban sobre el mostrador. Ellen se acercó y colocó su mano sobre el brazo de su marido.

— No tiene por qué haberle pasado nada malo — dijo, pero su voz no sonaba muy segura. Era obvio que sentía miedo y añadió—: Aunque quizá deberíamos informar a la Policía.

— No creo que sea necesario. Aún no, por lo menos —contestó intentando que su voz sonara firme y segura, pero en su interior estaba muy angustiado.

El conserje volvió para decirle:

— Lo siento. La joven de la centralita ha salido. Ha terminado su turno. Pero un mensaje telefónico es siempre anotado cuidadosamente. ¿Tiene usted aún la hoja?

Winther rebuscó en sus bolsillos y sacó un papelito arrugado.

Habían llamado a las 14.10. Estaba sin firmar. Sólo decía:

Del Pensionado de Egeborg: Bente llega en un tren más temprano.

— Hágame el favor de pedir una conferencia con el Pensionado de Egeborg — dijo Joergen Winther.

Mientras esperaban la conferencia iban y venían por el vestíbulo. Cuando fueron llamados, el ingeniero Winther casi corrió hacia la cabina telefónica.

—El Pensionado de Egeborg al habla.

— Soy Joergen Winther, padre de Bente. ¿Con quién hablo?

Una clara voz de señora contestó:

— Soy la señora Frank. Buenas tardes, ingeniero Winther. ¿Podemos ayudarle en algo?

Había algo tranquilizador en la voz de la esposa del director. El ingeniero preguntó:

— ¿Me ha llamado usted para decir que Bente llegaría más temprano? Al parecer, nos hemos cruzado y no la encuentro.

— Las clases terminaron pronto — explicó la señora Frank—. Y Bente se dio cuenta de que podía tomar el tren anterior al calculado. No comprendo que no se haya comunicado con usted. Debí de haber llegado hace ya mucho rato. Yo misma hice la llamada. Quizá debí haber dicho la hora de la llegada.

— No, no, señora Frank. No es por eso. El mensaje fue correcto, pero por equivocación me lo entregaron demasiado tarde en el hotel. Así que, cuando he ido a la estación, Bente ya no estaba allí.

— Bueno, quizá haya ido andando hasta el hotel y se ha quedado mirando escapartes por el camino —opinó la señora Frank—. Hay muchas cosas que llaman la atención a una jovencita como ella. Yo, en su lugar, no me preocuparía. Puck sabe arreglárselas bien.

— Gracias —dijo Joergen Winther distraído—. Naturalmente que sí. Yo tampoco creo que corra ningún peligro; pero, ya sabe usted; a pesar de todo uno se preocupa, y...

— Claro que sí. Pero estoy segura de que dentro de unos minutos aparecerá por ahí. Y no le regañe usted si se ha quedado mirando escapartes — añadió riendo la señora Frank—. La conozco muy bien. Es una soñadora.

— Esperemos que tenga usted razón — dijo Joergen Winther que, de repente, tuvo la sensación de haber exagerado la situación.

No debía ponerse histérico porque Puck se retrasara un poco. Las palabras tranquilizadoras de la esposa del director le habían convencido de que no tenía por qué excitarse. La señora Frank tenía razón. Había que tomarlo con calma. Seguro que Bente llegaría dentro de poco.

— Siento mucho haberla molestado — dijo —. Pero pensé que quizá mi hija podía haber perdido el tren y...

— No. Si lo hubiera perdido, nos lo hubiera comunicado y le hubiéramos telefoneado en seguida —dijo la señora Frank—. Ella debe de estar ya allí; pero, como le decía, hay muchas cosas que ver y quizá ha olvidado mirar el reloj. Tratándose de su hija Bente, no hay por qué preocuparse. Es una chica demasiado razonable para meterse en líos; quizá algo distraída, pero nada más: Llámeme usted si podemos ayudarle en algo, señor Winther. Adiós, adiós.

— Adiós — dijo Winther y colgó.

Abrió la puerta de la cabina y salió. Ellen le estaba esperando y le miraba interrogativa.

— No está en el colegio. Debe de estar aquí, en Copenhague; pero la señora Frank opina que no hay por qué alarmarse. Quizá me estoy preocupando sin razón. ¿Qué opinas?

Ellen intentó sonreír, pero no lo logró.

— Puede ser — dijo —. Podíamos esperar un poco, a ver qué pasa.

— Vamos a sentarnos en el bar —propuso Joergen Winther—. Necesito tomar un trago. Pero primero voy a decirle al conserje dónde puede encontrarnos.

Poco después estaban sentados en un rincón. Winther sacó su pipa, la dejó a un lado, buscó un paquete de cigarrillos y ofreció uno a su mujer. Ella denegó con la cabeza. Entonces él encendió su pipa. Decididamente, era inútil intentar ocultarlo, Winther estaba nervioso y preocupado. En realidad, era estúpido quedarse allí sentados como si nada hubiera ocurrido, pensó, mientras quizá su hijita estaba en peligro. Podía haber sufrido un accidente en la calle y en aquellos momentos encontrarse en un hospital. Podía estar inconsciente, y los médicos no saber dónde comunicarlo.

— ¿Qué te pasa? ¿Tienes alguna idea? —preguntó.

Se levantó. Su mujer le miró con curiosidad. Él movió la cabeza y volvió a sentarse.

— Creo que debo tener cuidado con mis nervios — dijo, e intentó sonreír—. De repente he pensado que, si hubiera ocurrido algo..., como un accidente de tráfico...



Ellen no supo qué decir. Estaba tan preocupada como su marido.

— Por otro lado — continuó Joergen Winther —, es inútil que estemos aquí sentados excitándonos mutuamente. Bente es una chica razonable. Lo admitió también la señora Frank y me he tranquilizado mucho al oírsele decir. Confían mucho en ella en el pensionado. Estoy muy contento por ello. Esa niña sólo me ha causado alegrías.

— También a mí —dijo su mujer con ternura—. No sabes qué placer fue ser su profesora. Entonces yo no tenía idea de que, algún día llegaría a ser su madrastra. Pero la quise desde el primer momento. Hay algo honrado en Puck que encanta a todo el mundo. Sus compañeros siempre estaban alrededor de ella, tanto los chicos como las chicas. La quieren mucho.

Estuvieron un rato sin hablar. Joergen Winther apagó su cigarrillo en el cenicero, sacó otro del paquete, bebió el contenido de su vaso y se levantó:

— Sin embargo, no puedo olvidar... — empezó.

— ¿Qué? ¿En qué estás pensando? —dijo Ellen levantándose.

— Si ella sale de la estación y al mismo tiempo pasa un coche... Quiero decir que hay accidentes de tráfico cada día. No necesita ser nada serio, pero lo suficiente para que la lleven a un hospital. Si está inconsciente, o si ha perdido su maletín en el accidente, la ambulancia se la lleva, pero nadie sabe quién es la niña. Y si tiene conmoción...

Movió la cabeza.

— Creo que mi imaginación me hace exagerar.

Consultó su reloj.

— Vamos — dijo —. Vamos a ver el conserje. No me gusta nada este asunto.

— Pero, ¿qué piensas hacer? ¿Llamar a la policía?

— Voy a consultar con el conserje. Es una persona tranquila. Parece hombre de experiencia.

Pero el conserje no resultó de mucha ayuda. Tenía miedo de aumentar la inquietud del ingeniero Winther.

— De vez en cuando pasan estas cosas — dijo —. Es fácil que la gente se pierda.

Sonrió para animar al ingeniero y continuó:

— Yo en su lugar iría a la policía. La comisaría está aquí al lado. Si usted habla con el sargento de guardia, estoy seguro de que le puede aconsejar lo qué debe hacer.

Joergen Winther se quedó un momento pensativo y luego dijo:

— Creo que voy a seguir su consejo. ¿Dónde dice usted que está la comisaría?

El conserje se lo explicó. Winther fue en busca de los abrigo y poco después estaban en camino.

Era ya muy tarde. Estaba nublado y parecía que iba a llover. Cuando entraban en la comisaría, Joergen Winther tiró un cigarrillo recién encendido. Tras una mesa de trabajo estaba un hombre vestido de uniforme.

— ¿El sargento de guardia? —preguntó Joergen Winther.

— Yo mismo —contestó el policía—. ¿De qué se trata?

— Mi nombre es Joergen Winther. Estoy en Dinamarca pasando mis vacaciones, y mi mujer y yo vivimos en un hotel. Mi hija, que estudia en un pensionado, debería haberse reunido con nosotros hoy, pero aún no ha llegado, y estamos preocupados de que algo le haya podido ocurrir. Se llama Bente Winther.

— De momento, no tenemos ningún parte en el que se mencione ese nombre — dijo el sargento —. ¿Está usted seguro de que tomó aquel tren?

— Segurísimo; hemos hablado con el colegio. Ella ha tomado un tren antes de la hora prevista. Por eso no fuimos a recibirla en la estación. Nos entregaron su mensaje demasiado tarde. Hubo una equivocación en el hotel y no supimos nada hasta que ya era tarde.

— ¡Lástima! — comentó el policía —. Una cita es una cita.

— Bueno, sí —contestó Joergen Winther un poco irritado—. Pero ése no es el caso. Lo importante es que mi hija tomó ese tren y que nosotros no lo sabíamos. Debía de haber llegado hace ya una

hora, pero no ha aparecido.

— Seguramente se habrá entretenido por ahí. Cuando los niños van solos pueden pasarse horas en el mismo lugar.



El policía tomaba el asunto con una calma que irritaba a Joergen Winther.

— También yo he pensado en ello — dijo —. Pero sigo preocupado por ella. Desearía que usted me ayudara de alguna forma.

El sargento se encogió de hombros.

— ¿Qué quiere usted que hagamos? Podemos hacerla buscar por la radio esta noche, si de veras cree usted que le haya ocurrido un accidente. Pero no podemos empezar a mandar policías porque una chiquilla pierda el tren o porque se olvide de la hora. Usted lo comprenderá.

— Le ruego que nos ayude — dijo Winther con dignidad —. Yo también tengo muchos hombres trabajando bajo mis órdenes y comprendo muy bien las consecuencias de mi petición.

— Bueno, eso lo dicen todos — contestó el sargento con una mezcla de irritación y ganas de contradecir—. La gente cree que la policía está a su plena disposición para cada uno de sus antojos. Si tuviéramos que preocuparnos por todas las llamadas que recibimos, no tendríamos tiempo para nada. La gente...

— Es inconcebible que usted hable con tanto desdén de «la gente» —dijo Winther con dureza—. No sé lo que usted entiende por «gente», pero la misma policía también está formada por «gente» creo yo. Y si la policía no está para proteger al ciudadano,

entonces no sé para qué sirve. Esperaba que usted me pudiera ayudar al menos con un consejo. Creí que tendría alguna experiencia al respecto. También existe la posibilidad de que un agente pudiera atender nuestro caso; pero si no es así, lamento mucho haberme dirigido a usted. Lo recordaré la próxima vez que pague mis impuestos.



Puck había llegado hasta el final del vestíbulo que daba a la calle de Bernstorff. Por las puertas abiertas podía ver la entrada del parque de atracciones «Tívoli» al otro lado de la calzada. A su derecha había unos carteles multicolores; en los bancos, gente sentada mirando ante sí, en una espera pasiva y desanimada. Un mozo pasó con su carretilla cargada de maletas. Iba hacia la salida.

Puck oía a su izquierda ruido de platos procedente del restaurante. Todo el extraño mundo de la estación central, sus luces, la gente, las conversaciones y el ronco sonido de los altavoces hizo que Puck se sintiera cada vez más confusa.

Estaba huyendo, pero ¿de qué? ¿No sería mejor quedarse donde estaba y preguntar a aquel hombre lo que en realidad quería de ella? Pedirle que demostrara que verdaderamente venía de parte de su padre para llevarla al hotel. Era demasiado fantástico pensar que aquel hombre estaba tratando de secuestrarla en plena estación central de Copenhague, entre tanta gente. Nunca había oído semejante cosa.

A pesar de ello sintió miedo. Había algo sospechoso en aquel hombre, algo brutal; algo que ella no lograba comprender, pero que no prometía nada bueno. Ojalá encontrara a alguien a quien pedir

ayuda. Pero todos eran tan extraños, tan fríos y ensimismados. Puck dobló una esquina y tropezó con un hombre de uniforme que salía de la oficina de aduanas.

— ¡Hola! —exclamó el hombre—. ¿Adonde vas con tanta prisa?

Había algo cálido en su voz que despertaba la confianza de Puck. Se quedó ante él contemplándole. Llevaba el uniforme de empleado de ferrocarriles con botones dorados. Cuál era su categoría, Puck no lo sabía decir, pero parecía amable. Llevaba barba. Del mismo modo que el hombre de la gorra a cuadros había despertado instintivamente sus sospechas y antipatía, este otro del uniforme le daba una sensación de tranquilidad y confianza. Estaba segura de poder pedirle ayuda. Preguntó jadeante:

— ¿Puede usted ayudarme?

— ¡Claro! Si está en mis manos...

Pero el hombre de la gorra a cuadros había llegado ya hasta ellos. Agarró el brazo de Puck y exclamó:

— ¡Ya está bien, Bente!

—

Puck miró con cara de súplica al ferroviario, quien la contemplaba con una sonrisa interrogante.

— ¿En qué puedo servirte? —dijo a Puck, mientras observaba al otro—. ¿Qué puedo hacer por ti?

— Este hombre... —dijo Puck—, quiere llevarme consigo. Yo no quiero ir con él... Dice que viene de parte de mi padre, pero no lo creo... Yo...

Sentía que su voz sonaba débil e insegura, y sabía que difícilmente la creerían. Lo que ella explicaba sonaba demasiado fantástico.

El empleado seguía observando al hombre de la gorra.

— No lo comprendo —dijo—. ¿Qué significa eso? ¿Por qué quiere usted llevársela?

Su perseguidor no había soltado el brazo de Puck.

— Se ha escapado de casa — dijo —. La han buscado incluso por radio. Voy a llevarla con sus padres; pero ella intenta huir de nuevo.

El ferroviario se volvió lentamente hacia Puck y la miró fijamente:

— ¿Es verdad eso?

Antes de que Puck lograra contestar, el hombre de la gorra dijo:

— Se llama Bente Wilhelmsen. Se ha escapado de casa. ¿No ha oído usted la noticia por radio hoy al mediodía?

— Un momento — dijo Puck en un intento de protesta —. Yo no me llamo Bente Wilhelmsen. Mi apellido es Winther y he venido a Copenhague para encontrarme con mi padre. Estaba en camino a...

Se calló. Era inútil decirles que estaba en camino hacia el hotel, porque aquel hombre la había encontrado esperando sentada en un banco. ¿Cómo lograría explicarles eso?

— ¿Adonde dices que ibas? —preguntó el hombre con los ojos entrecerrados de rabia—. Tú no ibas a ningún lado. Estabas sentada en un banco aquí cuando te encontré.

Puck sintió como si el suelo se hundiera bajo sus pies. Su explicación no sonaba muy convincente.

— Llegué en el tren anterior al previsto — dijo rápidamente —. Se lo han comunicado telefónicamente a mi padre. Él debía haber venido a recibirme, pero como no apareció me senté un momento a esperar.

— ¿Cuándo llegó ese tren? —preguntó el empleado del ferrocarril.

Puck dijo que no lo sabía y el hombre sacó una guía de su bolsillo. Se puso a estudiarla. Entonces, dirigiéndose al hombre de la gorra, le preguntó:

— ¿Cuándo dijo usted haberla encontrado?

— Hace un par de minutos. Desde entonces huye de mí. Hemos estado haciendo el ridículo corriendo por aquí.

El empleado frunció las cejas.

— Eso quiere decir — murmuró — que estuviste más de media hora sentada. ¿No te parece un poco..., digamos..., extraño? Quiero decir...

Puck comprendió que había perdido. Aquel ferroviario o lo que fuera no la creía. El hombre de la gorra había ganado.

— Creo que es mejor que vengas conmigo —dijo—. Vamos a casa de tus padres. Están muy preocupados por ti.

— ¡Pero si yo no soy Bente Wilhelmsen! —dijo Puck desolada—. ¡Ya le he dicho que me llamo Bente Winther.

— Eso es fácil de saber — dijo el ferroviario —. Tienes tu maletín aquí. ¿No tienes algo que demuestre quién eres?

— Claro que sí —dijo Puck y empezó a abrir el maletín pero en aquel mismo instante comprendió que estaba vencida. Aquél no era el suyo; era de Bente Wilhelmsen. Si había algún papel con un nombre escrito, ese nombre no sería el de Bente Winther.

El hombre de la gorra apretaba más fuerte el brazo mientras decía:

— ¡A ver si vienes conmigo de una vez!

Puck miró desolada al empleado. Pero su cara había perdido la expresión amable. No la creía. Creía al hombre. Estaba convencido de que ella era una muchacha que se había escapado de casa a quien por fin habían atrapado, y no se molestaba en averiguar la identidad de aquel hombre que decía haberla encontrado. El perseguidor había ganado la partida. Puck intentó una última defensa.

— Pero, pregúntele usted quién es él — dijo, y había algo histérico en su voz—. Aunque yo fuera Bente Wilhelmsen, ¿por qué ha de tener este hombre derecho a llevarme consigo en su coche?

Pero aquello sonaba ya demasiado a literatura barata para que el ferroviario le hiciera caso. Él era un hombre acostumbrado a que los trenes llegaran a la hora en punto. Era un tipo sin imaginación. Un individuo vulgar y corriente que deja que otros tomen las decisiones por él.

— Creo — dijo — que debemos terminar este asunto.

Puck trató desesperadamente de encontrar un argumento que fuera lo bastante convincente; pero en vano. Suspiró hondo y no dijo nada.

Sujeta por su perseguidor empezó a caminar hacia la salida. Sólo esperaba que aflojase su brazo para volver a escapar. Pero ya no le quedaban esperanzas de tener éxito. Estaba desolada y confusa.

Quizá la intención de aquel tipo fuera llevar a Bente Wilhelmsen a casa de sus padres y, al llegar allí, se daría cuenta de su equivocación y todo quedaría aclarado. Podría decir a los padres de Bente que la había encontrado en el tren y les devolvería el maletín que había tomado por equivocación. Quizá lo mejor fuera seguir al hombre y dejar que las cosas siguieran su curso. Puck ya no tenía miedo; pero estaba disgustada pensando en la preocupación de su padre y de su madrastra.

— Déjeme llamar por teléfono antes de entrar en el coche.

— ¿Ya quién llamarías? —preguntó el de la gorra con una risa de desdén —. No crees que lo mejor es llegar a casa lo antes posible?

— Sí, hijita — dijo el empleado —. Sé razonable y regresa con tus padres. Seguramente están muy preocupados por ti y estarán contentos de verte, quizá tanto que se olvidarán de regañarte. Adiós, hijita.

Puck le vio alejarse con pasos rápidos hacia las oficinas. El hombre que la había capturado, sin soltarle el brazo, dijo con rudeza:

— Bien; vámonos ya.

De nuevo Puck suspiró hondo y fueron hacia el coche. Había perdido la batalla, se dijo a sí misma, pero aún estaba a tiempo de ganar la última. Primero acompañaría a aquel hombre a casa de los señores Wilhelmsen para aclarar la equivocación.

Aún no sabía nada sobre aquel tipo. No había dicho su nombre ni lo que hacía. Posiblemente la vio por casualidad y creía que si la llevaba a casa de ella podría ganar algún dinero. Era evidente que aquel hombre no conocía a Bente Wilhelmsen. Sino, no la hubiera confundido con ella. Pero pronto quedaría todo aclarado.

Llegaron al coche que estaba estacionado junto a la acera. El hombre abrió la portezuela y dijo:

— Entra y estáte quieta.

Su voz era ruda, sonaba enfadada. Puck estaba sola en el asiento de atrás. El desconocido se sentó al volante y puso el motor en marcha.

Era un coche viejo y oxidado, pero el motor parecía andar bien, y arrancaron a buena velocidad. Puck contemplaba el hormigueo de la gente en las aceras; aún llevaba el maletín de Bente Wilhelmsen en su mano.

Le parecía una situación intolerable; pero a pesar de ello casi le parecía divertida. Pronto estarían en casa de la otra niña y entonces... Puck cerró los ojos y se acordó de unas frases de su conversación con ella en el tren, de cuando le había preguntado:

— ¿Vives en Copenhague?

Y ella le había contestado:

— No, sólo voy de visita.

Cuando le había preguntado dónde vivía, la otra había actuado

como si no la hubiera oído.

«¿Dónde viviría Bente Wilhelmsen en realidad?» —se dijo—. El hombre que estaba sentado al volante debía saberlo. Debió de escuchar el boletín de la huida por radio y quizá incluso conocía a sus padres, aunque no a Bente.

Puck se inclinó hacia adelante y preguntó:

— ¿Dónde viven los señores Wilhelmsen?

El hombre contestó por encima del hombro:

— Deja ya de hacerte la interesante. Sabes muy bien dónde vives.

Puck se mordió los labios. No le gustaba que le hablasen en aquel tono, por eso replicó:

— Ya le dije que yo no soy Bente Wilhelmsen. Mi nombre es Bente Winther. Por casualidad me encontré con ella en el tren, y me he quedado con su maletín por equivocación. Ella debe de tener el mío. Le acompañaré con gusto a ver a sus padres para devolvérselo y que todo quede bien aclarado. Pero, ¿le molestaría decirme adonde vamos?

El hombre no contestó. Puck se quedó inclinada hacia adelante en espera de una explicación; pero no la hubo. Por fin aquel tipo se decidió a abrir la boca y preguntó:

— ¿Dices que encontraste a Bente Wilhelmsen en el tren?

— Sí —dijo Puck con voz firme—. La vi en el tren, charlamos un buen rato y nos confundimos de maletín. Por eso no le puedo demostrar quien soy. Pero dígame, ¿dónde vive Bente Wilhelmsen en realidad?

— Preguntas demasiado —contestó secamente el de la gorra.

— Pero, ¿por qué no me lo quiere decir?

— Ya me has oído: Preguntas demasiado. Siéntate y descansa. No tardaremos en llegar al lugar donde debemos ir.

Pero a Puck le era imposible relajarse. Empezaba a estar inquieta. ¿Por qué no quería decirle adonde la llevaba? Parecía que aquel hombre se daba cuenta, poco a poco, de que ella no era Bente Wilhelmsen, y que había dicho la verdad.

Pero, entonces, ¿por qué no quería decirle a dónde pensaba llevarla? Su inquietud se estaba convirtiendo en miedo. Miraba fijamente por el parabrisas. El coche iba a gran velocidad. Ya habían salido del centro de la ciudad. Estaban cruzando los lagos en

dirección a Frederiksberg. El tránsito se hacía cada vez menos intenso y aquel hombre conducía con gran seguridad.



Puck estaba deseando que el coche se viera forzado a parar para saltar fuera. Pero, por el contrario, la velocidad aumentaba cada vez más como si el hombre estuviera decidido a alejarse de la ciudad lo más rápido posible con su prisionera.

Sí. Ella era su prisionera. Había tenido razón cuando sintió miedo la primera vez. Se trataba de un secuestro. Un secuestro muy atrevido y arriesgado. El hombre había jugado fuerte... y había ganado.

— Pero yo le aseguro que no soy Bente Wilhelmsen — empezó de nuevo.

El hombre no se dignó contestar. Y Puck repitió:

— No soy quien busca. Todo esto es absurdo. ¿No lo entiende?

El hombre, tras el volante, sacó un cigarrillo de su bolsillo. Lo encendió y exhaló una gran bocanada de humo. Seguía con los ojos fijos en la carretera y la velocidad no disminuía. Puck había empezado a perder la esperanza; pero sabía instintivamente que no debía perder los ánimos, debía mostrarse intrépida aunque tuviera miedo. Su secuestrador, pensó, debía de estar casi tan angustiado como ella. Por lo menos, ella tenía la conciencia tranquila, pero aquel tipo era un criminal, un delincuente que intentaba sacar dinero del secuestro.

— Debe de pertenecer a una familia rica esa Bente Wilhelmsen, por el interés que usted demuestra — dijo Puck con desdén. Se llevará una sorpresa cuando se entere de que yo no soy rica. No podrá sacarle dinero a mi padre. No tiene.

— Pareces tonta —dijo el hombre—. Aunque resulte que no eres Bente Wilhelmsen, comprenderás que no puedo dejarte escapar ahora. Sabes demasiado.

El coche parecía volar sobre el asfalto.

Puck no conocía los barrios por los cuales pasaban en aquel momento. Sólo veía casas grises, tapias, de vez en cuando algún árbol. El hombre no había seguido ningún rumbo fijo; para salir de la ciudad había ido por calles secundarias.

Al principio el coche había tomado la dirección de Fredediksberg; pero luego había girado tantas veces que consiguió confundir el sentido de orientación de Puck, tanto que en aquel momento no tenía ni idea de dónde se encontraba. Conforme iban alejándose de las calles transitadas, la inquietud de Puck crecía. ¿Qué plan tenía aquel hombre? ¿Un secuestro? ¿Un chantaje? Si hubieran estado en los Estados Unidos, Inglaterra o Alemania... Pero en Dinamarca, un país tan pequeño, donde todos se conocían y donde...

De repente, Puck creyó comprender. Un hombre que se atrevía a hacer semejante cosa en un país como Dinamarca debía de estar loco. Y una persona que no está en su sano juicio es peligrosa. Eso también explicaba la persecución en la estación central. Sólo un hombre loco se atrevería a semejante hazaña.

Se apoyó en el respaldo. No había nada que hacer por el momento. No podía salir del coche. Sería un suicidio intentarlo. Además tampoco sabía si aquel hombre iba armado. Si de verás estaba loco, había que actuar con cautela.

Pasaron junto a una fábrica. Una tapia alta la cercaba. El coche siguió a lo largo del paredón y luego giró a la izquierda y paró. Al mismo tiempo el hombre se inclinó y agarró el brazo de Puck.

— No intentes nada — dijo con voz enérgica.

Puck le miró fijamente.

— No comprendo lo que quiere usted decir — dijo con asombro fingido —. No tengo intención de escapar. Cuando comprendí que usted seguía creyéndome Bente Wilhelmsen, decidí quedarme.

— Así que eso decidiste, ¿eh? —dijo el hombre con una risa desagradable.

«Está completamente loco» —pensó Puck.

— Sin embargo, no pienso darte ninguna oportunidad de escapar — dijo el hombre de la gorra —. Fue suficiente la carrera en la estación y no voy a permitir que se repita. Si te portas bien, no te pasará nada.

— Ya lo sé —dijo Puck.

— ¿Ah, sí?

— Pero yo no soy Bente Wilhelmsen. Y si usted...

— ¡Cállate! —interrumpió el hombre bruscamente.

Se bajó del coche y abrió la portezuela de atrás.

— Quédate sentada.

—¿No quiere decirme adonde nos dirigimos? ¿Nos vamos a quedar aquí?

El hombre movió la cabeza:

— No quiero llevarle sentada ahí detrás viendo por donde vamos. Tarde o temprano tendré que soltarte, y no debes saber demasiado.

Sacó un pañuelo de su bolsillo y dijo:

— Voy a vendarte los ojos.

— No es necesario — dijo Puck —. Prometo no delatarle.

— Muchas gracias — dijo irónico el hombre —. Déjate de tonterías.

No había nada que hacer. El hombre le vendó los ojos y ató sus manos a la espalda para que no pudiera quitarse la venda. De nuevo se sentó al volante y puso el motor en marcha.

Era difícil saber con exactitud cuanto tiempo pasaron en el coche. Al final, Puck notó que giraban y continuaban por un camino cuyo pavimento estaba lleno de baches, para entrar después en un camino aún peor.

El coche se había parado. Puck se dio cuenta de que habían salido de la ciudad. No se oían ruidos. El hombre abrió la puerta, la agarró fuertemente del brazo y la sacó del coche. Puck sintió ganas de gritar de dolor, pero había decidido no declararse vencida. No iba a darle esa satisfacción a su secuestrador.

Aquel tipo abrió una puerta con llave y dio un empujón a Puck, metiéndola en una habitación. Le quitó la cuerda que ceñía sus muñecas; pero, antes de que lograra quitarse la venda, el hombre había cerrado la puerta y se oyó el sonido de la llave al cerrar.

Puck se encontraba en medio de una habitación y miró en torno suyo. Era un cuarto pobre, de techo bajo, con un par de sillas estropeadas, una mesa y un cajón. Una ventana con tela metálica le convenció de que aquel cuarto debía de haber sido anteriormente un establo. La ventana era tan pequeña que no había posibilidad de escapar por allí. Al mismo tiempo notó que el suelo era de piedra y

que estaba pintado. Sí, aquello debía haber servido de cuadra, aunque ahora parecía usarse como vivienda.

¿Dónde se encontraba? Fue hacia la ventana para tratar de ver algo; pero la vista estaba obstruida por árboles y arbustos. Entre ellos y la casa había un trozo de jardín donde la hierba crecía libremente. Estaba en el campo pero ¿dónde?

Puck intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Entonces se puso a contemplar el pobre mobiliario de la habitación. Se sentó en una de las sillas, que crujió bajo su peso.

De repente se sintió cansada. Cerró los ojos y se estiró, pero se levantó rápidamente. No podía quedarse allí sentada. Había que actuar.

Fuera escuchó pasos que se acercaban, pero volvieron a alejarse. Después se oyó el ruido de un motor al ser puesto en marcha. Aparentemente el hombre se marchaba, dejándola sola. Pero ¿adonde iba? ¿Habría estado escribiendo una carta para pedir dinero al padre de Bente Wilhelmsen? Seguramente. Aquel tipo no sabía quién era el padre de Puck. Por lo visto le daba igual qué chica entregaba al señor Wilhelmsen con tal de recibir el dinero. Tenía una prisionera y había que utilizarla. Si Bente Wilhelmsen seguía huyendo, el criminal podía chantajear sin riesgo a los desolados padres.

Puck pateó con rabia el suelo: todo aquello era demasiado ruin.

Se acercó de nuevo a la puerta y examinó la cerradura. Debía haber alguna forma de escaparse de allí. Pegó su oreja a las maderas para escuchar. Nada. Si aquel hombre vivía allí, seguramente estaba solo. Sino, no se hubiera atrevido a usarla como prisión. Al mismo tiempo, Puck se dijo que si el tipo aquel era el único habitante, ahora que se había marchado no importaba el ruido que ella pudiera hacer para escapar. Puso su hombro contra la puerta y la empujó sin resultado. La cerradura era fuerte. Miró de reojo hacia la ventana, pero vio que no lograría salir por allí. Tenía que intentar abrir la puerta.

En aquel momento se dio cuenta de que las bisagras estaban atornilladas por la parte de dentro. Debían de ser de la época en que la habitación servía de cuadra. Puck empezó a buscar algo que pudiera usar como herramienta. La mesa tenía un cajón y, cuando logró abrirlo, encontró, entre muchas otras cosas, un cuchillo con la

punta rota. Lo usaría como destonillador. Se fue corriendo hasta la puerta y empezó a sacar los tornillos. Se dio cuenta con alegría de que la madera era mala y los tornillos no estaban muy sujetos.

Puck trabajaba con los dientes apretados y con movimientos rápidos. Los tornillos oxidados había que sacarlos con cuidado para que no se rompieran. Desde luego, no era un trabajo fácil, pero tenía que lograrlo... ¡Tenía que lograrlo!

¡Por fin! La puerta se movía. Puck estuvo a punto de lanzar un grito de júbilo cuando el último tornillo cayó al suelo. Ya podía abrir la puerta con toda facilidad y salir; pero en aquel instante oyó que un coche se acercaba.

Puck dio un paso atrás y colocó de nuevo la puerta en su sitio. Debía tener cuidado. Aquélla era su última oportunidad y no había que echarla a perder. Se quedó quieta escuchando como se acercaba el coche. Por fin se paró el motor. Se oyeron pasos sobre el patio..., y el hombre llegó junto a la puerta. Puck oyó en sonido de unas llaves. El tipo gritó:

— ¿Cómo te encuentras ahí dentro?

Puck dio unos pasos hacia atrás preguntando:

— ¿Cuándo me dejará salir?

— Ya lo veremos —contestó el hombre—. Dentro de un rato te traeré algo de comer.

Puck le oyó poner la llave en la cerradura y se sobresaltó. Había estado cerca de la libertad y de repente todo se venía abajo. Su secuestrador, al abrir descubriría que la puerta estaba suelta.



En aquel momento el hombre retiró la llave de la cerradura mientras decía:

— Creo que esperaré hasta más tarde.

Y sus pasos se alejaron por el patio, dando a Puck un respiro.

Se quedó quieta escuchando. Oyó como el hombre abría y cerraba otra puerta y todo quedó en silencio. Con mucha cautela separó la madera libre de los tornillos lo suficiente para poder salir, y se escurrió por la abertura. Ya en el patio miró en torno. Era, en efecto, una vieja casa del campo donde había estado prisionera. Estaba muy descuidada y medio en ruinas.

Había unos agujeros tan grandes en el brezo del tejado que se veían las vigas. Las ventanas estaban sucias y la hierba crecía alta por todos lados.

Puck dejó la puerta como estaba y dobló la esquina. Ahora, por lo menos, estaba fuera del alcance de la vista de su guardián. Rodeó unos arbustos y se sintió ya más segura. Estaba junto a una pared de piedra y se quedó mirando el paisaje.

Hacía viento. Puck notó el olor de agua salada. La costa no podía estar lejos. Pero, ¿qué costa? Bueno, primero debería encontrar un buen escondite. Si lograba llegar hasta los árboles del camino, estaría segura aunque el hombre se diera cuenta de que su prisionera había volado.

No quería correr ningún riesgo. Tenía que alejarse de aquel lugar lo antes posible, intentar llegar a Copenhague y contárselo todo a su padre y a la policía. También tenía que encontrar al empleado de ferrocarriles para que le ayudara a describir al criminal.

«Además —pensó Puck un poco vengativa—, me gustaría ver la cara de aquel empleado cuando se entere de la verdad. Debía haberme ayudado y no creer las explicaciones de un hombre al cual no conocía de nada. Será una buena lección para él.»

Puck sonrió; se sentía más animada. Estaba contenta de su hazaña. Cruzó corriendo un campo y continuó hacia el camino flanqueado de árboles. Tenía la sensación de que allí estaría más segura. Era casi imposible que el hombre la buscara en aquella parte; además, debía haber un límite para lo que un tipo como él se atreviera a hacer. Correría lo más



lejos posible y luego pediría ayuda en alguna casa. No tenía dinero porque había quedado en su maletín; pero era igual. Sabía dónde estaba su padre y, si lograba encontrar un coche de alquiler, pediría al chófer que la llevara hasta el hotel.

Allí le pagaría. Lo primero era encontrar un teléfono y avisar a su padre y a su madrastra para que no sufriesen más.

Se paró y olfateó. La costa estaba cerca; estaba segura. ¿Estaría quizá cerca de Roskilde? No. Puck movió la cabeza. Era más verosímil pensar en un lugar entre Copenhague y Koege. La campiña plana y la costa cercana lo indicaban. El paisaje al norte de la capital era muy distinto de aquél. Además, allí había casas. Si su sospecha era cierta y se encontraba al sur de la ciudad, al menos sabía qué dirección tomar. Sería una caminata larga, pero no había otro remedio.

Trataría de encontrar la carretera principal y, una vez allí, sería más fácil buscar un vehículo que la llevara hasta Copenhague. No quería hacer «autostop». Era demasiado peligroso, además de ser de mala educación molestar al prójimo. Pero, tratándose de una carretera principal no sería difícil encontrar una estación de taxis y también algún establecimiento desde donde hacer una llamada telefónica.

Quando Puck llegó al camino de los árboles vio una señal indicando que la carrera principal número dos estaba cerca. Era la carretera que iba desde Copenhague, vía Koege y Vordingborg, hasta Gedser.

Había estado en lo cierto. Se encontraba en algún lugar al sur de la capital.

Pero aquello significaba una buena caminata. No sabía cuánto tiempo había estado en el coche con los ojos vendados, pero le había parecido un rato largo. Puck empezó a pensar en Bente

Wilhelmsen. ¿Qué estaría haciendo a aquellas horas? Le parecía una chica rara, pero le había caído simpática. ¿Por qué se habría fugado de su casa y por qué la habían buscado por la radio? De vez en cuando se oían llamadas de ese tipo y Puck se extrañaba cada vez, al pensar en qué destinos se ocultaban tras aquellas búsquedas de la policía. Bente no le había parecido nerviosa, aunque tenía una expresión de testaruda. Había dicho que no vivía en Copenhague; pero, entonces, ¿dónde vivía? Era muy difícil saberlo; sin embargo, Puck decidió buscarla en el listín de teléfonos.



Puck caminaba sin parar. El olor a playa se hacía cada vez más fuerte. Pronto estaría cerca de la bahía de Koege y encontraría alguna casa desde donde telefonar. Pensó que quizá nadie la creería si empezaba a contar su aventura, así que decidió no explicar nada en absoluto. Sólo pediría por favor que le dejaran el teléfono.

A sus espaldas oyó el ruido de un motor. Puck se paró. Aunque sabía que no debía hacer «autostop» se sintió tentada de parar el vehículo. Estaba muy cansada, y tenía ganas de volver a ver a su padre y a su madrastra.

Se quedó en la cuneta en espera de que apareciese el coche doblando la curva. Cuando por fin vio el automóvil se asustó tanto que sintió como si la sangre se le helara ¡Era su secuestrador quien llegaba al volante!

Puck dio media vuelta y saltó tras unos arbustos. Oyó como el hombre frenaba y abría la portezuela. Y la persecución empezó de nuevo. Pero entonces Puck tenía una ventaja mayor y su cansancio

había desaparecido. El miedo le daba alas.

No iba a alcanzarla de nuevo, pensó testaruda. Corría y corría mientras el hombre gritaba algo tras ella. No logró entender nada, ni tampoco le interesaba. No iba a caer de nuevo en la trampa. Esta vez no. La carretera principal no estaba lejos y, tan pronto la alcanzara, estaría segura de encontrar ayuda. Había aprendido muchas cosas aquel día. La increíble aventura en la estación le había dado una experiencia que ahora sabría utilizar.

No le importaba que aquel hombre corriera tras ella; todo lo contrario. Si lograba que la siguiera hasta la carretera principal, las personas que la ayudaran retendrían al hombre hasta que llegara la policía.

Pero lo más importante era huir como una liebre. No había que darle oportunidad de alcanzarla antes de llegar a la carretera. Puck llevaba una buena ventaja. Corría segura y ágil. Tan segura se sentía que empezó a pensar en reducir un poco su velocidad para darle tiempo al hombre de acercarse un poco más y de esta manera obligarle a salir a la carretera y allí poder atraparlo con ayuda de la gente..., si es que alguien la ayudaba.



Si supiera qué hacer... —dijo con desesperación Joergen Winther.

Ellen le miró angustiada. Estaba sentada en una butaca, en la habitación del hotel, contemplando a su marido que paseaba de un lado al otro como una fiera enjaulada. De vez en cuando se paraba para mirar por la ventana como si esperase encontrar la solución

allí. Miraba de reojo al teléfono y luego reanudaba su nervioso deambular sobre la alfombra.

— Si supiera qué hacer — repitió —. Pero no tenemos ni idea de dónde buscarla. Sólo podemos esperar y desear lo mejor. Según parece, tampoco la policía puede hacer nada.

— Por lo menos, han prometido buscarla a través de la prensa y la radio — dijo Ellen.

— Sí; pero, antes de que lo hagan, pueden haber pasado tantas cosas...

— Creo que no debemos estar tan angustiados — dijo Ellen en un intento de animar a su marido —. Sigo pensando que Puck es una chica razonable; no correrá ningún riesgo innecesario.

Joergen Winther no contestó. Fue hacia la ventana y se quedó un momento contemplando el tránsito de la calle. Luego dio media vuelta.

— ¿Estás completamente segura de que hemos llamado a todos los hospitales de la ciudad?

Su mujer asintió:

— Segurísima. No estaba en ninguno. Por lo menos eso es un consuelo. No ha sido víctima de ningún accidente de tráfico y debemos dar gracias al Cielo...

No dijo más porque en aquel instante sonó el teléfono. Joergen Winther descolgó el auricular.

— Diga. Winther al habla... ¿Qué dice usted?... ¿Una muchacha? Sí, sí. Bajaré en seguida.

Colgó y dijo a su esposa:

— Era el conserje. Dice que hay una muchacha abajo... pero no se trata de Bente. No sé lo que quiere; pero quizá sepa algo que nos pueda servir para encontrarla. Vamos a verla.

Y salió corriendo de la habitación. No esperó al ascensor sino que bajó la escalera a toda velocidad, seguido de su mujer.

En el vestíbulo esperaba una muchacha. Estaba sentada rígida en el borde de una silla. Llevaba un maletín en la mano. Su cara era seria. Sus ojos buscaban e interrogaban. Cuando Joergen Winther se acercó a ella, se levantó de su asiento educadamente.

— ¿Querías hablar conmigo? Soy el ingeniero Winther.

La muchacha hizo una reverencia:

— Me llamo Bente Wilhelmsen.

Ellen se había acercado a ellos. Saludó y dijo:

— ¿Podemos ayudarte en algo? ¿Eres compañera de clase de Puck? No te he visto antes, ¿verdad?

La chica movió la cabeza:

— No —dijo—. Todo este asunto es algo extraño... Esperaba ver a su hija... Quiero decir a Bente...

El señor Winther la agarró del brazo:

— ¿Sabes dónde se encuentra? —preguntó con ansiedad.

La muchacha negó con la cabeza:

— No. Nos conocimos en el tren. Ella venía a Copenhague y estuvimos charlando en el pasillo. Cuando nos separamos, confundimos nuestros maletines. Tengo el suyo aquí y ella debe de tener el mío. Me dijo que iba a vivir en un hotel; pero no me dijo en cual y llevo toda la tarde yendo de uno a otro para encontrarla. Todo es tan confuso, y pensé...

Sus labios temblaban como si fuera a llorar. Ellen Winther le puso la mano en el brazo y dijo con voz dulce:

— ¿No preferirías subir a nuestra habitación? Hablaremos mejor allí. Si hay algo que podamos hacer por ti, te ayudaremos. Pero Bente no está aquí... No la hemos visto aún. Quizá tú puedes ayudar a buscarla. Estamos muy preocupados. Pero, subamos...

La muchacha aceptó y se fueron al ascensor. Ellen Winther, con su experiencia de profesora, había comprendido que aquella chica se encontraba en una situación difícil y, aunque ella no les pudiese ayudar a encontrar a Puck, tal vez ellos sí que podrían ayudar a la niña a resolver sus problemas. Joergen Winther les siguió con el maletín de Puck. Lo contemplaba como si en él estuviese la solución de todo.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Ellen.

La muchacha negó en principio, pero luego se decidió:

— Creo que aceptaré una taza de té.

El señor Winther fue a la puerta para llamar a un camarero. Fuera se oyó el sonido de un reloj. Se paró y dijo ansioso:

— Ahora darán las noticias de la radio — dijo —. El aviso.

Ellen Winther se dio cuenta del sobresalto de la chiquilla. Joergen Winther conectó el aparato. Las noticias habían empezado ya cuando por fin encontró la emisora danesa. Escucharon la voz del locutor:

—... Bente Winther que ha desaparecido después de un viaje en tren hasta Copenhague, donde iba a encontrarse con su padre...

El ingeniero Winther estaba de pie en medio de la habitación, con la cabeza inclinada y las cejas fruncidas escuchando el aviso. Había algo dramático en la situación, pero al mismo tiempo tuvo una sensación de tranquilidad. Mucha gente conocería su problema, y quizá alguien le ayudaría a resolverlo. Ellen y Bente estaban escuchando sentadas en el sofá. Ellen miraba de reojo a la recién llegada, cuya historia no conocía, aunque sí adivinaba.

—... se ruega que las eventuales informaciones acerca de Bente Winther sean comunicadas a la Policía de Copenhague Central 1448, o a la comisaría más próxima. Repetimos el aviso sobre la desaparición de...

La chica del sofá se sobresaltó. Se levantó; pero renunció y volvió a sentarse. Era demasiado tarde. El locutor ya decía en aquel momento:

—... Bente Wilhelmsen, hija del hacendado Jens Wilhelmsen, de Roarsborg, cerca de Roskilde, que hace dos días abandonó su hogar, y no ha sido vista desde entonces...

Y siguió una descripción detallada de la chica. Joergen Winther dio media vuelta y contempló a Bente, que estaba sentada en el sofá. Ellen miró a su marido y él comprendió. Se fue hasta la ventana y apagó la radio. Cuando se volvió de nuevo, Bente Wilhelmsen había puesto sus brazos sobre la mesa y ocultaba su cara con las manos, mientras sollozaba.

Ellen Winther pasó su brazo por la espalda de la fugitiva y dijo:

— Tranquilízate, vamos a ayudarte.

Dejaron llorar a la chiquilla en el sofá. ¿Qué historia más extraña era la suya? Bente Wilhelmsen, hija del hacendado Wilhelmsen de Roarsborg. Había ido en el mismo tren que su hija Bente, y sus maletines habían sido intercambiados por error. Pero si la chica huía de veras, ¿por qué les había ido a ver? ¿Era por devolver el maletín o, simplemente, porque añoraba un lugar seguro y había esperado encontrarlo donde estaba su nueva amiga? Pero, sea como fuere, había que esperar la explicación cuando la chiquilla dejase de llorar.

Y la explicación llegó. Bente tardó lo suyo, y le fue difícil hablar de su situación a dos adultos desconocidos para ella. Pero, por otro

lado, le hacía bien hablar de sus problemas: malentendidos en su casa, malas notas en el colegio, castigos y testarudez, y su deseo de salir del embrollo.

En aquel momento la fugitiva comprendió que su huida había sido una solución tonta, pero cuando lo hizo sólo pensaba en alejarse de sus padres. Tenía algún dinero ahorrado y tomó un tren hacia el Oeste; después renunció a aquella idea y decidió ir en tren hasta Copenhague, donde sabía que su madre tenía unos amigos y esperaba encontrar comprensión.

Sin embargo, aquellos amigos no estaban en casa y entonces había andado por las calles de Copenhague, de hotel en hotel, para devolver su maletín a la otra chica que conociera en el tren, y luego... Luego...

Levantó la cabeza y miró al matrimonio con los ojos llenos de lágrimas, pero había una leve sonrisa en sus labios, porque se sentía segura e intuía que aquellas dos personas la comprenderían en lugar de regañarla.

— Me he portado muy mal, ¿verdad? —preguntó.

—Yo, por lo menos, te comprendo —dijo Ellen Winther—. Creo que también tus padres te comprenderán. Me parece que lo mejor que podemos hacer ahora es llamarles. Deben de estar tan preocupados por ti como nosotros por Bente.

Se levantó para hacer la llamada; pero en el mismo instante sonó el teléfono. Joergen Winther se levantó de un salto y contestó.

* * *

Puck oía claramente los pasos de su perseguidor a sus espaldas; pero ya no tenía miedo. Frente a ella estaba la carretera principal, donde los coches pasaban en ambas direcciones. Había casas y tiendas, y un letrero que ponía: Café.

Cruzó corriendo un jardín, por detrás de una casa blanca estuvo a punto de tropezar con un cochecito que estaba en medio del sendero y llegó hasta una pequeña explanada cubierta de gravilla. Se paró un momento al borde de la carretera, esperando poder cruzarla para llegar hasta el café. Había mucho tráfico y Puck pensó que si no lograba cruzar pronto, el hombre la alcanzaría. De repente, oyó tras ella un estrépito seguido de un grito. El hombre no había visto el cochecito y se había caído de bruces al suelo. Puck no pudo contener la risa. Su perseguidor decía palabrotas mientras se

frotaba una pierna.

Por fin vio espacio suficiente entre los coches, y Puck lo aprovechó para cruzar. Entró en el bar. Había gente sentada en la barra y en las mesas. Una camarera vestida de verde, con un delantal amarillo, salía de la cocina. Puck fue corriendo hasta ella:

— ¿Puedo usar el teléfono, por favor?

La camarera la miró de arriba a abajo y asintió.

— Está allá, en el rincón — dijo.

Puck fue corriendo; pero el teléfono resultó ser de los que funcionan con monedas, así que hubo de volver a la barra.

— ¿Quiere usted prestarme dinero para hacer una llamada a Copenhague?

— ¿Prestarte dinero? —repitió la camarera, una chica gorda con el pelo teñido de rubio y expresión no muy inteligente—. Esto no es un centro de beneficencia —añadió mientras miraba a la chiquilla de arriba abajo.

Puck se volvió y pudo ver que el hombre de la gorra la vigilaba desde afuera. No se había atrevido a entrar; pero la estaba esperando. Puck bajó la voz para decir:

— Estoy en una situación horrible. Si se lo contara no me creería. Me he perdido y no tengo dinero. Le prometo devolverle lo que me preste, pero necesito llamar a mi padre. Usted misma puede hablar con él por teléfono. Le daré mi nombre y dirección; pero tiene usted que ayudarme, por favor.

La camarera seguía mirándola de hito en hito.

— No comprendo nada de nada —dijo—; pero en este mundo hay que ser caritativa y ayudar a los que lo necesitan, ¿no?

— Seguro —contestó Puck.

La rubia abrió un pequeño cajón y colocó un par de monedas en la barra.

— Toma. Pero te advierto que es un préstamo. Quiero mi dinero antes de que tú abandones el local. No quiero hacer el ridículo...

— Lo tendrá. No se preocupe — dijo Puck jubilosa mientras corría hacia el teléfono.

En cuestión de segundos todo se arreglaría.

Pronto escuchó la voz de su padre, primero asustada, incluso brusca, pero poco después alegre y contenta. Puck no dijo nada sobre lo que le había pasado. Sólo pidió que le mandase un coche a

buscarla.

— Iremos en seguida. ¿Dónde estás? —preguntó su padre.

— Estoy... —Puck no pudo evitar la risa. ¿Dónde estaba?—. Espera un momento. Voy a preguntar. Estoy en un bar, en algún lugar cerca de Koege, no sé muy bien dónde. Espera un momento.



Tuvo que ir a preguntar a la camarera, y la rubia teñida la miró fijamente mientras le recriminaba.

— Tú no estás bien de la cabeza, niña —dijo—. ¿Ni siquiera saber dónde estás?

— No — dijo Puck —. Pero estoy muy contenta de estar aquí.

* * *

Poco después todo quedó arreglado. El padre de Puck alquilaría por teléfono, desde el hotel, un taxi de la localidad y la policía sería avisada. Puck no tenía otra cosa que hacer que quedarse donde estaba.

Volvió a la barra y explicó a la camarera que no tardaría mucho en pagarle su deuda.

— De acuerdo — asintió ésta —, aunque no sé muy bien lo que pasa aquí. ¿Quieres explicarme al menos quién es ese hombre de allí afuera que no te quita el ojo de encima?

— No lo sé — contestó Puck —, pero me ha seguido y está esperando a que yo salga de aquí.

— Pero debe de ser alguien que conoces. No se sigue así como así a las personas por la calle.

— Pues ése lo ha hecho —dijo Puck seria—. Hay gente que lo hace. Hay hombres que persiguen a los niños...

— Sí, ya lo sé. He leído algo sobre eso en los periódicos.

— Y lo que dicen los periódicos son cosas que pesan —concluyó Puck.

Se fue hasta la ventana y levantó un poco la cortina. El hombre de la gorra seguía allí. Estaba mirando fijamente la puerta, como si esperase que en cualquier momento saliera ella.

«Ojalá se quede allí —pensó Puck—. No debe escapar. Un criminal como él, debe ir a la cárcel.»

Y se quedó junto a la ventana observándole. Se dio cuenta de que el hombre se estaba inquietando. Se marchó un par de veces y Puck le veía desaparecer con disgusto. Pero, ¿qué podía hacer? No tenía ninguna posibilidad de retenerle. Explicárselo a la gente que estaba en el bar sería inútil. Tendría que esperar a la policía.

Pero su perseguidor volvía de nuevo. Parecía confuso; no obstante se veía decidido a no dejar escapar a su prisionera. Cuando por tercera vez pareció que se iba a marchar, Puck no se atrevió a dejar que se fuese sin más. La muchacha abrió la puerta y encarándose con su perseguidor le espetó:

— ¡Hola! ¿Adonde va usted?

El hombre la miró fijamente.

— Ten cuidado —dijo entre dientes—. Sal de ahí si te atreves y ya verás lo que hago contigo.

A lo lejos, Puck vio acercarse un coche. Llevaba un intermitente encendido y Puck comprendió que iba a parar delante de la cafetería. Salió al exterior y miró cara a cara al hombre. Tenía la sensación de que la temeridad de aquel tipo le perdería.

— ¿Qué quiere usted de mí en realidad? —le preguntó.

— Tu eres Bente Wilhelmsen después de todo, ¿verdad?

Puck negó con un gesto.

— Se lo he dicho muchas veces. Yo no soy Bente Wilhelmsen; pero usted me dijo que, aunque yo no lo fuera, sabía demasiado para dejarme libre. Pero, ahora...

El automóvil había parado. Dos hombres salieron corriendo y se acercaron a ellos. Al oír los pasos sobre la gravilla, el hombre dio media vuelta y se dio cuenta de que había sido demasiado atrevido. Había caído en una trampa. Dio un empujón a Puck, que estuvo a punto de caer, e intentó escapar; pero los dos recién llegados eran muy rápidos. De un salto estuvieron a su lado y los tres hombres

rodaron por el suelo. La lucha terminó rápidamente. La policía había cumplido con su deber.

* * *

El chófer que, poco después, llegó para recoger a Puck, se quedó asombrado de que ésta empezara pidiéndole prestado un poco de dinero.

— Es que se lo debo a la camarera para pagar una llamada telefónica —explicó.

— Toma — dijo sonriendo el chófer —. Pero dime, ¿qué ha pasado? Me piden desde Copenhague que venga a buscarte y, al mismo tiempo, me preguntan el número de teléfono de la policía local. ¿Ha habido algún delito?

— En cierto modo —dijo Puck—. Se lo contaré por el camino, aunque no estoy muy segura de que vaya a creerme.

Entró de nuevo en la cafetería y devolvió el préstamo a la rubia teñida, que la contempló con la boca abierta.

— Sigo sin entender nada — dijo —; pero tengo la sensación de que lo leeré todo en el periódico mañana. ¿Crees que hablarán de mí?

— Espero que sí — contestó Puck —, usted ha servido de gran ayuda; pero no puedo prometerle nada, yo no seré quien lo escriba, ¿sabe?



El taxi no era un último modelo; pero era un coche tan agradable como su dueño. Puck se sentó a su lado. El hombre conducía despacio, tan despacio que Puck se ponía nerviosa. Estaba ansiosa por encontrarse con su padre y decirle que el peligro había pasado.

— ¿Quieres explicármelo ahora? —preguntó el chófer—. Me han dicho que la policía ha arrestado a un hombre y que tú has tomado parte en eso; pero no sé lo que ese hombre ha hecho. Estaba tranquilamente en mi casa escuchando la radio...

De repente se sobresaltó.

— ¿No serás tu Bente Wilhelmsen?

Puck le miró sorprendida:

— No. Yo no soy Bente Wilhelmsen, aunque todo el mundo cree que lo soy. Mi nombre es Bente Winther.

De nuevo el chófer se sobresaltó:

— Tú también eres buscada — dijo —. Hubo dos avisos en la radio esta tarde; dos muchachas desaparecidas. Estaba escuchando cuando me llamaron para que fuera recogerte. Así que tú eres la otra niña desaparecida, ¿verdad?

— No sé si me buscan —murmuró Puck—. Yo iba a visitar a mi padre, y han ocurrido muchas cosas. No me gusta que hayan avisado por la radio. Ahora todos mis amigos del pensionado estarán preocupados. Tendré trabajo en llamar a todos para tranquilizarles.

— Pero no me explico cómo has llegado hasta aquí, si ibas a encontrarte con tu padre en la estación central de Copenhague — comentó el chófer —. Todo esto suena muy emocionante. ¿Por qué no me lo cuentas todo?

— Con mucho gusto —aceptó Puck—. Contarlo me ayudará a ordenar mis impresiones. Han pasado tantas cosas hoy, desde que bajé del tren, que casi no me creo que hayan ocurrido de verdad.

Y empezó a explicar su aventura. El chófer le escuchaba con gran interés.

— Lo único que no sé —dijo Puck— es la identidad de ese hombre de la gorra. Vive en una casa vieja muy descuidada. Me encerró bajo llave en una habitación que alguna vez fue una cuadra. No me hizo daño, pero era muy desagradable.

Después de una pequeña pausa, el taxista preguntó:

— ¿Dónde dijiste que estaba la casa?

Puck intentó describir el lugar; pero aún no había terminado su explicación cuando el hombre le interrumpió:

— Debe tratarse de Christian «El Ratón» —dijo—. En realidad, se llama Christian Jensen, pero le conocemos todos por el apodo de «El Ratón» porque su cara se parece a la de uno de esos animales y él mismo es tan pequeño y ágil... Creí que estaba en la cárcel.

— Seguramente está allí ya — dijo Puck sonriendo —. ¿Quién es y cuál es su historia?



—Es algo triste —dijo el chófer—. Proviene de una familia de malos antecedentes. Siempre han tenido jaleos. Christian pasó gran parte de su infancia y juventud en reformatorios y cárceles. Intentaba dar golpes criminales; pero era tan torpe que casi siempre terminaban mal. Y, según parece, a pesar de su experiencia, sigue igual.

— Un par de veces he pensado que estaba loco — dijo Puck—. Y estoy muy contenta de que todo haya terminado.

— Te comprendo muy bien —dijo el hombre—, aunque no parece que hayas sufrido mucho. Debes de ser una chica valiente.

— No sé —dijo Puck dudando.

* * *

El reencuentro entre padre e hija fue emocionante. El ingeniero Winther estaba fuera de sí de alegría.

— No logro comprender del todo lo ocurrido — dijo cuando Puck había explicado ya por segunda vez la aventura—. Creí que Dinamarca era un país donde semejantes cosas no podían ocurrir.

— Suele serlo, por fortuna —dijo Ellen Winther.

Todos estaban reunidos en la habitación del hotel. Formaban un buen grupo entre la familia Winther y la familia Winhelmsen. El hacendado y su mujer habían venido en coche desde Roskilde para recoger a su hija. Habían hablado de los problemas y se habían mostrado comprensivos.

— Lo único que nos falta es el maletín de Bente —dijo Puck—. Se lo quedó mi buen amigo Christian «El Ratón». Espero, no obstante, que la policía lo recupere. ¿Necesitabas algo?

— No — dijo Bente Winhelmsen —. Sólo había algunos libros y algo de ropa. Puedo pasar perfectamente sin él.

Lo último lo dijo mirando sonriente a su madre. La señora Winhelmsen abrazó a su hija.

— Deberíamos celebrar el reencuentro — dijo el hacendado

Wilhelmsen—. En realidad, tendríamos que tomar el coche y volver a Roarsborg, pero no tengo ganas de ser sensato. Sé muy bien que no todo es culpa de Bente, y que nosotros también hemos fallado. Tengo ganas de reservar un par de habitaciones en este hotel y quedarnos hasta mañana; así podremos cenar todos juntos y pasar una velada agradable. ¿Qué les parece?

Winther miró sonriendo a su mujer:

— En realidad, teníamos reservadas unas entradas para el Teatro Real; pero el ballet empieza dentro de pocos minutos y no llegaríamos a tiempo. ¿Sería una gran desilusión para ti, Bente, si en vez de ir allí nos quedáramos a cenar con los señores Wilhelmsen? Podríamos ir a algún restaurante con variedades.

— Es una idea estupenda — dijo Puck —. En realidad, tengo más hambre que sed de cultura. Creo que no me cuesta ningún esfuerzo renunciar al teatro; necesito más un bistec.

— ¿Un bistec? —rió el hacendado—. ¿Es ésa toda la conclusión que has sacado de tu aventura de hoy, Bente?

— Por favor, señor Wilhelmsen — interrumpió Ellen Winther—, no la llame usted Bente. Así nos confundiremos todos. Creo que ya les han ocurrido bastante cosas a causa del nombre común. Llámela Puck; ése es el nombre que le corresponde. Ella es así: un duendecillo del bosque, alegre, lista e invencible. Si no fuera así, no hubiera logrado salir tan bien librada de su aventura de hoy.

— Bueno, en ese caso, la llamaré Puck — dijo el hacendado —. Pero, ¿quieres decir que lo único que deseas es un gran bistec?

— Lo tendrás —dijo la señora Wilhelmsen—. Vamos a reservar habitaciones en seguida y después iremos todos a cenar.

— En mi vida he oído nada mejor — exclamó Joergen Winther. Fue hasta Puck y la abrazó mientras le susurraba al oído:

— Si supieras el miedo que he pasado... Menos mal que todo terminó bien.

— No había por qué tener miedo —sonrió Puck—. Lo único que pasó fue que tomé el tren más temprano. Si no otra cosa, hoy he aprendido al menos lo importante que es respetar los acuerdos, aunque creamos que se pueden mejorar por nuestra cuenta dejando de cumplirlos.

Entre risas y charlas, el pequeño grupo se dirigió al comedor en busca de unos buenos bistecs.



La estación de Roskilde.

Mientras Puck viviera se acordaría del secuestro al pasar por aquella estación. De nuevo estaba en Roskilde, pero ya no corría ningún peligro porque allí, en el andén, estaban espejándola el hacendado Wilhelmsen y Bente. Saludaron con la mano mientras caminaban a lo largo del tren hasta la portezuela por donde Puck bajaba con su maleta. Bente corrió entusiasmada a su encuentro:

— ¡Hola, chica! ¡Bienvenida! ¡Qué bien lo vamos a pasar este fin de semana!

Puck estaba ilusionada con aquella visita a Roarsborg, la finca de su nueva amiga.

— ¿Quieres que te ayude a llevar la maleta? — preguntó el hacendado Wilhelmsen.

— No, muchas gracias; no pesa nada.

Iban hacia la salida de la estación.

— Tengo que hacer un par de recados antes de ir a casa — dijo el señor Wilhelmsen —. Por cierto; antes de venir a recogerte, hablé brevemente con tu padre por teléfono. Me llamó para decir que habías salido. Al parecer, no quiere tener más problemas con los trenes.

— ¡Qué bien! —rió Puck—. Pero creo que tendré más cuidado la próxima vez que alguien quiera secuestrarme.

— Sí, sí — dijo Bente rápida —. Eso crees tú. Te estamos secuestrando nosotros en este momento. Y no pensamos dejarte en libertad hasta el lunes por la mañana.

Fuera de la estación les esperaba el automóvil del hacendado.

— Subid vosotras atrás. Voy un momento al Banco antes de que

cierre. Necesito dinero el lunes para pagar los salarios.

Las dos muchachas tenían mucho de qué hablar, así que se quedaron sentadas en el coche, mientras el señor Wilhelmsen estaba ausente. Por lo visto había mucha gente en el Banco, y tardó un buen rato en salir. Cuando apareció en lo alto de la escalera, llevaba los billetes en la mano e intentaba meterlos en su cartera. Mientras se acercaba continuaba la operación, y al subir al coche su hija Bente le dijo:

— Acabas de hacer algo contra lo cual siempre me has advertido, papá.

—¿Qué? — preguntó Wilhelmsen mientras ponía el motor en marcha.

— Has caminado por la calle con el dinero en la mano, a la vista de todos. Siempre has dicho que no debo hacer tal cosa, que hay que meter el dinero en la cartera antes de salir a la calle. Y en tu caso se trata de muchísimo dinero.

— ¿Me estás regañando? —preguntó el padre sonriendo—. Bueno, admito que tienes razón. No está bien enseñar tanto dinero en público. Hay gente que pudiera sentirse tentada. Llevo varios miles de coronas. Por otra parte, el Banco estaba atestado y no encontré lugar donde hacerlo. Además, mi pobre billetero no está acostumbrado a llevar tal cantidad y no había sitio en él. Esperemos que nadie se haya dado cuenta. El lunes estará todo distribuido. Parte es para salarios y el resto para pagar facturas. Me da la impresión de que no tengo más que gastos.

— Bueno, pero debes de tener también algunos ingresos —opinó su hija—. Sino, no tendrías dinero en el Banco.

Wilhelmsen gruñó algo ininteligible. Las muchachas se pusieron a charlar de sus cosas y siguieron haciéndolo animadamente hasta que el coche se paró ante el edificio principal de Roarsborg.

Puck fue acomodada en una habitación contigua a la de Bente. Después de arreglarse un poco bajó a saludar a la señora Wilhelmsen. Luego las dos muchachas salieron al patio, donde se encontraron con el hacendado que regresaba de dejar el coche en el garaje y se dirigía hacia los graneros. Se paró y sonrió a las chiquillas.

— Bueno, ésta es nuestra casa, Puck. Espero que no estés muy desilusionada porque no hay ni torreones ni cosas por el estilo. Pero

puedo informarte de que, antiguamente, Roarsborg era una especie de nido de ladrones y tenía un aspecto impresionante. Tengo algunos grabados que te enseñaré en otra ocasión. Mi familia ha vivido aquí durante algunas generaciones y si todo va bien, seguiremos haciéndolo. Bueno, os dejo, voy a mis quehaceres.

Y con una sonrisa de despedida, el hacendado dio media vuelta y se fue en dirección a los graneros.

— Es maravilloso todo esto — dijo Puck mirando en torno suyo —. Debe de ser fantástico vivir en el campo.

— Tú también vives en el campo — comentó su amiga.

— Sí, naturalmente; el pensionado de Egeborg está en el campo, en una comarca maravillosa, y estoy contentísima de estar allí. Ahora ni siquiera comprendo cómo he aguantado el vivir en un piso de la capital. Pero, cuando hablo de vivir en el campo, pienso en una finca. Tengo una amiga en el pensionado cuyo padre tiene una granja maravillosa, con caballos, vacas, cerdos y todo lo demás. A mí me gustaría vivir en una granja así, y no creo que echara de menos la ciudad.

— Yo creo que sí. Al menos, de vez en cuando —opinó Bente—. A mí, por lo pronto, me gusta ir al cine, al teatro y cosas así.

— Bueno — dijo Puck sonriendo —. Yo preferiría un caballo de montar a un coche deportivo. ¿No opinas igual?

Bente se encogió de hombros:

— Ahora no monto casi nunca — dijo —. No tengo tiempo. Además, a mamá le pone nerviosa o, mejor dicho, últimamente se pone nerviosa. Antes podía hacer lo que quería; pero durante los últimos dos años mi madre ha cambiado mucho, no sé por qué.

Después de una pequeña pausa, añadió:

— En realidad, sí sé por qué mamá está tan nerviosa. Además, te debo una explicación respecto a mi fuga.

— No, no — dijo Puck rápida —. No me debes ninguna explicación. Todo está arreglado ya, y además no es asunto mío.

— Me gusta que no seas curiosa —dijo Bente con gratitud—. Pero quisiera hablar contigo de todo esto. Me encuentro muy sola aquí, y no tengo amigas a quienes contar mis problemas. Y éstos se agigantan si no se habla de ellos, ¿no te pasa lo mismo?



Puck asintió con un gesto y dijo:

— Si tienes ganas de contármelo, habla; no diré nada a nadie.

Caminaban alrededor del edificio principal y entraron en el viejo jardín, donde altos árboles bordeaban un gran césped. Paseaban una al lado de la otra y Bente empezó a contar vacilante:

— ¿Sabes? Es muy bonito eso de vivir en el campo, pero tiene sus problemas. ¿Crees que no sé muy bien que hay mucha gente en la ciudad cuyo gran sueño es una casa en el campo, con flores y árboles, y un huerto con lo necesario para vivir? Pero, ¿no crees también que esta misma gente se desilusionaría cuando realizasen su sueño, porque olvidaron pensar que la vida en el campo también tiene su lado difícil?

«Por ejemplo: no es barato vivir en una granja. Cuesta mucho dinero. La gente cree que tener una granja es tener de todo y que la cosa no puede ir nunca mal. Se olvidan de las malas cosechas, las enfermedades del ganado y todo eso. Nosotros tenemos efectivamente de todo..., menos dinero.

Hizo una pausa.

— Quizá la culpa sea nuestra — continuó —. No sé mucho de esas cosas. Sólo sé lo que oigo cuando papá y mamá hablan. Tengo entendido que papá ha intentado ganar algún dinero extra asociándose con unos suecos que tienen una empresa de maderas en el norte de su país; pero luego ocurrió algo, no sé qué, que hizo perder a papá todo su dinero.

— ¿Significa eso la ruina? —preguntó Puck—. Quiero decir... ¿Tendréis que...?

Bente tardó un poco en contestar. Luego dijo:

— No lo sé. Sólo sé que durante los últimos años hemos ido escasos de dinero, lo cual ha desquiciado los nervios de mis padres. Tengo un viejo tío en Copenhague... Bueno, no es exactamente mi tío, pero yo siempre le he llamado así. Es naviero, y muy rico, sin embargo...

— Pero, ¿por qué no le pedís dinero a él? —exclamó —Puck animada—. Si de veras tiene tanto, no le importará prestároslo, y Roarsborg merece la pena conservarse.

— Sí —asintió Bente—. No sólo Roarsborg es un problema. Tengo entendido que si papá logra poner más dinero en el negocio de Suecia, llegaría a dar beneficios; pero no tiene más y hay gente aquí que quiere echarle del negocio.

— Qué gente más ruin —dijo Puck escandalizada.

— Eso pienso yo también; pero mi padre dice que los negocios son los negocios. Ni siquiera parece enfadado con esa gente que quiere perjudicarlo. Fue a hablar con mi tío, el naviero, y creo que si él se hubiera decidido a ayudar a mi padre todo hubiera ido bien. Pero es un tipo muy raro con ideas fijas, y mi padre no tuvo éxito.

— ¿A qué te refieres al decir «ideas fijas»?

Bente no pudo evitar una sonrisa.

— Bueno —dijo—. Lo que pasa es que mis padres son personas con muchas actividades. Quizá no lo sabías, pero mi padre es un músico extraordinario; toca el violín mejor que muchos y lleva bastantes años tocando en la orquesta de la comarca.

— Y eso, ¿qué tiene que ver con el dinero? —preguntó Puck asombrada.

— Mucho que ver. Mi tío de Copenhague odia la música. La considera un ruido innecesario. Y sólo por eso desconfía de los músicos. Creo que los cataloga como una especie de bohemios. Tampoco le gusta la pintura moderna. No sé si te diste cuenta de que hay muchos cuadros abstractos en el vestíbulo.

— Sí —asintió Puck—. Los vi. ¿Quién los ha pintado?

— Mi madre —suspiró Bente—. Los dos tienen aficiones artísticas, y el tío está rabioso por eso. Estoy segura de que, si mi padre se olvidase de su música, le daría encantado todo el dinero que quisiera; pero, como comprenderás, eso para mis padres es imposible. Los dos son demasiado honrados. No son capaces de

fingir para conseguir dinero.

— Eso dice mucho en su favor — opinó Puck.

—Sí —admitió Bente—. Pero lo encuentro bastante inútil cuando se carece de dinero. Creo que las cosas van muy mal. Mis padres están muy nerviosos. Ésa era una de las razones por las cuales me fugué el otro día. Había tenido problemas en el colegio; no más de lo normal, incluso fáciles de arreglar. Pero como mi madre estaba muy nerviosa y papá preocupado, todo terminó mal.

«Discutimos y todos gritamos a la vez. Yo me pasé la noche llorando en la cama y, de repente, tuve la idea de fugarme. En realidad no sé lo que pensaba resolver con ello, sólo pensé en alejarme de todo. No sé si tú alguna vez has sentido lo mismo.

Puck cerró los ojos. Luego asintió.

— Creo que sí —dijo—. He experimentado algo por el estilo. Cuando llegué al pensionado por primera vez, me pareció tan horrible que me escapé y fui a esconderme en el bosque. Tuvieron que buscarme entre todos. Fue muy vergonzoso; pero para mí era la única solución.

Instintivamente, puso su brazo alrededor del hombro de su amiga y dijo:

— No te desanimes, Bente. Quizá, a pesar de todo, el viejo naviero se decida a ayudarlos.

* * *

Si Puck hubiera podido oír lo que «el viejo naviero» estaba diciendo en aquel momento tras su mesa de trabajo en Copenhague, quizá no se hubiera mostrado tan optimista. F. B. Nielsen estaba muy excitado, lo cual no era nada nuevo en él.

Era viudo y no tenía hijos. En otros tiempos había cruzado los siete mares como simple marinero. Había ahorrado mucho para poder estudiar la carrera de Náutica. A base de un gran esfuerzo y un sentido asombroso de las oportunidades del mercado en el mundo, había comprado su primer barco y fundado su compañía naviera cuyo jefe supremo era él mismo. F. B. Nielsen tenía derecho a estar orgulloso.

Algunos decían de él que era excesivamente duro; pero nadie podía decir que en alguna ocasión hubiera roto una promesa o faltado a un acuerdo. Era honrado y minucioso y un hombre de gran corazón para los que necesitaban de su ayuda.

Conforme pasaban los años, su desesperación por no encontrar un heredero y sucesor digno aumentaba. Cuando creía haberlo encontrado resultaba que poseía ideas que, bajo ninguna circunstancia, podía aceptar o le faltaban cualidades de las cuales no podía prescindir. Lo que el viejo marino no sabía era que el hombre a quien en realidad buscaba era a él mismo de joven..., y que, si hubiera logrado encontrar un tipo así, seguramente no hubiera confiado en una personalidad tan testaruda y obstinada.

F. B. Nielsen colgó el teléfono con un gesto brusco y se volvió furioso hacia su secretario.

— ¿Cómo es que no lo ha encontrado ya? —gritó exaltado—. Me paso el tiempo llamándole en vano por teléfono. Estoy seguro de que no se atreve a hablar conmigo.

— Pero, señor armador...

— ¿Cuántas veces tengo que decirle que no me llame señor armador? —dijo furioso—. Puede usted limitarse a llamarme señor Nielsen. Aunque prefiero que me llamen capitán Nielsen, para que lo sepa. Eso es lo que soy. Y no debía ser necesario repetirlo tantas veces.

— Lo siento mucho —dijo el secretario, que era nuevo en aquel empleo y aún no se había familiarizado con su jefe—. Lo que yo quería decir al capitán Nielsen era que he intentado localizar al fabricante Berg, pero desde su oficina dicen que el fabricante Berg se encuentra en Copenhague.

— El fabricante... —repitió el naviero despectivo, roja la cara como un cangrejo recién hervido—. Todos esos títulos no nos llevan a ninguna parte. Necesito hablar con Cari Ake Berg, y es muy importante. Hasta usted debería saberlo. Tengo negocios que tratar con él. Siempre pasa lo mismo con los suecos: están en Copenhague cuando uno quiere hablar con ellos.



—He intentado averiguar —insistió nervioso el secretario—, dónde se encontraba el fabricante Berg en Copenhague; pero ha sido imposible tener información al respecto. Parece que el viaje del fabricante a nuestra capital...

— Gracias, no necesito que me lo explique. Eso significa que todo el sábado está perdido. Si hubiera logrado hablar con Berg, el trato de los tres barcos habría podido cerrarse. Ahora es inútil. ¿No hay nadie en su oficina que sepa algo sobre el asunto? Seguro que no. Berg pertenece a ese tipo de muías testarudas que no dejan ninguna responsabilidad a los demás, y entonces...

El secretario tuvo la suerte de encontrarse tras su jefe porque no logró contener una sonrisa. ¡F. B. Nielsen hablando de «mulas tercas»...! Tenía gracia.

— Tengo que hablar con ese Cari Ake Berg; así que, si viene por aquí, quiero que me avisen sea la hora que sea. El asunto de los tres buques de Goteborg es muy importante.

El secretario no contestó. Se apresuró a desaparecer. F. B. Nielsen le miró marchar furioso, luego abrió un cajón de su mesa y sacó un puro. Se apoyó en el respaldo de su silla y miró por la ventana el puerto de Copenhague.

Se encontraba como maniatado. Sin Berg no podía hacer nada. Durante los últimos meses habían hecho grandes negocios juntos y, a pesar de ello, no le conocía. Aquel sueco no se limitaba a ser naviero como él, tenía su dinero en varias empresas, incluso metido en teatro y películas. ¿A quién se le ocurre meter dinero en esas cosas? Cuando F. B. navegaba por los siete mares había visitado muchos puertos; pero, con orgullo, podía afirmar no haber puesto sus pies en un teatro. No le gustaba. Tampoco le gustaba la música. En realidad, no le gustaba ningún género artístico.

El viejo marino se acordó de que una vez, siendo joven, estuvo en el Teatro Real. Habían alzado el telón y un montón de gente corría, discutía, gritaba y cerraba las puertas de golpe y, en medio de toda aquella confusión caía el telón y los espectadores se levantaban y salían a los pasillos hasta que sonaba un timbre, y uno debía correr para encontrar su butaca. Sólo el mero hecho de estar sentado entre tanto público era suficiente para hacerle sentir claustrofobia. No lo podía aguantar.

Para él la vida era la navegación, el mar; y cuando se estableció en tierra firme no dejó de ser marino del todo. Tenía su yate y lo utilizaba siempre que podía. Así era su vida. Cari Ake Berg, en cambio, no había navegado jamás, aunque era un gran negociante. Tenía fábricas de papel, minas de hierro y plantaciones en África. Todo eso estaba bien, pero aquel tipo también era dueño de una editorial, un estudio cinematográfico y además metía dinero en el teatro y esas cosas.

«Ese sueco debe de ser bastante raro —pensó F. B.—. Pero dicen que es uno de los hombres más ricos de Suecia.»

El naviero empezó a repasar las cartas que tenía sobre su mesa. Tenía una esperando respuesta desde hacía varios días. Lo más fácil hubiera sido darle un negativa y dejarlo correr; pero F. B. no podía decidirse a hacerlo.

No solía ser blando pero, en aquel caso... Una vieja amistad es una cosa que difícilmente se olvida. Él siempre había sido fiel, muy fiel a sus amigos; pero también a sus propias ideas. El viejo Jens Wilhelmsen y él habían sido buenos compañeros de colegio. Se habían compenetrado mucho. A pesar de ser hombre de tierra adentro, que cuidaba de su granja y no tenía ni idea de lo que pasaba por los siete mares, era hombre de principios. Había cuidado su hacienda y había metido dinero en el Banco como era su deber. En cambio, el hijo...

F. B. se rascó el cogote.

Debía admitir que el joven Wilhelmsen le gustaba; pero eso no cambiaba el hecho de que el hijo de su viejo amigo fuera bastante desordenado. Para no hablar de su mujer. Ella pintaba aquellos cuadros raros y absurdos que podían ser hechos por un mono. No tenían parecido con nada. F. B. miró con orgullo el cuadro que tenía sobre la chimenea: un barco de vela, el barco donde él había

aprendido la navegación. Aquél sí que era un cuadro.

El naviero se levantó y tomó su abrigo. Debía arreglar el asunto con el joven Wilhelmsen de Roarsborg de una vez. Aún no había decidido nada. Quizá sería mucho mejor que los jóvenes vendieran la granja y se trasladaran a Copenhague donde podían llevar aquella vida de bohemios que tanto parecía gustarles. En ese caso, él no invertiría más dinero en la finca. No por avaricia, sino para no tener que reconocer más tarde que había obrado estúpidamente. Y eso era siempre lo más importante para él.

Si Wilhelmsen y su mujer se habían dedicado tanto a su vida artística que habían olvidado lo más importante, su trabajo, sería mejor que renunciassen a ser hacendados. No es posible soplar y tener la boca llena de harina. De todos modos, iría a averiguarlo por sí mismo.

Salíó por una puerta trasera para no tener que pasar por las oficinas. No le gustaba tener que saludar.

Bajó lentamente las escaleras; no confiaba en el ascensor. El mundo de su juventud le gustaba más.

* * *

Después de una visita a los graneros y a las cuadras, Puck y Bente había vuelto al edificio principal. Estaban en un rincón de la sala ojeando un montón de revistas.

Se abrió la puerta y el señor Wilhelmsen entró. Sin darse cuenta de la presencia de las chicas, se fue hacia el piano de cola y empezó a tocar con gran maestría. Puck dejó la revista que estaba leyendo y se puso a escuchar. Bente se inclinó hacia ella y musitó:

— ¿Conoces la pieza que está tocando papá?

— No; pero parece música de Haydn.

Bente asintió. Las dos estaban muy quietas.

Poco después, la señora Wilhelmsen entró y fue a colocarse detrás de su marido mientras escuchaba la música. Tampoco ella había notado la presencia de las muchachas. Cuando el señor Wilhelmsen terminó, ella se inclinó y le besó en la mejilla.

— Era muy bonito — dijo con voz tranquila.

Él se quedó un momento inmóvil, con las manos sobre las teclas.

— Sí — dijo —. Pero sólo sirve para evadirse de los problemas por unos instantes.

— No digas eso —contestó su mujer apoyando la mano en el

hombro de su marido—. Además, sabes muy bien que no es verdad.

Wilhelmsen movió lentamente la cabeza:

— No lo sé. La verdad es que estamos al borde de una catástrofe. No tenemos ninguna oportunidad de evitarla. Hace un par de días escribí a F. B. Nielsen; pero, naturalmente, no me ha contestado.

— ¿Por qué no le llamas por teléfono?

— No me atrevo — dijo simplemente —. No me atrevo. Sabes cómo es él. Era muy amigo de mi padre y le gustaba cómo era y cómo vivía. El y mi padre era iguales. Pero nosotros somos para él unos seres raros. Tú te interesas por la pintura y yo por la música. Llevo años tratando de ser un buen campesino, además de negociante y... músico. Y estas tres cosas, al parecer no van bien juntas.

Se levantó y dio la espalda al piano.

— No es verdad lo que dices —opinó su mujer—. La música no tiene nada que ver. Has tenido mala suerte, pero- sólo durante los últimos dos años. Antes, la cosa iba bien, y estoy convencida de que volverá a ir bien. ¿Por qué no escribes otra carta a F. B....? Quiero decir, si no tienes ganas de hablar con él por teléfono.

— No, no hay manera — dijo Wilhelmsen —. Le tengo tanto miedo que, si tuviera que escribirle otra carta, no sabría ni qué poner... Lo malo es...

— Lo malo es —le interrumpió su mujer— que tienes miedo de las personas. Tarde o temprano tendrás que convencerte de que no muerden.

— No, si ya lo sé; pero hacen algo mucho peor: dejan que la gente se hunda. Quizá sería mejor ir a Suecia e intentar hablar con los directivos, pero, si quieres saber la verdad, también me dan miedo. No tardarían en darse cuenta de lo poco que valgo como negociante, y eso sería el fin.

Puso su brazo alrededor de los hombros de su esposa y se fueron hacia la puerta. Cuando salieron dijo:

— La única esperanza que nos queda sería que F. B. nos ayudase. Sólo un milagro puede hacer que firme el cheque.

La puerta se cerró tras ellos. Puck y Bente se miraron. Bente se había sonrojado.

— No era su intención hablar estando nosotras aquí — dijo ésta.

— Ya lo comprendo — dijo Puck —. Pero yo ya estaba al

corriente de todo. Tú misma me lo has contado.

— Sin embargo debes tener cuidado de que mis padres no se enteren — dijo Bente ansiosa —. Si supieran que yo te había contado algo sobre nuestros problemas, se pondrían furiosos.

— No creo que sea ése su carácter — sonrió Puck —. Su nerviosismo es comprensible y hace que los tres estéis un poco...

— Un poco ¿Qué? —dijo Bente sonriendo.

— Un poco como alocados — dijo Puck.

* * *

El hacendado Wilhelmsen y su mujer se fueron a dar un paseo por el gran prado hasta la pared de piedra que separaba el jardín de los campos.

— Sentiría mucho tener que dejar Roarsborg — dijo el hacendado—. Me gusta tanto este lugar... No sé qué me pasaría si tuviera que abandonarlo.

Ella apoyó la mano en su brazo:

— No digas eso. No están tan mal las cosas. No lo pintes más negro de lo que es en realidad.

— Tú qué sabes — dijo un poco irritado —. No creo que sepas lo difícil que es nuestra situación. Esta vez se trata de muchísimo dinero. He metido casi todo el que teníamos en aquel negocio de Suecia, y ahora ha llegado otro capitalista que se ha puesto a hacernos la competencia. Nuestra pequeña empresa no tiene ninguna oportunidad de sobrevivir. A los otros dos socios no les importa demasiado el fracaso en este negocio. Tienen mucho dinero. Yo soy el más perjudicado. Si F. B. no se decide a ayudarme, tendremos que dejar la granja. Debo ya tanto dinero en el Banco que no puedo esperar más crédito. Me he portado como un imbécil durante los dos últimos años.

— ¡Qué va! — dijo la señora Wilhelmsen intentando sonreír—. No te desanimes. Lo más importante es que estemos juntos, y juntos afrontaremos los problemas. Soy tan feliz porque Bente ha vuelto... Cuando ella desapareció, creí que todo se hundía a nuestro alrededor, pero ahora... Además, tengo una noticia para ti. Antes fui a la sala para dártela y hemos terminando hablando de dinero.

— ¿De qué se trata? — dijo con voz que parecía despreocupada.

— El herrero Hammer me llamó por teléfono — dijo su mujer mientras iban hacia la casa.

— Y ¿qué quería?

Ella se reía, parecía bailar a su lado y había alegría en su voz cuando contestó:

— El herrero y el estanquero se han dado cuenta de que celebras un aniversario este fin de semana.

El se paró en medio del sendero y contempló a su esposa con las cejas levantadas.

— Yo no celebro ningún aniversario.

El herrero lleva un diario. Quizá lo ignorabas, pero lo hace, y se ha dado cuenta de que hace exactamente veinticinco años que empezaste a tocar con la orquesta.

— ¡No me digas! ¿Hace ya veinticinco años? Pero, ¿por qué te lo dijo?

— Quería celebrarlo — contestó su mujer radiante —. Él y Jessen y todos los demás habían pensado venir esta tarde y tocar aquí. En realidad querían sorprenderte, pero en el último instante pensaron que lo mejor sería avisar a la dueña de la casa. Y me parece formidable.

Vio que su marido se animaba. Necesitaba un poco de alegría. Contento como un colegial dijo:

— Eso significa un ensayo extra. Justo lo que necesitamos. ¿A qué hora vendrán?

— Han dicho que sobre las tres. Había pensado llevar sillas a la sala y prepararlo todo para que toméis algo después del ensayo.

Entraron en la casa. Estaba contenta de haber logrado que él se olvidara de las preocupaciones. Ahora tendría trabajo, pero Bente y Puck le ayudarían sin duda, lo mismo que la señorita Thomsen, la cocinera, que estaba ya informada, y Ulla, la sirvienta, aún muy joven, ingenua y sin sentido del humor.

Bente se lo había dicho a Puck, después de que Ulla las saludara.

— El otro día — le contó — estábamos almorzando cuando papá regresó de la ciudad. Traía unos pasteles rellenos de mantequilla para acompañar su café. Mientras Ulla los estaba poniendo en una bandeja mi madre dijo: «¡Qué maravilla de pasteles; son de éstos que no engordan nada!»

«Siempre hacemos bromas así, ¿comprendes?» Pero Ulla miró fijamente a mamá y le dijo: «No lo crea, señora; engordan, y mucho. ¡Qué se lo digo yo!».

Pero Ulla era agradable y gentil y la noticia de que toda una orquesta de casi treinta músicos iban a merender no la asustó lo más mínimo. La señorita Thomsen se mostró entusiasmada. Conocía lo bastante de los problemas de la familia para saber que el hacendado Wilhelmsen necesitaba ser animado.

Bente y Puck ayudaron a colocar sillas en la sala. Puck estaba muy ilusionada pensando en el concierto que los treinta músicos iban a dar. De pronto se oyó un gran estrépito en el exterior y, cuando corrieron a la ventana, vieron una figura extraña montada en una moto viejísima y ruidosa que daba vueltas alrededor de la encina que crecía en medio del patio. Por fin el estrafalario personaje y su estrepitoso vehículo se detuvieron delante de la entrada principal.

Era un hombre con una barba impresionante y un cabello que no parecía haber visto ni peine ni tijeras desde hacía meses. Llevaba un jersey rojo muy vivo y unos pantalones de pana negra. En el asiento de atrás de la motocicleta traía un bulto enorme.

— Mirad —dijo Bente—. ¡Qué tipo más raro!

El señor y la señora Wilhelmsen se acercaron a la ventana y la madre exclamó:

— ¡Vaya por Dios!... Es Miguel.

Su voz no expresaba precisamente alegría y el señor Wilhelmsen preguntó:

— ¿Seguro que es Miguel? ¿Es ése su aspecto?

La Wilhelmsen asintió con aire cansado:

— ¿Por qué tenía que escoger precisamente hoy para hacernos una visita?

— ¿Quién es Miguel? —preguntó Bente.

La señora Wilhelmsen salió para abrir la puerta al inesperado huésped, así que fue su marido quien contestó:

— Es un pintor muy famoso. Acaba de hacer una exposición en Copenhague. Tu madre le conoce de la Academia de Bellas Artes. Se llama Miguel Zoot.

— ¿Miguel Zoot? —repitió Puck—. No he oído su nombre jamás; pero he de admitir que no sé mucho sobre pintura.

— Dicen que es el más abstracto de todos los pintores abstractos —informó el señor Wilhelmsen—. Y ahora parece que ha decidido visitarnos de una manera abstracta. Espero que él y la orquesta se

lleven bien.

Tras decir esto se acercó también a la puerta.



Mientras todo aquello ocurría en la hacienda de Roarsborg, mucho más al norte, en la redacción de un periódico de Suecia, el director chillaba histérico por teléfono, con la cara roja por la ira:

— Gósta... Gosta ¡Por todos los diablos!... Eres un imbécil. ¿No me dijiste hace un momento que no había ni una noticia de importancia en el mundo del cine?

Hubo una pequeña pausa. El tal Gosta, desde el otro extremo del hilo, se dio cuenta de que en la voz de su jefe había dinamita.

— Sí — contestó en voz baja.

El director soltó una carcajada nerviosa que pretendía ser de desdén.

— Ninguna noticia, ¿eh? —chilló—. ¿Y tú te llamas periodista? ¿Para qué crees que te pagan? Ninguna noticia en el mundo del cine y, mientras me lo estás diciendo, Runa Falk se casa en secreto con Cari Ake Berg. ¿Qué te parece, pedazo de...?

Hubo otra pausa. El pobre reportero no sabía qué contestar. No tenía ni la más remota idea de que la famosa actriz de cine Runa Falk fuera a casarse con un magnate de la industria, y menos con Cari Ake Berg.

— Runa Falk ha estado interpretando un papel en la comedia «El dolor de cabeza del millonario», ¿no? —tronó la voz del jefe.

— S... sí —tartamudeó Gosta Nyberg—. Acaban de terminar la filmación. La película será estrenada dentro de un par de meses...

— ¿Y quién crees tú que está interesado en saber cuándo será estrenada la película? —gritó el director—. Hay algo mucho más interesante. ¿Quién pagó esa película? ¿Quién es el productor? ¿Puedes contestarme a estas simplísimas preguntas?

— Claro que sí. El productor es... ¡Ejem!... Cari Ake Berg.

— ¿Empiezas a comprender? Ya era hora.

— Pero ¿no le llaman el solterón más difícil de Suecia? —dijo Gosta en su defensa.

— ¿Solterón? Se ha casado en secreto esta mañana.

— ¿Dónde están ahora? —preguntó el periodista.

El director intentó reír, pero su risa sonaba como el canto de las ranas.

— ¿Dónde están? Vaya pregunta para un periodista. ¿Dónde están? Eso tienes que averiguarlo tú mismo. ¡Y aprisa! Llámame después.

Y el director colgó con brusquedad.

Gosta Nyberg se quedó inmóvil contemplando el auricular. ¡Vaya situación! Sólo una cosa sabía con certeza: si no lograba encontrar a la pareja, la bronca sería monumental.

Mientras el periodista iba hacia el despacho de Cari Ake Berg, sus pensamientos daban vueltas sobre su posible paradero. Era muy probable que se hubieran ido al extranjero para casarse. Pero ¿adonde? Se preguntó a sí mismo lo que él hubiera hecho en su lugar. La respuesta no fue difícil. Él iría a Copenhague. Pero no podía estar seguro de que Cari Ake Berg hubiera hecho lo mismo. Tenía que usar toda su astucia al entrevistar al secretario del financiero para lograr una pista.

* * *

El hacendado Wilhelmsen tendió la mano a su huésped.

— Estoy muy contento de conocerle, señor Root — dijo.

— Zoot — corrigió el pintor —. Miguel Zoot. Creí que ya conocía mi nombre.

Su voz era extraña. Muy aguda y penetrante, en contraste con su aspecto casi feroz. Era un tipo sorprendente.

— Perdone, señor Zoot. Naturalmente que conozco su nombre. Acaba usted de hacer una exposición de la cual se ha hablado mucho.

— Qué ha sido muy admirada querrá usted decir — corrigió de

nuevo Miguel Zoot—. Puedo decirle que mi exposición ha sido nada menos que un momento decisivo en el Arte mundial. Lo que yo tenía que mostrar al público danés era tan sensacional que no hubo ni un sólo crítico que entendiera la importancia del acontecimiento.

— Estoy de acuerdo contigo, Miguel — dijo la señora Wilhelmsen —. He encontrado tus cuadros muy bonitos.

Al acabar de decirlo comprendió su equivocación. Los ojos de Miguel Zoot echaban chispas.

— ¡Bonitos! —exclamó—. ¡Qué tenga que oír eso de tus labios! No me lo esperaba. Si hay algo que mis cuadros no son es precisamente eso: bonitos. Con todas mis fuerzas he intentado evitar cualquier forma de hermosura. Es por ello que mis cuadros son diferentes a los demás. El Arte no debe ser bonito ni hermoso. Tiene que ser feo; ahí está su belleza. Y sólo yo me he dado cuenta de eso. No sé si usted logra seguirme, hacendado.

Wilhelmsen se encogió de hombros. Puck y Bente salieron al vestíbulo y contemplaron extrañadas al recién llegado.

— ¿Y quiénes son estas ancianas, si se me permiten saberlo? — preguntó Miguel acercándose a Puck y Bente—. Mi nombre es Miguel Zoot. Soy un genio. ¿Quiénes sois vosotras?

— Ésta es mi hija Bente — presentó la señora de la casa—, y ésta es su amiga, a quien llamamos Puck... Ella también se llama Bente, y para no confundir...

— Bente y Bente; es muy simple. Se llama a la una y viene la otra. Es tan claro como la noche — comentó el absurdo personaje.

A Puck se le escapaba la risa. Miguel Zoot, en apariencia, era tan extraño por dentro como por fuera.

— Espero no haber sido esperado — continuó el pintor —. Nada de citas preparadas. Esto pertenece al pasado. Hoy en día hay que obrar por sorpresa, y si llego en mal momento, lo celebro. Eso os dará doble alegría al tenerme con vosotros. Porque tendréis que deshacer vuestros planes y volver a hacer otros nuevos. Son estas cosas las que ponen sal a la vida del ser humano. ¿Me seguís, muchachas?

Bente movió la cabeza:

— No estoy segura —dijo en voz baja—. Temo que...

— ¡Estupendo, fabuloso! —exclamó Miguel entusiasmado —. Eres una chica inteligente. En él malentendido está lo cierto. Hay

que entender los malentendidos. Pero hay que ser niño para entenderlo.

Bente miró a Puck y con su índice describió un círculo a espaldas de Miguel Zoot, como diciendo: «Está completamente chiflado.»

Mientras tanto, el artista había tomado sus maletas y sus lienzos y, dirigiéndose a la señora Wilhelmsen, dijo:

—¿Te molestaría enseñarme mi cuarto?

— ¿Tu cuarto? —exclamó la señora Wilhelmsen—. ¿Has pensado quedarte?

— Naturalmente —asintió Miguel Zoot—. ¿Para qué crees que he venido aquí un sábado por la tarde? Tengo varias cosas en qué pensar y el único lugar donde esperaba encontrar suficiente silencio para pensar era vuestra casa. En la ciudad hay mucho ruido los domingos, cuando todos han salido.

— Temo que no te comprendo —dijo la señora Wilhelmsen mirando asustada a su marido en busca de ayuda—. Si la ciudad está vacía los domingos, también tiene que haber tranquilidad allí, ¿no?

— El silencio ataca mis nervios — dijo Miguel Zoot —. ¿No has pensado nunca que el silencio es peor que el ruido?

Puck no podía más. Dio media vuelta y salió disparada por la puerta que daba al patio. Bente la siguió. Cuando llegaron a la cuadra de los caballos, reían a mandíbula batiente. A Bente le caían las lágrimas de tanto reír. Al final, Puck balbuceó:

— Es el tipo más chiflado que he conocido en toda mi vida. Pero hay algo de simpático en él. Se toma muy serio a sí mismo, y le ha dado por volverlo todo al revés. El silencio es ruido, y el ruido silencio, la belleza es fea y ¿qué sé yo? Al final vendrá aquí y dirá que los caballos son vacas y los corderos, cerdos. Nosotros somos ancianas y no me sorprendería lo más mínimo que acaricie el cabello de tu padre llamándole nenito. ¡Vaya tipo!

— Creo que nos espera una velada divertida — dijo Bente—. Dentro de poco llegará toda la orquesta y, si ese tipo continua en la casa, sospecho que Roarsborg se convertirá en una plaza de mercado. Había pensado dar un paseo esta tarde, pero creo que será más divertido quedarnos aquí.



Y tuvo razón. Durante la primera hora de la tarde, Miguel Zoot tomó posesión de su habitación y, naturalmente, se puso a cambiar los muebles de sitio. Iba y venía mientras colocaba los muebles, sin quedar contento con el resultado; pero, como dijo cuando las muchachas pasaban ante su cuarto y miraron por la puerta abierta:

— Uno está más contento cuando está descontento, ¿verdad, chicas?

— Seguro — dijeron al unísono, sin atreverse a contradecirle.

— Menos mal que encuentro a alguien que me comprende — dijo Miguel —. Mirad lo que he hecho: He colocado la alfombra en la pared. Encuentro muy vulgar tenerla en el suelo; allí es donde la colocan todos los burgueses. Los cuadros los he puesto bajo la cama, para no tener que verlos. Ahora voy a colocar la cómoda en medio de la habitación, para poder caminar alrededor de ella; si no, ¿para qué sirve una cómoda?

— ¿Necesita nuestra ayuda? —preguntó Bente.

Zoot negó con la cabeza:

— No, gracias — dijo —. Eso disminuiría el placer. Pero, de todos modos, gracias.

Les saludó con la cabeza, dando por terminada la audiencia, y las muchachas se fueron contentas para poder reír sin herir los sentimientos de aquel original artista.

En la cocina se encontraron con la señora Wilhelmsen.

— Oye, mamá, tienes unos amigos la mar de extraños — dijo Bente—. No sabía que conocíamos tipos tan chiflados...

— No me gusta tu manera de hablar, Bente —desaprobó la madre—. Miguel es un artista extraño; admito que es bastante más original ahora que cuando íbamos juntos a la Academia; pero no hay que tomarlo en serio. Tampoco él lo hace. Representa una comedia y es feliz así. —Y cambiando de conversación les pidió—: Necesito vuestra ayuda. Debemos tenerlo todo preparado para cuando lleguen los de la orquesta.

— A mí ese pintor me parece siniestro — dijo Ulla, la criada.

— No hay nada siniestro en él, querida Ulla — sonrió la señora—. Es sólo un hombre que ama la libertad ante todo. También se necesitan personas como esas en la sociedad. No podemos ser todos iguales.

— Tiene usted razón — dijo Ulla ingenua—. Bueno, voy a pelar las patatas.

Durante las horas siguientes tuvieron mucho trabajo. Miguel Zoot no se dejó ver. Estaba estudiando en su cuarto. La señorita Thomsen podía informar poco después que, cuando el artista salía al jardín, no usaba la puerta sino la ventana.

— Naturalmente —suspiró la señora Wilhelmsen—. Era de esperar. Si hubiera encontrado una trampa en el suelo, saldría por allí.

El hacendado estaba en el despacho examinando sus libros de contabilidad. El silencio reinaba en la casa; sólo en la cocina había actividad.

Después del almuerzo llegaron los de la orquesta. Venían en autocar. Eran treinta hombres alegres, todos con sus instrumentos y partituras. Formaron ante la puerta principal y, cuando el hacendado Wilhelmsen, su mujer y las dos muchachas salieron a la escalinata, tocaron una melodía solemne en honor del homenajeado. La música sonaba maravillosa al aire libre.

Cuando la pieza hubo terminado, el herrero dio dos pasos al frente y carraspeó:

— Querido Wilhelmsen — empezó cordial—. Nosotros, tus amigos y compañeros, hemos venido a celebrar tu aniversario. Queremos darte las gracias por todas las horas que hemos pasado juntos y esperamos que en el futuro seguiremos disfrutando también de tu compañía y de nuestra música. ¡Tres hurras por nuestro querido Wilhelmsen!

Los hurras sonaron y el hacendado se emocionó. Luego contestó con un breve discurso en el que dio las gracias por todo lo que la orquesta había significado para él. Como final, añadió:

— Quizá alguien piense que un granjero con muchas responsabilidades no debía perder el tiempo con la música. Muchas veces me he preguntado a mí mismo si en realidad no era mi deber concentrarme exclusivamente en mi trabajo de la granja y esperar la vejez para cultivar mis pasatiempos; pero no. La música me ayuda en los momentos difíciles y, con ella, la amistad también. Como, habéis demostrado esta tarde al venir aquí a festejarme. Bien venidos todos. Y ahora entremos y empecemos el ensayo. Después, creo que mi mujer nos ofrecerá un refrigerio.

Todos entraron en el salón y, entre risas y charla, ocuparon sus sillas. Poco después había empezado el ensayo. La orquesta tocaba bien. Sus componentes tenían una alegría contagiosa.

De repente se abrió la puerta y Miguel Zoot entró hecho una furia. Contempló con ojos que echaban chispas a los treinta eufóricos músicos y gritó:

— ¡Paren! ¡Paren ese ruido!

El herrero Hammer, que estaba dirigiendo, puso cara de asombro y se quedó como petrificado ante tal aparición.

— ¡Por todos los demonios! ¿Qué es lo que ocurre? —preguntó furioso Zoot—. Vengo aquí para encontrar paz y tranquilidad y me obsequian con una serenata. Si ustedes creen que Mozart y el arte abstracto se llevan bien, están ustedes muy equivocados. ¿Por qué no tocan algo de Niels Viggo Bentzon o de Stravinsky? Pero evítenme la tortura de esos sonidos pasados de moda.

— Espere un momento —dijo Wilhelmsen—. No puede usted interrumpir el ensayo por las buenas.

— ¿Interrumpir el ensayo? —preguntó el pintor asombrado—. ¿Quiere eso decir que piensan continuar?

Wilhelmsen no pudo menos que sonreír:

— Así es, en efecto.

Miguel Zoot movió la cabeza con tristeza.

— No sabe cómo lo siento —dijo—. Esa música suena con tanta armonía que temo ser inspirado por ella. Si siguen tocando durante mucho rato, terminaré pintando igual que Rembrandt.

Y, moviendo la cabeza con fingida pesadumbre, se marchó.

* * *

— ¿Crees que Miguel Zoot está loco de verdad? —preguntó Puck.

Bente rió.

— Lo digo en serio — continuó Puck —. Se porta como si lo estuviese, pero tu madre vino a decir que ésa es su manera de ser «diferente». ¿Tú crees qué es verdad? Debe de saber que todos nos estamos riendo de él.

Bente se rió.

— No se sabe nunca —dijo.

Puck estaba mirando por la ventana. La música había cesado. Parecía que la orquesta iba a tomar un descanso y la señora Wilhelmsen les había invitado a tomar café. Puck estaba con los ojos medio cerrados mordiendo sus labios; señal de que pensaba.

— Claro que no es asunto mío — dijo de repente —; pero me gustaría convencer a ese naviero... ¿Cómo se llama?

— F. B. Nielsen —dijo Bente, asombrada por el giro de la conversación—. Convencerle ¿de qué?

— De prestaros dinero, naturalmente — dijo Puck decidida—. Imagínate que fuera a su despacho y le explicara todo el asunto.

— Pero ¡si ya lo sabe! Papá le ha mandado una carta...

— Bueno, es igual. Quizá no tiene imaginación suficiente para hacerse una idea de la difícil situación. Quizá sólo es un viejo tacaño con un montón de «principios» destinados a un solo fin: guardar el dinero. Hay poca gente con imaginación, Bente. No comprenden que exista gente diferente a ellos, o que lo pasen mal. Y quizá no es extraño porque, si ellos no tienen problemas, es más fácil olvidar que los problemas existen.

Puck movió la cabeza con energía y continuó:

— Quizá el tío F. B. está sentado en su despacho imaginándose que en el mundo no hay problemas, sólo porque sus millones siguen entrando sin parar. Hay que despertarlo de ese sueño y debe saber que es necesaria su ayuda, que puede hacer feliz a una familia entera sólo firmando un cheque. Quizá lo único que necesite es que alguien se atreva a ir a decírselo.

Bente sonrió:

— ¿Tienes intención de ir tú a decirle todo eso? —preguntó.

— No tendría miedo —afirmó Puck, y añadió—: Pero

seguramente no ayudaría mucho; no se dignaría escuchar a una colegiala. ¿Cómo es? ¿Colérico?

Bente movió la cabeza.

— No, en realidad es muy simpático — dijo —. Era buen amigo de mi abuelo, y creo que él piensa que papá debería parecerse a su padre.

— Y ¿cómo era su padre?

— Según lo que me han contado, el abuelo era un hombre que se levantaba a las cinco de la mañana, trabajaba en el campo todo el día, y por la noche se ocupaba de los libros de contabilidad. Trabajo y más trabajo todo el santo día, año tras año, igual que F. B. Nielsen.

— Pero tu padre también trabaja mucho, ¿no? A mí me parece que ha estado trabajando todo el día.

— Sí, pero no de la misma manera. Bueno, basta ya de hablar de cosas tristes. Vamos con los demás.

— Bien. Pronto tocarán de nuevo. Me gustaría saber qué está haciendo Miguel Zoot,

— ¿Quieres decir que si ha empezado a pintar tan bien como Rembrandt?

Las muchachas se reían a carcajadas cuando salieron al pasillo para reunirse con el resto del grupo. Bente propuso acortar el camino pasando por el despacho de su padre, pero cuando iba a abrir la puerta, oyó que alguien se movía en el interior.

— Bueno — dijo —. Papá está dentro. Creo que será mejor no interrumpirle.

— Creí que estaba tomando café con los demás.

— Yo también; pero seguramente ha debido de venir a buscar algo. Vamos por aquí.

Las dos amigas pasaron por los hermosos salones de la hacienda y llegaron al comedor, donde todos los músicos estaban tomando café. Incluso Miguel Zoot se había unido al grupo y no parecía tener nada en contra de los deliciosos pasteles hechos por la señorita Thomsen. Por lo menos, comía con apetito muy normal. Las muchachas se pararon al entrar, y miraron en torno buscando una silla libre. Bente se sobresaltó.

— Mira —exclamó—. Mi padre está aquí.

— Entonces, ¿quién estaba en el despacho?

— Ven; volvamos allá. Esto es bastante misterioso.

Mientras corrían por el pasillo, Puck dijo:

— ¿No podría tratarse de la señorita Thomsen? Quizá está arreglando un poco el cuarto...

Bente respondió:

— Imposible. Pero, naturalmente, queda Ulla, aunque...

Estaban ya delante de la puerta del despacho y Bente se apresuró a abrir. La habitación estaba vacía.

— Como no fuera un fantasma —dijo riendo—. Estaba convencida de haber escuchado ruido; pero seguramente me equivoqué, porque...



De repente se calló y señaló con el índice:

— ¡Fíjate!... ¡La caja de caudales!

Puck miró hacia la pequeña caja de caudales. Tenía la puerta abierta y en el suelo había varios papeles dispersos sobre la alfombra.

Puck miró en derredor.

— ¡La ventana está abierta! —exclamó—. No estabas equivocada: ¡Hemos oído al ladrón!

— ¡Tenemos que comunicárselo a papá en seguida! —dijo Bente—. Es horrible si han robado el dinero que necesitaba el lunes para pagar los jornales. ¡Vaya disgusto se va a llevar!

Los labios le temblaban y sus ojos estaban llenos de lágrimas.

— El ladrón no puede haberse alejado mucho — dijo Puck pensativa—. Aún estamos a tiempo de encontrarle... Pero...

— Pero..., ¿qué? —preguntó Bente angustiada—. ¿Qué, Puck?

Parecía tan indefensa que Puck sintió deseos de acogerla por los hombros y consolarla, como si fuera una niña pequeña. Pero no tenían tiempo que perder.

— Quiero decir que compadezco a tu padre, y lo mejor sería evitarle el disgusto, por lo menos por ahora. Puede que fuera posible encontrar al ladrón antes de que tu padre se dé cuenta del robo... ¿No sería muchó mejor?

— Claro que sí; pero ¿cómo piensas encontrar el ladrón? Creo que debemos comunicárselo a papá en seguida. ¡Vamos Puck, de prisa!

Puck se quedó donde estaba.

— ¿No podríamos limitarnos a contárselo a tu madre? —preguntó—. Ahora que la orquesta está aquí para celebrar el aniversario de tu padre, y él parece haber olvidado por el momento sus preocupaciones... ¿Por qué no decírselo a tu madre únicamente? Vamos a dejar que ella decida por nosotras.

—No sé, no sé... Pero, hagamos lo que hagamos, hay que actuar de prisa. Vamos.

Y se fue hacia la puerta. Puck se había quedado pensativa. Luego dijo un poco vacilante:

— ¿Qué te parece si, por el momento, no se lo decimos ni a tu padre ni a tu madre, sino...?

— Pero, entonces, ¿a quién se lo contamos?

Bente estaba con la puerta abierta, contemplando a su amiga con asombro...

— Podríamos hablar con el pintor — propuso Puck —. Espera un momento y no protestes, Bente. Antes dijiste, y tu madre también, que no estaba tan loco como parecía, que está haciendo comedia. Quiere que la gente se dé cuenta de su presencia. Creo que, en realidad, es muy sensato. Por lo menos, vale la pena intentarlo, ¿no?

Bente movió la cabeza.

— No logro pensar — dijo —. Haz lo que mejor te parezca, Puck.

Y se fueron en dirección al comedor. Delante de la puerta, Puck se detuvo.

— Voy a correr el riesgo y hablaré con ese chiflado — dijo

decidida—. Espérame aquí mientras tanto.

Bente obedeció. Cuando por fin se abrió la puerta y Puck salió seguida de Miguel Zoot, le parecía que habían pasado horas. Su aspecto era el mismo de antes, pero sus ojos estaban tranquilos e inteligentes, además de amables. Hasta su voz había cambiado. Ya no era tan penetrante.

— Vamos primero al despacho —dijo Miguel—. Hay un teléfono allí. Podemos llamar a la policía, ¿verdad?

Actuaba con seguridad, casi con autoridad. Puck vio con satisfacción que había acertado respecto a Miguel Zoot. Una vez en la oficina, éste echó una ojeada a la caja de caudales, luego se fue hasta el teléfono y marcó el número de la policía. Su conversación fue breve y precisa. Cuando se volvió hacia las muchachas dijo:

— Es muy fácil adivinar lo que ha ocurrido aquí. Mientras tocaba la orquesta o mientras estábamos tomando café, el ladrón ha podido trabajar con tranquilidad. ¿Sabéis por casualidad si había mucho dinero en la caja?

— Sí — contestó Bente —. Fuimos con mi padre al Banco. Sacó mucho dinero para los salarios y otros pagos que debía efectuar el lunes.

Zoot se mordió los labios.

— ¡Qué mala pata! —dijo—. ¿Sospechas de alguien en particular, Bente?

Bente se quedó pensativa, pero luego negó con la cabeza:

— Puede ser cualquiera.

— Sí — dijo Zoot con una sonrisa —. Tienes razón; incluso podría ser yo mismo. No estuve en el concierto. Nada prueba que yo no estuviera aquí, en el despacho, abriendo la caja de caudales. En realidad, todos somos sospechosos. Esperemos que la policía muestre la misma rapidez que el ladrón. El comisario me prometió venir en seguida con un par de hombres. Mientras tanto, ¿hay algún sitio por donde podamos empezar a buscar nosotros?

— No sé —vaciló Bente—. ¿Y si fuéramos a los graneros y los establos para ver si alguien se esconde allí? Aún nos queda tiempo antes de que llegue la policía. Mis padres están ocupados atendiendo a sus invitados y calculo que se quedaron tomando café por lo menos durante media hora más.

— Bueno —dijo Zoot—; entonces hagamos lo que dices.

Fueron corriendo por el jardín, mirando dentro de todos los edificios, pero no encontraron ni una pista. Debajo de la ventana del despacho, el pavimento era de cemento y no descubrieron nada en absoluto. Era evidente que el ladrón debió de cruzar el patio, y era muy extraño que nadie le hubiera visto.

Puck se fue a la cocina para hablar con la señorita Thomsen y Ulla. Les preguntó si alguna de ellas había visto a un forastero cerca de la granja, y la señorita Thomsen contestó con energía que no había tenido tiempo de fijarse. Ulla estaba como siempre muy confusa, sin capacidad para dar una contestación sensata; pero, por lo menos, supo decir que no había visto a nadie que no fuera invitado.

Puck tuvo la sensación de que, por algún motivo, Ulla mentía, pero luego se dijo a sí misma que quizá era natural en ella no saber contestar a una simple pregunta.

— ¿Ha pasado algo? —preguntó la señorita Thomsen, mirando de reojo a Puck—. Quiero decir, ¿preguntas si hemos visto a algún hombre misterioso por aquí?

— No es por eso —dijo Puck mientras salía de la cocina para evitar contestar.

Miguel Zoot y Bente estaban sentados en la escalinata que bajaba al patio cuando Puck se reunió con ellos, y al mismo tiempo vio que se acercaba un coche. Debía de tratarse de la policía.

Dos jóvenes bajaron del automóvil y se quedaron contemplando con cierto asombro a las dos muchachas y al extraño tipo de la barba. Pero Miguel Zoot se acercó a ellos y les saludó con dignidad, mientras en pocas palabras les ponía al corriente de la situación. Luego les condujo hasta la oficina, donde señaló y explicó lo ocurrido. Bente y Puck también hicieron su declaración.

— ¿Quiere decirme —preguntó uno de los agentes, dirigiéndose a Zoot —, cómo es que la denuncia la hace usted y no el dueño de la hacienda? Además, ¿dónde está el señor Wilhelmsen?

— Aquí estoy —sonó una voz desde la puerta.

Al instante, todas las miradas se clavaron en él. Wilhelmsen los miraba a su vez asombrado.

— ¿Puedo preguntarles qué ocurre aquí? —dijo.

— Nos hicieron una denuncia sobre un robo — dijo el agente.

Puck y Bente intercambiaron una mirada. Las dos suspiraron

hondo. Todo había sido en vano. Debían haberlo comprendido desde el principio.

— ¿Un robo?

Miguel Zoot dio un paso adelante.

—Sí, señor Wilhelmsen. Las chicas vinieron a contármelo. Oyeron al ladrón mientras estábamos tomando café. Quizá ya estaba aquí durante el ensayo. La caja abierta, y...

Wilhelmsen fue corriendo hasta la caja de caudales. Se arrodilló y empezó a buscar.

— Las desgracias nunca vienen solas —dijo, mientras se levantaba—. No se puede hacer otra cosa que recibir las bofetadas conforme llegan.

Puck miró a Bente, que estaba a punto de llorar. Instintivamente, pasó el brazo alrededor de sus hombros con un gesto protector.

* * *

Las muchachas salieron al patio. Bente estaba muy desanimada. Puck intentó consolarla.

— Ya verás —dijo—, la policía encontrará al ladrón y tu padre recuperará el dinero. No te desanimes, Bente. La señora Frank, la esposa del director del pensionado de Egeborg, dice que siempre debemos esperar un minuto más antes de desesperarnos...

— Bonitas palabras — dijo Bente con una media sonrisa—. Y después de ese minuto, otro y luego otro, ¿verdad?

— Sí — sonrió Puck —. Lo has entendido perfectamente. No veo por qué no haya de terminar todo bien. La policía suele capturar a los ladrones; para eso está.

— Pero, ¿quién será el ladrón?

— Es muy difícil adivinarlo — opinó Puck —. Si tú misma crees que no puede ser nadie que trabaje aquí, ya me dirás...

— ¿Qué te parece Miguel Zoot?— preguntó Bente—. Muestra tanto interés...

Puck casi se enfadó.

—Ni hablar — dijo, mientras movía enérgicamente la cabeza—. No pudo ser él. Estaba tomando café cuando nosotras oímos el ruido en la oficina. Yo también pensé en él; tiene un aspecto tan raro... Pero, por otro lado, cada vez estoy más convencida de que nos hemos equivocado respecto a él. Vale mucho. En cambio, hay

otra cosa.

Bente la miró curiosa.

— ¿Qué? —preguntó.

Puck vaciló un poco antes de contestar.

— Hablo de Ulla —dijo—, la sirvienta... Bueno, no quiero decir que haya sido ella misma quien robó, pero, ¿no es posible que conozca a alguien que quizá...? No sé por qué sospecho de ella; supongo que es porque la encontré tan confusa antes, cuando le pregunté. ¿Sabes si tiene amigos o...?

Bente parecía pensativa.

— Creo que tiene un novio — dijo por fin —. No sé quién es en realidad, pero podemos averiguarlo.

La puerta se abrió y el hacendado Wilhelmsen bajó la escalera. Sonrió a las muchachas.

— Bueno —dijo alegre—. ¿Estáis jugando a Sherlock Holmes? Debéis tener cuidado de no estorbar el trabajo de la policía.

Los dos agentes salían de la casa en aquel momento y fueron en dirección a los graneros.

— Sólo quería deciros — continuó el dueño de la casa sonriendo — que os estoy muy agradecido por vuestro intento de evitarme el disgusto; pero no os preocupéis, no me doy por vencido; he tenido tantos últimamente que un disgusto más no me importa. Pero gracias de todos modos.

El señor Wilhelmsen dio media vuelta y subió de nuevo la escalera. Puck y Bente intercambiaron una mirada.

— Es un hombre de primera — dijo Puck, cuando la puerta se hubo cerrado tras el hacendado.

Wilhelmsen cruzó las habitaciones. A pesar de lo que acababa de decir a las dos chicas, estaba muy preocupado por aquel robo; pero no quería demostrarlo. No quería que sus amigos de la orquesta se dieran cuenta de sus problemas y de sus tristes pensamientos. Abrió la puerta de la sala donde los músicos estaban buscando sus puestos de nuevo. Afinaron sus instrumentos y Wilhelmsen dijo, alegre:

—Bueno, vamos a continuar. Siento mucho haber tardado tanto. Tenía un par de asuntos que atender. ¿Qué tocamos ahora?

— ¡Qué gente más extraña! — dijo uno de los agentes que estaba examinando los alrededores de la casa—. Encuentran su caja de caudales vacía y, un momento después, se ponen a tocar. —Las

personas somos bien distintas. Si me hubiera ocurrido a mí algo así, creo que hubiera tenido un ataque. Pero quizá a él lo que le sobra es dinero.

— No lo creo — contestó su colega —. En realidad, este hombre estaba bastante disgustado. Espero que podamos ayudarle. ¿Tiene alguna idea?

— Ninguna que no sea lo de siempre. Examinaremos todo sistemáticamente. Los robos son muy aburridos. Ni siquiera tenemos un pista. Sin embargo, creo que debemos interrogar a las chicas de servicio y a los hombres de la granja. También debemos vigilar a las personas sospechosas.

A Puck y Bente no les parecía bien andar detrás de los dos agentes, aunque ganas no les faltaban. Había algo emocionante en el trabajo de la policía y, en aquel caso, algo especialmente fascinante, porque se trataba del dinero del padre de Bente.

— Quizá podamos ayudar un poco a la policía —opinó Puck—. Podemos examinar los alrededores para ver si encontramos alguna pista. Ocho ojos ven más que cuatro.

— ¡Estoy de acuerdo contigo! — dijo Bente, entusiasmada—. Ojalá logremos capturar al ladrón. Espero que tenga el castigo que merece.

— Lo más importante, según mi opinión, es que tu padre recupere su dinero — dijo Puck —. Vamos. Quizá, deberíamos separarnos: ve tú hacia la izquierda y yo iré por la derecha; después nos encontraremos para cambiar impresiones. Se trata de mantener los ojos bien abiertos.

— Si supiera qué buscar... —murmuró Bente—. Todo me parece tan confuso... No tenemos ninguna pista. Si por lo menos el ladrón hubiera sido cojo o algo por el estilo o se tratara de buscar huellas en la tierra, o si hubiera perdido algo de lo robado y...

— Espera un momento. ¿Qué es eso?

Habían salido del patio y seguían un pequeño sendero que llevaba al campo. Lo que había llamado la atención de Puck resultó ser un papelito, caído entre la hierba. Bente se inclinó y lo recogió. Había algo escrito en él, pero no logró descifrarlo. Sólo se veía parte de una palabra y el papel era el tamaño de un sello de correos. Bente estaba a punto de tirarlo cuando Puck dijo:

— No; espera. Quizá haya más papelitos como éste por los

alrededores. Alguien debe haber roto una carta recientemente.

— ¿Por qué recientemente? —preguntó Bente asombrada.

— ¿No ves que el papel lleva poco al aire libre? — empezó Puck —. Si hubiera estado aquí durante la pasada noche, el rocío hubiera estropeado la escritura.

— ¿No está escrita con bolígrafo?

— No, con tinta. Mira, allí hay otro trozo igual. Y allí otro, y otro. Vamos a recogerlos, a ver si logramos unirlos de nuevo y saber lo que pone.

— ¿Qué tiene esto que ver con el robo? —preguntó Bente protestando.

Pero Puck no se dejó interrumpir.

— Es igual —dijo testaruda—; vamos a intentarlo. No pasará nada si nos equivocamos.



«Lo malo —se dijo el naviero F. B. Nielsen—, es que no conozco lo suficiente a esos jóvenes Wilhelmsen. Son gente simpática, sin duda, pero no se parecen en nada a la generación de sus padres, por ejemplo.»

Y eso era en realidad lo que más le molestaba.

«Bueno, hay que dar una oportunidad a la gente —continuó diciéndose—, aunque sea como los Wilhelmsen. Pero si voy a invertir dinero debo tener alguna razón para hacerlo, y si el joven Wilhelmsen es incapaz de trabajar su granja, lo justo es que la deje... Por otro lado, si el hijo de mi amigo ha tenido mala suerte en un negocio, y todos tenemos derecho a equivocarnos, no por ello debe perder su hermosa finca. Pero yo, F.B. Nielsen, voy a

enterarme bien de todo.

Iba conduciendo su gran coche negro en dirección a Roarsborg. Había decidido llegar por sorpresa, para evitar que tuvieran tiempo de preparar algo. Quería llegar como un inspector; ver cómo llevaba la granja en un día laboral y, si lo que viera le satisfacía, en ese caso él no tendría inconveniente en firmar un cheque. El problema no era el dinero.

Al acercarse a la granja se sentía cada vez más satisfecho de su decisión. El día había empezado tan mal que necesitaba un poco de armonía. Después de haber fracasado en su cita con Cari Ake Berg, quizá su visita a Roarsborg tendría un desenlace feliz. Así no habría perdido el día.

Cuando pudo ver los árboles que rodeaban la granja, se dio cuenta de que los campos estaban bien cuidados. No se veían máquinas ni herramientas abandonadas, como muchas veces se ven en granjas en las que el dueño es un descuidado y donde no se trabajaba sistemáticamente. Al llegar a un bosquecillo, a poca distancia de la entrada de Roarsborg, se le ocurrió una idea. Condujo el coche a un pequeño sendero y paró el motor.

F. B. Nielsen se quedó un rato contemplando el hermoso paisaje, luego empezó a caminar hacia los edificios. Disfrutaba respirando a pleno pulmón.

Hacía mucho tiempo que F. B. no había estado en el campo y, mientras caminaba por el sendero, se dio cuenta de que algo en su interior estaba empezando a protestar contra la vida de la ciudad. Debía de ser estupendo regresar del trabajo en la oficina y poder dar un paseo por el campo, pisar la tierra, notar el aire en la cara y contemplar los bellos colores del paisaje.

Movió la cabeza. No quería ponerse sentimental. Lo que le había llevado allí era su visita a la casa del joven Wilhelmsen. Aún no sabía muy bien cómo iba a hacer su entrada en Roarsborg.

Naturalmente, podía cruzar el patio y llamar a la puerta; pero, por otra parte, tenía ganar de dar antes una vuelta por los edificios para ver si todo estaba en orden, y tener una impresión de cómo el joven granjero llevaba su hacienda.

F. B. quedó muy contento con lo que vio, había un ambiente muy agradable. Todo estaba en orden y limpio, aunque nadie sospechaba su visita. Así que aquello no podía estar preparado.

— ¿Qué hace usted aquí? —le increpó un joven.

F. B. no estaba acostumbrado a ser tratado así. Miró de arriba a abajo a aquel desconocido, que no tenía aspecto de campesino y contestó con dignidad ofendida:

— No sé quién es usted. Tampoco sé si tiene más derecho que yo para andar por aquí. Mi nombre es F. B. Nielsen. Y usted ¿quién es?

El anciano echó a su interlocutor una de aquellas miradas que podían acabar con cualquier forma de atrevimiento; sin embargo, el joven no parecía impresionado.

— ¿Puede usted justificar su presencia aquí? —preguntó con brusquedad el interpelado.

F. B. se sonrojó y contestó:

— ¿Y usted?

El joven metió la mano en el bolsillo y sacó algo brillante.

— Policía —dijo.

— ¡Vaya! —exclamó F. B. mirándole con asombro—. Y ¿qué hace la policía aquí, si me permite preguntar?

— No más preguntas —le interrumpió el joven—. Usted límitese a contestar a las mías. Estamos buscando a un ladrón y todos están bajo sospecha... ¿Qué hace usted aquí, señor Nielsen?

El viejo naviero se calló. ¿Cómo podía explicar su presencia? Estaba en una situación muy desagradable.

— Soy... soy un amigo de la familia —dijo al fin—. He venido de visita..., sin anunciarme. Puede usted acompañarme hasta el edificio principal. El hacendado le dirá quién soy yo.

— Muy bien —dijo el agente—. Si usted puede explicar mi presencia aquí, no pasará nada; pero comprenderá usted, señor Nielsen, que debemos tener mucho cuidado. «Ha habido un robo en el despacho de la hacienda y se han llevado una gran cantidad de dinero.»

— ¿Una gran cantidad de dinero? —aquél era un tema que F. B. comprendía—. ¿De cuánto dinero se trata?

— No se lo puedo decir. ¿Tiene inconveniente en enseñarme su billetero?

Era la primera vez en la larga vida de F. B. Nielsen que alguien se atrevía a pedirle que enseñara su billetero. Llevaba mucho dinero en él. No le gustaba ir por el mundo sin dinero. En este aspecto tenía bastante en común con un tratante de caballos.

— ¡Ya lo creo que tengo inconveniente! —chilló fuera de sí—. ¡No tengo por qué enseñarle a usted mi cartera! ¡Y ahora haga el favor de apartarse! No dispongo de más tiempo para charlar con usted. Si le interesa saber quién soy yo y lo que hago aquí, me puede acompañar hasta el edificio principal. ¡Ya está bien!

Su voz sonaba furiosa, y su aire autoritario logró impresionar por fin al joven agente.

— Bueno, bueno —dijo el policía—. No lo tome usted a mal. Comprenderá que debemos hacer cuanto podamos para resolver el robo. No puede usted reprochármelo.

— No, pero de todos modos pienso hablar con su superior —dijo F. B. con dignidad, y continuó su camino.

Dobló la otra esquina y se sintió aliviado al ver que el agente no le seguía. Iría a saludar a Wilhelmsen en seguida para empezar a hablar de negocios.

Pero, en el momento en que entraba en el patio, la puerta principal se abrió y un tipo muy extraño bajó corriendo la escalera. Cuando llegó a donde estaba el naviero, se detuvo y, mirándole fijamente, le preguntó de sopetón:

— ¿Quién diablos es usted? ¿También toca el trombón?

— ¿Qué si toco el trombón, ha dicho?

El vaso estaba a punto de colmarse. ¿Era aquello un manicomio?

— ¡En mi vida me han acusado de tocar ningún instrumento! ¿Quién es usted?

— Vaya, vaya —dijo el extraño tipo soltando una carcajada—. La gente no tiene cultura. ¿No sabe usted que yo soy Miguel Zoot? Quizá el pintor más grande del Norte de Europa. Dudo que usted sepa algo sobre pintura abstracta.

— Puede usted estar seguro; ¡la encuentro horrible! —estalló F. B. Nielsen—. ¿Quiere hacer el favor de explicarme su presencia aquí? No querrá hacerme creer que vive en esta casa, ¿eh?

— Claro que vivo aquí —respondió Miguel Zoot—. Ésta es mi casa, como tantas otras casas que tengo por ahí. Todo el mundo es mi casa. ¿Lo comprende usted?

F. B. Nielsen empezaba a comprender que Roarsborg no era una granja normal y corriente, cuando oyó el sonido de una fogosa marcha musical y las puertas fueron abiertas de par en par para dar paso a una orquesta que bajaba las escaleras tocando a pleno

pulmón.

El viejo naviero contemplaba a los músicos con la boca abierta. Entonces vio a Wilhelmsen, que en aquel mismo instante le vio también a él.

Para ambos fue como si todo se hubiese paralizado. Se quedaron de piedra.

* * *

— ¡Aquí hay otro trocito de papel! —gritó Bente—. ¿Cuántos tenemos ya?

Puck llegaba corriendo por el campo. Las muchachas se sentaron en la hierba y empezaron a contar.

— Ahora tenemos catorce en total. ¿Crees que habrá más?

— Tiene que haber más —dijo Puck pensativa—. Es difícil romper una carta en catorce pedazos. Siempre serán dos, cuatro, ocho, dieciséis, etcétera.

— Tienes razón —opinó Bente—. Busquemos otro ratito y, si no encontramos más, nos ocuparemos de juntar este rompecabezas para ver lo que pone.



Buscaron por los alrededores, pero el viento debía haberse llevado los trozos que faltaban, porque no encontraron más; así que las muchachas volvieron a la granja. Oían voces y música procedentes del patio, y Bente propuso, en vez de ir al edificio principal, buscar un lugar cerca del granero. Allí había un par de cajones que servirían de mesas. Estarían tranquilas en aquel lugar.

Trabajaron cuidadosamente. Los trocitos de papel eran casi

cuadrados y no era fácil encontrar su lugar correspondiente; pero, por fin, Puck suspiró aliviada mientras contemplaba el resultado de su labor.



—No está mal — dijo —. «Querido Asbjorn», pone al principio. ¡Vaya suerte que el tipo ese se llame Asbjorn! Es un nombre muy raro y no será difícil encontrarle.

Bente opinaba lo mismo y se limitó a demostrarlo con un simple gesto de cabeza.

— Abajo pone Ull, así que podemos dar por seguro que la carta proviene de Ulla. ¿Conoces la letra de la sirvienta?

— Ni siquiera sé si sabe escribir — sonrió Bente —. Ulla, desde luego, no fue el descubridor de la pólvora; pero si resulta que nuestra Ulla escribió esta carta, ella también sabrá quién es Asbjorn. Y si ese tipo ha tirado la carta durante el día de hoy, quizá sepa algo respecto al robo. ¿Tengo razón?

— Sin duda, pero vamos a ver lo que pone. Tenemos catorce trozos de papel, y parece que los hemos unido correctamente. En tal caso, faltan unos veinticuatro papelitos escritos y algunos en blanco. Vamos a ver.

Querido Asbjorn: Te escribo pa

porque termina otros

Si tu no

en serio

dios. Ya estoy har Ull

Puck y Bente contemplaron la reconstruida carta en silencio. Por fin, Puck dijo:

— En realidad, es muy simple. Ella escribe: Querido Asbjorn: Te escribo para decirte... Entonces viene algo antes de la palabra «porque»... No sé lo quiere decir con eso, pero nos lleva a la palabra «termina.» Faltan trozos en esta parte y después viene la palabra «otros» en la misma línea; seguramente significa «todo ha terminado entre nosotros».

— Y la razón que da ella para terminar es bastante clara

— continuó Bente—. «Si no te has decidido a trabajar...» ¿No crees que es lo que ha querido decir? En fin, parece que el buen Asbjorn es bastante vago y que Ulla ha perdido la paciencia.

— Sí, así tiene que ser —dijo Puck ansiosa—. Y al final debía de poner «Adiós, ya estoy harta». Eso es todo. Pero debemos buscar un poco de cola para pegar los trozos. No podemos dejarlos así.

— Voy a buscarla —dijo Bente—. Creo haber visto un tubo de pegamento en el cajón de la mesa del despacho. Pero, mientras tanto, tengo una idea.

Miró en el interior de uno de los cajones y sacó un cristal, que colocó encima de la carta para que no volaran los papelitos.

— Eres genial — dijo Puck —. Ahora están seguros hasta nuestro regreso. Ven, vamos a hablar con Ulla.

Encontraron a la sirvienta en la cocina. Estaba limpiando un cubo cuando las muchachas entraron.

— ¿Estás muy ocupada, Ulla? —preguntó Bente—. Queríamos hablar contigo.

La criada las miró asombrada:

— ¿Sobre qué? —preguntó—. ¿Qué pasa ahora?

— No es fácil hablar de ello aquí, Ulla — contestó Bente —. ¿Podemos entrar en tu habitación?

Ulla miró por encima de su hombro: la señorita Thomsen parecía muy ocupada junto a la cocina. Luego dijo:

— ¿Qué tontería es ésta?

— No es ninguna tontería — dijo Bente con voz solemne —. Puedes estar tranquila.

La chica dejó el cubo.

— Bueno — dijo contrariada —, pero no tengo más que un par de minutos. Si la señorita Thomsen se da cuenta de que dejo mi trabajo, entonces...

Se fueron por un pasillo y entraron en la habitación de Ulla. Esta cerró la puerta y se volvió hacia las dos muchachas.

— Bueno, ¿qué pasa?

Bente carraspeó un poco y preguntó;

— Dinos una cosa, Ulla. ¿Quién es Asbjörn?

Ulla se sobresaltó.

— No... No lo sé... Quiero decir, que eso no os importa a

vosotras.

— Dínoslo — dijo Bente persuasiva —. Te lo estoy preguntando para ayudarte, Ulla.

— ¿Qué quieres decir con eso? — se defendió la chica —. Yo no he hecho nada malo, y mis amistades son asunto mío y no tuyo.

— Claro que es asunto suyo..., en cierta forma —dijo Puck —. Se lo preguntamos por una razón importante. ¿Quiere decirnos quién es Asbjorn?

— Ya no tengo nada que ver con Asbjorn —dijo Ulla—. Hemos terminado. No quiero ser la novia de un hombre que no quiere trabajar. Me dijo que nos casaríamos, pero ¿cómo vamos a casarnos si él no tiene dónde caerse muerto? No hace más que fumar pitillo tras pitillo durante todo el día, y yo no quiero aguantarlo. He terminado con él... Pero, ¿de qué conocéis vosotras a Asbjorn?

— Encontramos una carta o, mejor dicho, los restos de una. Sabemos que has terminado con él, Ulla, pero hemos venido a preguntarte si Asbjorn puede estar complicado en el robo.

— ¿En el robo? — exclamó Ulla.

Se sentó en el borde de su cama y rompió a llorar. Puck puso mano en el hombro de la joven.

— No llore usted, Ulla — dijo, amable —. Usted no tiene ninguna culpa. Nadie quiere hacerle daño; pero si pudiéramos averiguar dónde fue a parar el dinero del señor Wilhelmsen, quizá lograríamos persuadir a Asbjorn de que lo devolviese, para evitar ir a la cárcel... En caso de estar relacionado con el robo, claro.

Ulla seguía llorando. Por fin miró a Puck con los ojos llenos de lágrimas y dijo:

— No es malo; pero, puede ser... .Quiero decir que yo también había sospechado de él.



—¿Ha estado aquí hoy? —preguntó Bente.

Ulla asintió con la cabeza.

— Sí — contestó —. Ayer le mandé la carta y hoy ha venido. Sólo le vi un momento. Se marchó rápidamente. Estaba muy enfadado y disgustado. Si quieres saber la verdad, yo le quiero mucho. Es tan simpático... Sólo que no le gusta trabajar. Además, sus amigos son unos auténticos golfos... Y, ¿qué puedo hacer yo?

Puck y Bente se miraron. Sí; ¿qué iba a hacer? Todo era muy complicado. Por fin Puck dijo:

— ¿No podíamos ir las tres a ver a Asbjorn? Si le decimos que la policía le busca, quizá entrará en razón..., si de veras tiene algo que ver con el robo, claro. ¿Tú crees que tiene algo que ver, Ulla?

Ulla negó con la cabeza, en un gesto cansado, pero no dijo nada.

— ¿Estás segura, Ulla? —preguntó Bente ansiosa.

— No — sollozó —. Sólo lo creo. No estoy segura.

* * *

La orquesta seguía dando vueltas alrededor de la encina del patio. Todos estaban de un humor excelente y la música sonaba alegre.

Pero Wilhelmsen se había quedado inmóvil con su violín en la mano. Miraba a los ojos de F. B. y sentía como si la tierra se moviese bajo sus pies.

Aquella situación le parecía absurda y sin esperanza. El mismo con su violín, la orquesta que daba vueltas alrededor de la encina, el loco pintor con su pelo, su barba y su camisa a cuadros.

Y allí, ¡Santo Cielo!, allí estaba su posible salvador, el pedante más pedante que había existido sobre la faz de la tierra, el hombre más ordenado del mundo, el lejano, el temido F. B. Nielsen,

¿Cómo había llegado hasta allí sin que ellos ni siquiera lo sospecharan?

F. B. estaba también como clavado al suelo. Wilhelmsen intentó abrirse camino entre sus amigos, los músicos, y se acercó a él.

— ¡Bien venido! —dijo con gesto perplejo.

— ¡Gracias! —contestó F. B. con ira mal contenida—. Hay que admitir que me recibes con música y todo.

— Sí —dijo Wilhelmsen en un intento de parecer alegre—. ¿Verdad qué es divertido? La orquesta ha venido hoy porque yo... Quiero decir... ¡Ejem!...

— No veo nada divertido en ello —dijo F. B.—. Sabes muy bien que no me gusta la música. Me gusta el orden, sobre todo, y siempre tuve la idea de que en una granja se ordeñaban vacas y se cosechaba trigo. Pero no sabía que estos trabajos se hacían al son de una orquesta.

No se trataba de ningún chiste: F. B. estaba furioso.

— Vengo a enterarme de cómo te van las cosas —dijo entre dientes, al mismo tiempo que hacía un violento gesto en dirección a la orquesta—. Diles que dejen de tocar. Este ruido infernal me ataca los nervios.

— No me gustaría hacerlo, F. B. —dijo Wilhelmsen—. Esta gente son mis amigos. Han venido para darme una alegría.

Pasada la primera sorpresa, el joven hacendado estaba sereno y seguro de sí. Sus amigos habían ido a su casa para celebrar su aniversario y nadie, ni siquiera F. B., tenía derecho a desairarlos. Aunque le había pedido ayuda al naviero, éste no tenía derecho a decidir lo que se debía hacer en Roarsborg durante el tiempo libre.

— Voy a explicártelo, tío —dijo Wilhelmsen tranquilo—. Hoy hace exactamente veinticinco años que empecé a tocar con la orquesta y mis compañeros han querido celebrarlo. Por esa razón están tocando. Si hubieras avisado de antemano que ibas a venir, te hubiera dicho que venía la orquesta. Es muy sencillo. Si yo fuera a tu despacho y te encontrara en una reunión de armadores, dirías que eso era lo más natural del mundo, ¿no?

— ¿Me estás echando de tu casa? —preguntó F. B.—. Tenía la

idea de que necesitabas mi ayuda, o ¿quizá estoy equivocado?

— No, no estás equivocado — dijo Wilhelmsen amable —. Necesito tu ayuda, y mucho. ¿Por qué no pasas dentro? Tengo muchas ganas de hablar contigo. Estoy muy contento de que hayas venido a vernos. Si tienes ganas de darte una vuelta para ver la granja, puedes hacerlo.

— Gracias; ya di la vuelta —dijo F. B. arrepintiéndose en el acto. No quedaba bien decir que había ido a husmear, y añadió—: Tengo que admitir que todo está muy bien, lo único que no me gusta es que aquí a uno le acose continuamente gentuza extraña.

— ¡No me digas! —exclamó Wilhelmsen atónito—. Hay un par de agentes de policía hoy, porque me han robado; y tenemos la visita de Miguel Zoot, el famoso pintor. ¿Hablas de él?

F. B. miró de reojo al pintor, que estaba intentando dirigir la orquesta con violentos movimientos de brazos. Entonces hizo un esfuerzo y dijo entre dientes:

— Me voy adentro. Espero que las ventanas se puedan cerrar para no tener que escuchar ese ruido. ¿Dónde está tu mujer?

Como contestación a su pregunta, la puerta principal se abrió y apareció la señora Wilhelmsen. Había comprendido la situación y también que su ayuda era necesaria. Bajó corriendo las escaleras, se acercó con una amplia sonrisa y acto seguido, se llevó al anciano consigo hasta la casa. Wilhelmsen suspiró aliviado. ¡Vaya situación!

— ¡Gracias por la pieza! — gritó a la orquesta, que había terminado —. Sería una buena idea descansar un poco.

No tenía ninguna esperanza de que su propuesta fuera aceptada, y así fue.

— Ni hablar de ello — dijo el herrero Hammer —. Vamos adentro y seguiremos tocando. ¿Crees que hemos venido aquí para pasar el rato. Puedes ofrecernos una cerveza, si quieres, pero ahora vamos a empezar el concierto de verdad. Hasta ahora sólo ha sido un ensayo.

Wilhelmsen se dio cuenta de que no podía hacer nada.

— Por lo menos me dejaréis elegir lo que vamos a tocar, ¿verdad? Ahora me gustaría oír algo suave.

— Está bien — dijo el estanquero —. A trabajar se ha dicho.

* * *

Por fortuna, la habitación de huéspedes más grande estaba en

orden. La señora Wilhelmsen abrió la puerta de la hermosa cámara y dijo sonriente:

— Entra, F. B, No esperábamos que vinieses hoy, pero nos alegra mucho que lo hayas hecho. ¿Quieres descansar un poco después del viaje?

Su tranquilidad y amables maneras amansaban al viejo armador. Siempre le había gustado la señora Wilhelmsen. Era una muchacha inteligente, amable y franca.

— No soy ningún anciano — gruñó —, pero quizá sea una buena idea. Mi maleta está en el coche. Tenía ganas de dar un pequeño paseo. ¿Comprendes...?

— Si me das la llave, traeremos el coche mientras descansas.

A F. B. no le gustó la proposición:

— No, ya iré a buscarlo yo mismo más tarde. Sólo pienso descansar un ratito.

— En ese caso voy a traerte un pijama. ¿Cuándo quieres que te despertemos? ¿Dentro de una hora te va bien?

— No pienso dormir —dijo F. B.—. Sólo voy a cerrar los ojos un poco y descansar. Es muy agradable estar aquí sólo... después de toda esa música.

— Sí — dijo la señora Wilhelmsen inalterable —. ¿Verdad que tocan bien?

El anciano no contestó y ella se fue en busca del pijama. F. B. se sentó en una silla y contempló el jardín. Todo estaba muy ordenado, tuvo que admitirlo; pero, a pesar de ello, todo aquel ruido..., aquel pintor loco..., todos aquellos instrumentos. Había algo extraño en la gente que se dedicaba al Arte. Debía ser muy cauteloso.



De repente se sorprendió a sí mismo escuchando casi complacido las notas que llegaban hasta él desde la sala: suaves

notas de violín. Era una melodía desconocida para él o quizá la había oído hacía muchos, muchos años.

«Suenan muy bien» se dijo F. B.

Estaba sentado en la silla con los ojos cerrados y sonreía. Y su sonrisa era melancólica.

Poco después se había quedado dormido, aunque se despertó sobresaltado segundos después.

Bajo su ventana alguien estaba intentando ensayar con una trompeta. Un trompetazo le sacó brutalmente del mundo de los sueños. Acto seguido, F. B. abrió furioso la ventana.

— ¿Qué ruido es éste? —rugió.

El pintor Miguel Zoot estaba con la trompeta en las manos. Devolvió con dignidad la iracunda mirada del naviero.

— ¿Sabe usted, mi querido señor —dijo—, que a interrumpido a un artista en plena inspiración? Es muy peligroso.

— ¡Al diab...!

— Tranquilícese. Nada de tacos. Nunca han servido para nada bueno. En cambio, la buena música...

— ¡Si usted llama buena música a eso, entonces..., entonces...!

F. B. gesticulaba violentamente con los brazos y señaló después la trompeta con un gesto acusador. Miguel Zoot se encogió de hombros.

— Admito —dijo—, que ésta es la primera vez que la toco; pero, para ser tan nuevo en el oficio, no lo hago del todo mal. Esa gente que toca allí dentro me ataca los nervios. Su búsqueda de la belleza me fastidia. Yo soy un pintor abstracto, pero olvidé que usted no entiende de eso. Váyase a dormir. Yo buscaré un lugar solitario donde nadie me moleste con sus impertinencias. Adiós.

Dio media vuelta y se marchó por el patio. F. B. se le quedó mirando asombrado y luego movió la cabeza. Cerró la ventana y se echó en la cama. Entonces la música ya no le parecía tan hermosa como antes. Estaba muy irritado. ¡Qué rabia no lograr dormir en paz!

Cerró los ojos en un intento desesperado por conciliar el sueño; pero tampoco duró mucho la tranquilidad. La puerta se abrió y pudo oír dos voces casi infantiles.

Se quedó muy quieto en la cama con la sensación de que estaba escuchando algo que no le concernía. ¿Qué buscaban aquellas

chicas allí? Seguramente los adultos habían olvidado decirles que un hombre estaba descansando en aquella habitación.

— Aquí podemos estar tranquilas — dijo Bente —. La casa está tan llena de huéspedes que no queda ningún lugar donde charlar de nuestros asuntos.

— Podíamos haber ido a tu habitación —propuso Puck.

— Sí; pero tenemos que hablar de todo esto. ¿Qué vamos a hacer con Ulla? ¿Y cómo convenceremos a ese Asbjorn? Estoy segura de que ha sido él quien robo el dinero a papá. Podíamos contárselo a la policía; pero, por otro lado, lo sentiría por Ulla.

— Tienes razón —dijo Puck decidida—. Si logramos recuperar el dinero, me da igual que la policía le detenga o no. Sería maravilloso si pudiéramos ir a casa de Asbjorn, hablarle claro y hacerle entender que lo que está haciendo es peligrosísimo. Naturalmente, le diríamos que la policía sería informada si él se niega a cooperar. En esa forma creo que se decidirá a devolver el dinero en seguida, pero...

— Pero ¿qué? —preguntó Bente.

— Lo malo es que puede ser peligroso ir a su casa —dijo —. Si hubiera algún adulto que nos acompañara... Con Ulla no podemos contar; no hace más que llorar. La pobre está fuera de sí. No sé si sería mejor avisar a la policía.

—Preferiría evitarlo —dijo Bente—. Sería más emocionante si lográsemos devolver el dinero nosotras. Ulla nos dijo dónde estaba la casa de Asbjorn. No está lejos de aquí.

— Pero no vamos a ir solas — dijo Puck, cautelosa —. No debemos correr ese riesgo. Si se asusta y está desesperado, no sabemos lo que puede hacer. Esa clase de gente es peligrosa. No hace mucho que hube de enfrentarme con uno de ellos. Vamos a tu cuarto a planear la operación.

La puerta se cerró. F. B. se quedó quieto en la cama, pensativo. ¡Qué conversación tan rara! Por la voz había reconocido a Bente. La otra debía de ser una amiga suya. Había hablado con sensatez. Bueno, trataría de dormir. La conversación de las chicas le había puesto de buen humor, y con el buen humor llegó el sueño.

Pero tampoco entonces logró dormir mucho rato. A lo lejos oyó acercarse un coche. Al principio no le molestó; pero el ruido del motor crecía, hasta hacerse molesto. Debía tratarse de uno de esos

coches descapotables modernos. Fuera quien fuese su conductor debía de estar chiflado.

F. B. oyó que el coche entraba en el patio. Cuando frenó ante la puerta principal, el conductor aún pisó el gas y el motor hizo tanto ruido que parecía un avión.

Por fin cesó el estrépito; pero después las portezuelas fueron abiertas y cerradas de golpe y oyó unas voces que hablaban en sueco. Una señora de voz desagradable y penetrante decía algo que F. B. no logró entender, pero fue dicho en tono tan alto como para hacerle desaparecer la sensación de bienestar en la cual se encontraba poco antes.

Oyó como se abría la puerta principal y los Wilhelmsen salieron a recibir a los recién llegados.

Subieron y bajaron las escaleras, sacaron maletas y dieron nuevos portazos. F. B. se sentó en la cama furioso y se dijo a sí mismo que no lograría dormir en aquella casa de locos. Decidió vestirse. Miró en el espejo si su corbata estaba recta y salió de la habitación para dar a entender a los nuevos huéspedes quién era él.

Estaban en la sala de estar. El armador tuvo que admitir, contra su voluntad, que la señora era muy bonita.

«Pero —añadió para consolarse de aquel descubrimiento—, demasiado elegante.»

No le gustaban las damas demasiado elegantes. Sólo sabían gastar dinero. No pensaban en otra cosa que en vestidos peluquerías, joyas y esas cosas. El hombre parecía más normal. Era un sueco típico. Se levantó cortésmente al entrar F. B. en la sala.

Wilhelmsen estaba muy nervioso. Se veía a la legua. Hizo una rápida presentación, pero hablaba tan bajo que F. B. no entendió lo que dijo. Por ello se quedó sin saber quiénes eran los recién llegados, aunque tampoco le importaba demasiado. Le molestaban. Hubiera deseado que su visita fuera breve, pero recordó que había traído maletas.

— ¿Quieres creer, F. B., que han sido seguidos por los periodistas desde que salieron de Estocolmo? De momento han logrado deshacerse de ellos. Por eso tuvieron la idea de venir a pasar la noche con nosotros. Es absurdo que a uno no lo dejen en paz.

— Estoy de acuerdo contigo — dijo F. B. mirando a los dos

huéspedes con fastidio. Y añadió—. Voy a volver a mi habitación. No he logrado descansar, aunque me he esforzado mucho. Pasan demasiadas cosas aquí, en Roarsborg, si me permites la franqueza.

Ya había llegado a la puerta cuando la señora Wilhelmsen carraspeó nerviosa y dijo:

— F. B., hay algo que quiero tratar contigo...

— ¿No puedes esperar hasta más tarde?

Pero la señora Wilhelmsen parecía tan apesadumbrada que decidió ser amable.

— Nuestros visitantes suecos... Quiero decir... Te di la habitación grande, ¿verdad?

— Sí, muchas gracias, estoy muy contento —dijo F. B. adivinando que le querían sacar de su habitación, y añadió —: No es un dormitorio tranquilo que digamos, pero te doy las gracias. Estoy muy contento en él. He decidido quedarme, naturalmente.

— Pero resulta que es la única habitación doble para invitados que tenemos — dijo la señora Wilhelmsen —. Y estos señores son recién casados.

F. B. miró a la señora Wilhelmsen con cara severa:

— Mientras mi mujer, que en paz descanse, vivía, siempre tuvimos dos habitaciones — informó —. Nuestro matrimonio no sufrió por ello.

— ¡Qué impertinencia! — dijo la señora sueca, y su voz sonaba alta y penetrante—. No estoy acostumbrada a ser tratada así. Déjenos la habitación de inmediato.

— ¡Ni lo sueñe! — contestó F. B. —. No sé quién se ha creído usted que es. Yo soy un anciano, y tampoco estoy acostumbrado a ser tratado así.

— Estoy segura de que no sabe usted con quién está hablando — dijo la dama con arrogancia.

Su marido se levantó y le apoyó la mano en el brazo para tranquilizarla.

— No ha pasado nada. Tenemos que pensar que somos...

Pero ella se liberó y cruzó la sala hacia F. B., quien hubiera querido dar un paso atrás. Presentía que iba a enfrentarse con una fuerza superior. Pero no quiso que nadie se diera cuenta de su miedo y se quedó donde estaba.

«Se porta —se dijo F. B.— como si estuviera actuando. Con

demasiado dramatismo.»



La puerta se abrió y Puck y Bente entraron. Se quedaron asustadas contemplando a los dos contrincantes. La sueca, cara a cara con el naviero, sonrió con desdén.

— Es usted muy poco caballero — dijo —. No estoy acostumbrada a contentarme con algo que no sea lo mejor.

F. B. le devolvió su mirada furiosa y dijo:

— No tengo ni idea de quién es usted, pero...

Él mismo comprendió en seguida que había empezado mal su defensa y no se sorprendió a ser interrumpido.

— ¡Oh, cielos! —dijo—. Sabemos quiénes somos, pero no quienes seremos.

Lo dijo con una entonación teatralmente muy hermosa; pero, a pesar de ello, aquellas palabras le sorprendieron. Por alguna razón, le parecían conocidas. Estaba confuso.

El hombre que acompañaba la sueca intentó intervenir.

— Runa, por favor, sé razonable.

Pero ella no le hizo el menor caso y siguió hablando. Puck la miró fijamente. No podía creer a sus ojos.

— Dice usted cosas absurdas —murmuró F. B. entre dientes—. No sé dónde las aprendió, pero no tienen nada que ver con nuestra discusión. Tiene usted que perdonarme, pero si no habla mejor, creeré que es usted una actriz —dijo con desprecio para terminar.

Después de eso dio media vuelta y salió dando un portazo.

— ¡Impertinente! —gritó la dama.

La señora Wilhelmsen pidió a las chiquillas que abandonasen la habitación. Al salir, Bente musitó:

— ¿No es...?

— Apresuraos —dijo la madre—. Ya os llamare después.

Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, Puck dijo sin

aliento:

— Apuesto diez lenguados fritos a que esa señora es Runa Falk.

— ¿Runa...?

— Es la artista más famosa de Europa. Y está aquí en persona — dijo Puck —. ¿Crees que no conozco a mis artistas favoritos?

— Ya me parecía a mí... Pero en casa no conocemos a Runa Falk.

— Pero, ¿quién era el hombre? —preguntó Puck ansiosa.

— No lo sé — dijo Bente moviendo la cabeza —. No le he visto en mi vida. Debe de ser uno de los socios suecos de papá. No sé cómo se llama. ¿Estás segura de que ella es Runa Falk? Quisiera tener su autógrafo.

— No creo que sea difícil si ella logra recuperar su buen humor, antes de marcharse —sonrió Puck—. Ha sido un espectáculo verdaderamente dramático. Tenía razón aquel señor mayor. ¿Quién es?

— F. B. Nielsen, el naviero. La atmósfera está cargada.

En la sala, Runa Falk aún no se había tranquilizado. Iba y venía muy excitada. Cari Ake Berg intentó calmarla, pero todos sus intentos fueron vanos. Al fin, Wilhelmsen suspiró y dijo:

— Ya arreglaremos un par de bonitas habitaciones para vosotros, y si no os gustan podemos llevaros a un hotel de Roskilde.

— No olvide que soy una estrella famosa — dijo Runa Falk con gesto orgulloso —. Ni en Hollywood se hubieran atrevido a tratarme así.

— Lo tendré en cuenta — dijo Wilhelmsen con ironía, luego añadió cordial —. Queridos amigos, sed bienvenidos. Si tenéis un poco de paciencia todo irá bien; ya lo veréis.

Pero su voz no sonaba convencida.



Runa Falk se había sentado en una butaca verde. La señora Wilhelmsen aún estaba junto a la puerta, contemplando a la bella artista. Se dijo a sí misma que no merecía la pena tomarse el incidente tan a pecho. Se veía que la estrella disfrutaba con su actuación.

Runa había cruzado las piernas y miraba ostensiblemente a través de la ventana. Desde la sala se oyó como la orquesta intentaba tocar la «Primera Sinfonía», de Beethoven. Runa hizo un gesto orgulloso y dijo:

— ¡Qué música tan horrible!

Wilhelmsen carraspeó. Tenía las cejas fruncidas y su mirada echaba chispas cuando dijo:

— Esto es demasiado.

Runa se sobresaltó. No estaba acostumbrada a ser tratada así. Cari Ake Berg dio un paso hacia su anfitrión diciendo:

— Oiga, ¿cómo se atreve?...

Pero Wilhelmsen le interrumpió:

— Le estoy hablando a usted, señora Falk, y le ruego que me preste atención. Le doy la bienvenida aquí, le ofrezco las mejores habitaciones, y la vamos a tratar como a una huésped privilegiada; pero, que quede bien claro: todos nuestros invitados tienen el mismo derecho a estar aquí. Estas personas de cuya música habla usted con tanto desdén, son todos amigos míos. Si les insulta, me insulta a mí también.

Cari Ake Berg quiso intervenir, pero parecía confuso. Por la expresión de Runa comprendió que las palabras de Wilhelmsen

habían logrado su efecto. La gran estrella trató con una sola réplica de conservar la dignidad.

— Tengo que admitir que es usted muy valiente —dijo.

— ¿Por qué no iba a serlo? —preguntó el hacendado sorprendido.

Runa Falk no tuvo más remedio que sonreír.

— ¿Amigos? —dijo tendiendo su mano hacia Wilhelmsen.

Cari Ake Berg contemplaba la escena con cara ovejuna. El gran magnate sueco había perdido el habla.

En aquel instante ocurrió algo inesperado. Se abrió la puerta violentamente y Miguel Zoot entró. Se paró ante la actriz y la contempló como si fuera un sueño.

— ¡Quiero pintarla! — dijo casi en un grito.

Wilhelmsen se apresuró a hacer la presentación, pero Zoot no le prestó atención.

—Ya lo creo —continuó—. Quiero pintarla. Es usted maravillosa.

Runa estaba visiblemente complacida. Aquello por lo menos era diferente, un auténtico cumplido.

— ¡Qué cuadro! — continuó Zoot —. Aunque no pintaría sus labios de un color verde tan fuerte...

— ¿Cómo? —preguntó Berg boquiabierto—. ¿Verde?

— ¡Cállese, sueco de pocas dotes artísticas! —chilló Miguel.

Se volvió de nuevo hacia Runa.

— Sin duda: sus labios deben ser verdes, y los ojos van a brillar en un tono rojo fuerte, el color del temperamento y la pasión. Sus orejas las pintaré azules para expresar que viene usted del país del hielo. Lo único que debemos evitar es que el retrato se parezca a usted, para así profundizar en su verdadera personalidad. Porque usted no se parece a sí misma.

— ¡Cómo que no! —exclamó Runa—. ¿Qué intenta insinuar?

— Usted no se parece a sí misma —repitió Zoot moviendo la cabeza—. Usted se parece a la artista Runa Falk que, dicho entre nosotros, es una histérica. Pero eso no viene a cuento.

Miró en derredor disfrutando del efecto de sus palabras. Runa tenía la sensación de haber encontrado un carácter más fuerte que el suyo. Allí había un hombre peor que ella misma. De todos los tipos extraños que había llegado a conocer durante su vida artística,

aquél era el peor.

— ¿Qué ha dicho usted sobre Runa Falk? —preguntó ella con una amplia sonrisa.

Miguel Zoot se inclinó y le dijo en voz baja, en tono confidencial:

— Dicen que es una histérica perdida. Chillidos y gritos, mentira y fraude. Así son las actrices, ya se sabe. Usted es distinta.

—Yo — dijo Runa que seguía sonriendo —... Yo soy Runa Falk.

Siguió un silencio larguísimo. Miguel estaba boquiabierto. Se quedó ante la actriz con la mirada perdida en el vacío.

— ¡Diga que es mentira! — imploró al final, aunque la expresión de sus ojos delataba que sabía muy bien que la dama había dicho la verdad.

— Sí, tiene razón. Soy una histérica — dijo Runa y, apoyándose en el respaldo, empezó a reír como si no fuera a terminar nunca.

Miguel Zoot se había quedado como atontado y Cari Ake Berg le miraba perplejo. Wilhelmsen y su mujer no tenían ni idea de cómo actuar en aquella situación. Era uno de esos días en que todo sale mal. Estaban convencidos de que, en pocos segundos, Cari Ake Berg reaccionaría.

¿Qué iba a hacer? Los negocios de Suecia, que amenazaban con arruinar a la familia en Roarsborg, dependían únicamente de aquel hombre rico. Sólo la casualidad le había hecho escoger precisamente la hacienda para refugiarse. Si la visita hubiera llegado en cualquier otro momento, hubiera sido de gran ayuda para los Wilhelmsen. Pero, ¿qué pasaría después de todo aquello?

La señora Wilhelmsen pensó que lo mejor sería distraer la atención general. Iría a buscar un par de botellas de vino y algunas pastas para calmar el ambiente tenso.

Abrió la puerta y salió rápidamente. Puck y Bente la miraron.

— ¿Cómo terminará todo, mamá? —preguntó Bente.

— También a mí me gustaría saberlo —respondió su madre—. Podríais ayudarme a traer unas copas; yo voy a buscar el vino. A ver si logramos enderezar las cosas. También tengo que hablar con F. B. Por cierto, ¿dónde está?

— Salió hace un rato — informó Puck.

La señora Wilhelmsen se sobresaltó.

— ¿No se habrá marchado? —preguntó angustiada—. Si se ha

enfadado y se marcha, no sé cómo vamos a salir de todo esto.

— No puede marcharse así — opinó Puck —. No es culpa de ustedes que todo haya ido tan mal.

— No, hijita — dijo la señora Wilhelmsen, triste —. Pero la gente no piensa en ello. Si supiera dónde está...

No tuvo que esperar. La puerta se abrió y apareció F. B. Llevaba el abrigo puesto y parecía muy decidido. Cuando vio a la señora fue hacia ella.

— Te voy a decir una cosa —y su voz sonaba amable, pero decidida—. Vuelvo a la ciudad y olvidaremos lo ocurrido. Había venido aquí para ver cómo iba todo, y ahora ya lo sé.

Ella se apoyó en su brazo y dijo desolada:

— No, no sabes nada sobre la vida que llevamos aquí. Si tomas el día de hoy como ejemplo, serás injusto.

El anciano dio media vuelta:

— Quizá tengas razón — contestó breve —. Pero, a pesar de ello, creo que tenéis muchos... amigos... raros, y unos intereses tan extraños que será difícil asociarlos a la agricultura. Yo, por lo menos, lo pensaría dos veces. Podéis venir a verme un día y hablaremos de todo. Creo que sería mejor para vosotros encontrar algún trabajo en la ciudad. Por cierto... ¿Quién es ese sueco?

Pero no se quedó para escuchar la respuesta. Entró en su habitación y volvió con su maleta. La puso en el suelo y rebuscó en el bolsillo de su abrigo.

— Aquí está — murmuró y sacó las llaves del coche —. Bueno, adiós. Recuerdos...

— Pero ¿no quieres hablar con...?

F. B. movió la cabeza con gesto serio.

— No, gracias —dijo, y se notaba la ira en su voz—. Tengo suficiente. He sido asaltado por un agente de policía; he tenido que escuchar una horrible orquesta, y he sido molestado por ese pintor loco. Después viene un sueco con una rubia que se porta como si fuera la Reina de Saba, y me ha ofendido. Tú y tu marido lo habéis presenciado, incapaces de intervenir y poner las cosas en su sitio. No me habéis tratado como estoy acostumbrado. Así que me voy.

Tomó su maleta, pero en aquel instante se le cayeron las llaves del coche y, al mismo tiempo, se abrió la puerta y Miguel Zoot salió dando el brazo a Runa Falk. Estaba radiante.

— ¡Hola! Aquí tenemos al capitán en persona —exclamó—. ¿Sabe usted a quien he secuestrado?

F. B. le echó una mirada fulminante:

— No, y me importa un rábano.

— Vaya manera de hablar —gritó Zoot—. Tiene usted ante sus propias narices a la actriz más famosa de Europa. ¿Ha visto en su vida algo tan hermoso como ella? Labios verdes, ojos rojos, orejas azules y, como fondo, la bandera sueca. ¡Ah! Es verdad; usted no entiende nada de esto.

Detrás de ellos salía el señor Wilhelmsen y Cari Ake Berg. Desde la sala de ensayos se oían los tristes intentos de interpretar la «Primera Sinfonía», de Beethoven.

— Quizá no entiendo de arte abstracto —dijo F. B., furioso—, pero le aseguro que me da exactamente igual. ¡Adiós!

Dio media vuelta y se marchó. Puck se inclinó, recogió las llaves del coche y corrió para dárselas al iracundo anciano. Aún oyó decir a la señora Wilhelmsen:

— Esto fue el final.

Cuando Puck oyó aquella frase desesperada, vaciló un momento. Había querido hacerle un favor a F. B. Nielsen recogiendo sus llaves, pero cuando escuchó las palabras de la señora Wilhelmsen, tuvo la sensación de que ella poseía la clave de todo el problema, Puck tenía las llaves del coche y, sin ellas, F. B. no podía marcharse de Roarsborg. Si lograba retenerle, quizá diera aún una oportunidad a la familia Wilhelmsen.

— ¿Adonde vas? —preguntó Bente.

Puck comprendió entonces que nadie se había dado cuenta de que ella tenía las llaves de F. B. Nielsen.

— Vuelvo en seguida —dijo.

Cerró la puerta al salir y bajó corriendo las escaleras. El naviero había cruzado ya el patio. Puck le siguió.

Cuando llegó a su lado dijo:

— Me da pena que usted se marche, señor Nielsen. Ojalá se quedase para ayudar a la familia Wilhelmsen. Necesitan mucho su apoyo.

F. B. no contestó. No estaba acostumbrado a discutir con niños. Sin embargo, Puck continuó:

— Quizá usted piense que no es de mi incumbencia; pero yo

creo que sí. He oído muchas cosas durante mi estancia aquí y he visto con mis propios ojos lo que pasa. El hacendado Wilhelmsen es un hombre muy aplicado en su trabajo. ¿No se ha fijado usted en lo ordenado que está todo? Pero tiene dificultades con sus negocios en Suecia. No sé si usted lo sabe; tampoco sé si el señor Wilhelmsen quiere que se lo cuente; pero, a pesar de ello, quiero que lo sepa, ya que con la marcha de usted todo habrá acabado. ¿Sabe usted?...

F. B. Nielsen se detuvo y la contempló con severidad.

— No sé quién eres, amiguita — dijo con brusquedad —. Pero tampoco viene al caso. Te ruego que te vayas. No os necesito ni a ti ni a tus buenos consejos. No suelo recibir órdenes de los niños.

Y, furioso, dio media vuelta y continuó hacia el coche; pero Puck no se dejó intimidar.

— Puede que usted piense así — dijo con orgullo en la voz—. Aunque creo sinceramente que me necesitará. ¿Permita usted que me presente? Mi nombre es Bente Winther, pero me llaman Puck. Mi padre es uno de los ingenieros de «Danaplan», y vive en Valparaíso. Yo estudio en el pensionado de Egeborg. Allí me han enseñado a hacerme responsable de mis actos y a comprender muchas cosas que antes no lograba entender. Pero, de una cosa estoy segura: si usted se marcha de Roarsborg ahora, cometerá una gran injusticia. Ya lo sabe.

De nuevo F. B. se paró. Estaba furioso.



—¿Sabes con quién estás hablando, mal educada? —dijo.

Puck le miró a los ojos:

— Sí — dijo —. Usted es la única persona del mundo capaz de

ayudar a la familia Wilhelmsen. ¿Y sabe lo que creo? Creo que, si me escucha, les ayudará.

Habían llegado hasta el coche. F. B. colocó la maleta en el asiento trasero y se puso al volante. Cerró la puerta en las narices de Puck y empezó a buscar en sus bolsillos. Puck se quedó fuera. Casi no lograba ocultar su sonrisa. Se daba cuenta que ella dominaba la situación. F. B. rebuscaba en sus bolsillos cada vez más irritado y furioso. Al final abrió la puerta.

— Yo tenía las llaves hace un instante.

— Sí —contestó Puck—. Las vi.

— Pero no comprendo lo que ha sido de ellas.

Puck reunió todo su valor y dijo:

— Las tengo yo, señor Nielsen.

F. B. la contempló fijamente y tendió la mano.

—Dámelas —ordenó.

Puck dio un paso atrás moviendo la cabeza.

— No — dijo —. Si se las doy, usted se marchará. Y no quiero que se marche usted. ¿Me oye?

Debía de haber algo en la voz de Puck que impresionó al naviero. Aún tendía la mano para recibir sus llaves, pero al mismo tiempo se daba cuenta de que no lograría persuadir a aquella chiquilla. Además, ella tenía las piernas más ágiles que él y jamás lograría alcanzarla.

Hubo un breve silencio. Luego F. B. dijo:

— Eres muy valiente. Estoy dispuesto a escucharte. Siéntate a mi lado.

Pero Puck se quedó donde estaba.

— No, gracias — dijo con voz firme —. Prefiero quedarme aquí.

F. B. Nielsen no pudo evitar una sonrisa.

— ¿No te fías de mí? —preguntó.

— Sí — dijo Puck cortés —; pero, a pesar de ello, prefiero quedarme aquí, además —añadió sonriente—, usted no va a conducir.

— Estás muy segura, hijita — dijo F. B. Nielsen riendo —, pero quizá tengas razón.

Y F. B. escuchó los argumentos de aquella astuta chiquilla.

Cuando Puck terminó, había logrado ablandar a aquel duro hombre de negocios. También le había contado lo de Asbjorn y las

sospechas que tenían de que fuera el autor del robo.

— Hoy he vivido dos experiencias muy curiosas — dijo F. B. Nielsen —. Me he emocionado escuchando música y he tomado en cuenta el consejo de una niña. No hubiera creído nunca que esto pudiera ocurrirme a mí. Pero ahora me siento feliz por ello. ¿De dónde has sacado ese don de persuasión?

Puck aún estaba de pie ante el coche y preguntó directamente:

— Tengo razón, ¿sí o no?

El anciano meneó la cabeza.

—No lo sé —dijo—. ¿Qué me dices de las pinturas abstractas que tienen colocadas en las paredes?

— Es un pasatiempo — contestó Puck —. ¿No comprende usted eso?

F. B. tardó un poco en responder a esta pregunta. Tenía una ligera sonrisa a flor de labios. Por fin dijo:

— Yo nunca tuve un pasatiempo, pero quizá eso haya sido una equivocación por mi parte.

— Aún está usted a tiempo —opinó Puck.

La sonrisa de F. B. se hizo cordial:

— Sería muy divertido capturar a un ladrón — dijo —. Creo que ése sería un pasatiempo perfecto. Dame las llaves. Vamos a buscar a Bente. Después iremos a casa de ese Asbjorn y le sacaremos el dinero. Pero yo quiero tener el mando de la operación.

— ¿Está usted seguro? —preguntó Puck radiante.

— Claro que sí. Sube al coche.

Por fortuna, Bente estaba en su habitación, así Puck no tuvo que dar explicaciones a los adultos. En pocas palabras puso a su amiga al corriente de los acontecimientos y, poco después, salían los tres del patio en el coche del naviero.

Wilhelmsen, que había oído el ruido del motor, se acercó a la ventana.

— No lo comprendo —murmuró—. Parece el coche de F. B. Pero él se marchó hace ya un buen rato.

Dio media vuelta y se fue hacia Cari Ake Berg, que se había sentado en el sofá junto a Runa Falk.

— Bueno, por fin tendréis la habitación grande — dijo —. Siento muchísimo todo este jaleo; pero os aseguro que soy completamente inocente. Espero que, a pesar de todo, tengamos un buen fin de

semana.

— Bueno — dijo Berg —. Nosotros nos vamos mañana por la mañana.

Su voz era tan fría que Wilhelmsen se dio cuenta de que el sueco no estaba para muchas bromas.

—¿Qué prisa tenéis? Aquí por lo menos estaréis tranquilos y a salvo de los periodistas.

Apenas había pronunciado aquellas palabras cuando de nuevo se oyó el ruido de un auto en el patio. Desde la ventana vio que el coche llevaba matrícula sueca.

— Lo siento — dijo —. Creo que fui demasiado optimista en mi pronóstico.

Los recién casados se habían levantado de un salto.

— Procure que se vayan — dijo Berg —. No quiero hablar con ningún periodista. No queremos publicidad. Hemos tenido bastante problema con esquivarlos por toda Suecia hasta llegar aquí. Vaya usted y dígales que no estamos.

— Muy bien —dijo Wilhelmsen—. ¿Y qué me dice de su coche? Está estacionado ahí fuera.

— ¡Vaya por...! —exclamó el sueco—. ¿Cómo hemos podido olvidar meterlo en el garaje?

— De todos modos, voy a intentar despistarles — dijo Wilhelmsen.

Se fue tranquilo al vestíbulo y abrió la puerta. Fuera había un joven.

— Me llamo Gósta Nyberg y vengo de Estocolmo. Es muy importante que hable con el señor Cari Ake Berg.

— No es posible — dijo Wilhelmsen.

— Pero está aquí ¿verdad? —preguntó el periodista, señalando el coche —. Es inútil que lo niegue.

— A pesar de ello, usted no podrá hablar con él — repitió Wilhelmsen —. Está es una casa privada y no deseamos recibir a ningún extraño.

— Déjeme entrar —imploró Nyberg—. Mi director me mataría si no consigo una entrevista y una foto. El fotógrafo está en el coche. Le prometo que les dejaremos en paz después.

— Adiós — dijo el hacendado, y cerró la puerta.

Desde el vestíbulo vio como el periodista se metía en el coche y

se marchaba. Luego volvió a la sala, tras haber cerrado con llave la puerta principal.

—Tuvimos suerte esta vez, pero mucho me temo que vuelva de nuevo — dijo a Berg —. He hecho lo que he podido.

Runa Falk comentó:

— ¡Fabuloso! Ahora irá al hotel e inventará un artículo. Las cosas van por muy buen camino.

Wilhelmsen la miró sorprendido.

— ¿Cómo ha dicho?

— Bueno, no se lo tome usted a mal — intervino Cari Ake Berg —. Tarde o temprano tendremos que entrevistarnos con los periodistas. Compréndalo usted; para una actriz como Runa es muy importante que la prensa hable de ella. Su próxima película será muy costosa. No podemos permitirnos el lujo de que su público la olvide.

— Pero yo creía... Yo había entendido que no queráis aparecer en la prensa.

— Claro que queremos — dijo Runa Falk, riendo —. Pero si nos limitamos a darles una entrevista y una foto, asunto concluido. Tiene que haber lucha. Vosotros, los agricultores, no sabéis nada de eso, pero nosotros estamos obligados a pensar en la publicidad, tenemos que usar nuestros cerebros.

— Quizá tiene usted razón — dijo Wilhelmsen frío —. Siento no haberlo comprendido.

Se hizo un largo silencio. Ninguno de los tres sabía cómo iniciar la conversación. Al final, Cari Ake Berg empezó a hablar de negocios.

— Lo siento mucho, Wilhelmsen. Me hubiera gustado tratarle con más consideración en nuestro negocio; pero los negocios son los negocios, y tengo que velar primero por mis propios intereses económicos. Tampoco estoy solo en este asunto. Somos varios, y tendré que hacer las compras que había pensado al principio. Sé muy bien que eso significará una importante pérdida para usted; pero tiene una magnífica hacienda aquí, así que todo irá bien.

La expresión del sueco mostraba desagrado y señaló hacia la sala próxima.

—Dígame —exclamó algo irritado—. ¿Tiene usted con frecuencia orquestas aquí?

Wilhelmsen se levantó.

— No, pero tampoco tengo con frecuencia visitas de una famosa artista de cine. Sin embargo, estos músicos han venido para tocar en mi honor y los he recibido con entusiasmo y gratitud.



—Comprendo, comprendo — dijo Berg y el tono de su voz delataba que no comprendía nada en absoluto.

— Y ahora les pido que me disculpen. Voy con mis otros invitados. Si vuelven los periodistas, hágame el favor de echarlos usted mismo.

El tono de su voz era glacial. Estaba harto de todo aquello. El sueco le sacaba de quicio. Pero, antes de llegar a la puerta de la sala, llamaron violentamente a la entrada principal, tanto que el hacendado renunció a sus propósitos y fue a abrir. Fuera estaban F. B. Nielsen, Puck y Bente. F. B. sonreía abiertamente mostrando un fajo de billetes de Banco.

— La agencia de detectives «F. B. Nielsen, Puck y Bente» lo arregla todo —anunció—. Toma, tonto, aquí tienes el dinero robado. Alégrate de que tienes una hija lista, y ésta una amiga inteligente, y ambas tienen un tío simpático que aún sabe arreglárselas con los ladrones. Toma el dinero y deja de mirarnos como si fuésemos marcianos. Otra cosa; ¿siguen aquí esos dos locos suecos?

La puerta de la sala estaba abierta y no pudieron evitar el oír las palabras de F. B.

— Sí, aún estamos aquí — dijo Cari Ake Berg apareciendo en la puerta—. No sé quién es usted —continuó—, pero no ha hecho otra cosa que ofendernos desde el primer instante. Quiero que sepa usted con quién está hablando. Mi nombre es Cari Ake Berg.

F. B. Nielsen se quedó boquiabierto.

— Dígalo otra vez —rogó inclinándose hacia el otro.

— Cari Ake Berg.

— ¡Vaya por Dios! —exclamó F. B.—. Llevo todo el verano intentando localizarle, entre maldiciones. Me llamo F.B. Nielsen, naviero. Usted sabe muy bien quién soy. A ver si resolvemos el asunto de los tres barcos. Ya ha huido usted bastante de mí.

El magnate sueco le miró fijamente.

— Así que es usted F. B. Nielsen.

— Naturalmente.

El naviero dio al sueco unos golpecitos amistosos en la espalda.

— Vamos a hablar de negocios. Sólo se trata de un par de millones de coronas. Cuando terminemos, tengo que hablar con Wilhelmsen, porque he decidido poner más dinero en sus asuntos. Según tengo entendido, usted le está arruinando sus intereses en Suecia. Esto va a terminar. Se lo prometo. Pero, primero, creo que debemos cenar algo. Ya es hora de que sirvan algo de comer en esta casa.

Cari Ake Berg había perdido el habla. Sin protestar, se dejó llevar por el entusiasmado armador. Runa Falk estaba en el sofá contemplándoles.

— ¡Hola, guapa! — dijo F. B. cordial —. No se preocupe, le cedo gustosamente la habitación, a cambio de que usted se porte bien.

Se oyó llegar un coche al patio. Puck y Bente que, asistían a la escena, miraron fuera. Era un coche de matrícula sueca, y un par de jóvenes bajaron de él.

— Allí están otra vez los periodistas — dijo Wilhelmsen—. Y F. B. odia a los periodistas..., entre otras cosas.

F. B. dio media vuelta:

— ¿Qué has dicho? ¿Periodistas? Tengo una buena noticia para ellos. Dígales que entren.

— Son periodistas suecos — dijo Wilhelmsen —. Berg y Runa Falk no quieren verlos.

— Eso no me importa —dijo F.B. Nielsen—. Ahora soy yo quien da órdenes. Soy el más viejo. Y Berg no se opondrá; sabe muy bien que si lo hace no haré negocios con él, y en tal caso perderá un montón de dinero. Puedes dejarles pasar; que tomen las fotos que quieran. Les voy a contar algo sobre el ladrón que capturamos. Por cierto, Wilhelmsen, tendrás que llamar a la policía para que dejen de buscar al ladrón. He decidido dejarlo escapar, quiero decir, darle trabajo, para que no tenga tiempo de planear otro robo.

Poco después entraban Gosta Nyberg y su fotógrafo en la sala. Runa Falk estaba entusiasmada y hasta su reciente marido empezó a sonreír.

La señora Wilhelmsen volvió de la cocina. Se quedó en la puerta mirando asombradísima al grupo. No comprendía nada en absoluto.

— ¡Ay, mamá! — exclamó Bente tomándola de la mano —. Todo ha ido tan bien, y ¿sabes por qué?... Todo gracias a Puck.



Sí — dijo F. B. que había oído sus palabras —. Puck no sólo es un duendecillo de bosque sino también una señorita muy decidida. Si sigue así, terminará siendo un buen naviero. Lo que ha hecho ella hoy, es lo que yo hubiera hecho a su edad..., si hubiera tenido el coraje suficiente. Se ha enfrentado con un gran drama y debo admitir que ha sabido arreglárselas muy bien. Ven aquí, hijita, y deja que el viejo tío F. B. te abraze. Es — continuó volviéndose a los demás — la única persona de su edad que se ha atrevido a darme su opinión. Sin embargo, he disfrutado con cada una de sus palabras y quiero felicitar a la familia Wilhelmsen por tener amigos de su categoría. Bueno; vamos a cenar.

En la sala del ensayo sonaban los últimos compases de la sinfonía. Quedaba bastante bien. Cuando cesaron las últimas notas, se oyó la voz de Miguel Zoot.

— Gracias, queridos amigos, habéis tocado algo tan hermoso que seré incapaz de seguir pintando en abstracto. Voy a pintar igual que esos grandes pintores holandeses.

F. B. sonrió.

— Eso, eso — dijo —. No hay que colocar la luz bajo el celemín. Yo no lo he hecho nunca.

Puck y Bente intercambiaron una mirada radiante de felicidad

y alegría porque, a pesar de los malos presagios, todo había terminado tan bien.

FIN